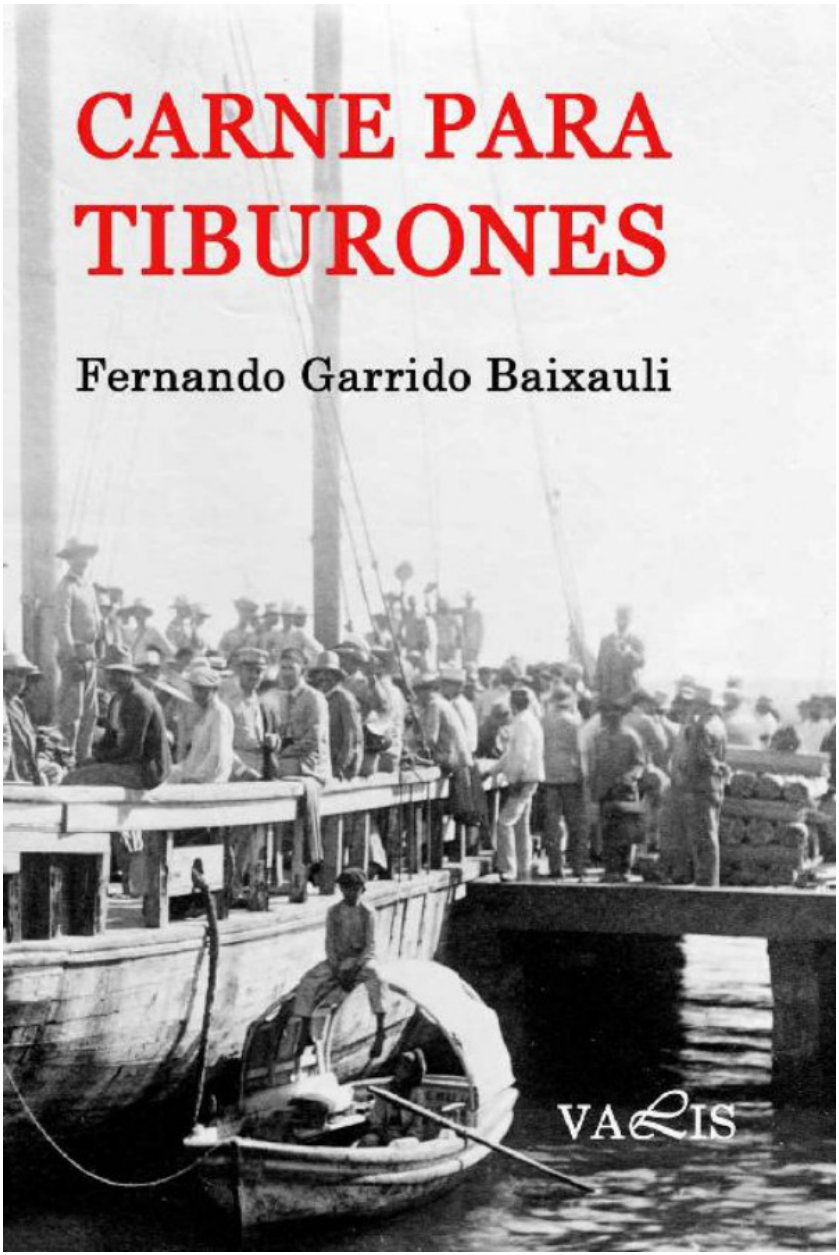
CARNE PARA TIBURONES

Fernando Garrido Baixauli



VALIS

CARNE PARA TIBURONES

Fernando Garrido Baixauli

vaLis

Ilustración: «Tropas españolas evacuando La Habana», (1899). Library of Congress Prints and Photographs (LC-D4-21553)

1.ª Edición: abril de 2003
2.ª Edición: julio de 2019

© Fernando Garrido Baixauli
© de la presente edición, vaLis

ISBN: 978-10-7974155-1
Depósito Legal: B-13080-2003

A mis compañeros de Escuela en general, y a Antonio Laguna en particular, por mostrarme el perfil más apasionado y apasionante de don Vicente Blasco Ibáñez.

A mi maestro y amigo, Enric Sebastià, por su generosidad, abnegación y cariño.
Nihil humani a me alienum puto.

Para Carlos, a quien aguardamos con el ánimo preñado de ilusiones.

«Al presenciar el embarque de tropas realizado estos días y oír las voces que salían de entre las filas maldiciendo una ley que les obliga a matar a sus semejantes, contra los cuales no sentían el impulso del odio y del rencor, que determina a verter sangre, y al escuchar también las angustiosas quejas de los seres que enfrente del mar miraban cómo se les arrebataba la carne de su carne para llevarla al matadero de Cuba, crispando los puños de rabia y de dolor porque no poseían fuerzas para detener el trasatlántico, adquirimos una certidumbre (…):

El pueblo no quiere la guerra».

Vicente Blasco Ibáñez. *El Pueblo*,
31 de agosto de 1895.

Capítulo 1

Camino entre el gentío como un fantasma que arrastra las cadenas, siguiendo la derrota de sus pasos. Les observo mientras comparten sonrisas, saludos, manoseando el género rancio, rascándose los bolsillos. Sus miradas pasan de largo, sus manos me evitan. Ya no les pertenezco. He cambiado de dueños, como una carreta desvencijada o un caballo de tiro. Soy una mula criada en la disciplina del fuste, la lluvia y el hambre, a la que ahora han retirado el bocado y dejan pastar a sus anchas, escalar los riscos, vadear los ríos, beber de los arroyos. Y la mula observa su reflejo en el agua limpia sin reconocerse en él, y cocea rabiosa al descubrirse añorando los insultos y los malos tratos, porque sigue siendo esclava a pesar de la libertad. Como un soldado que vuelve de la guerra, con las heridas por emblema y la memoria preñada de hedores, resabios y magulladuras, de los rostros de quienes no han regresado porque están muertos, de sus historias, sueños y esperanzas. Como un recluta liberado del uniforme y el fusil, de la trinchera y el rancho, que torna a casa desnudo y cojo, desahuciado y hambriento.

Me oculto entre las sombras de los callejones y escucho sus risas. Llegan a mis oídos con la dulzura de la marea. Envidio lo lejos que quedan sus conciencias del fuego cruzado, lo ridículo que encuentran el miedo a dar el primer paso, lo ajeno que les resulta la mordedura de una bala en la carne. Dos hombres salen a golpes de una taberna; las camarillas de uno y otro tratan de separarlos mientras los contendientes se escupen, se insultan y se amenazan de muerte. Y yo los envidio: envidio su cólera, su ira, su decisión, envidio la vacuidad de las palabras que no conducen a nada, que no son más que polvo. Y mientras uno de los púgiles se pierde calle arriba profiriendo insultos a su rival, envidio su retirada, su derrota, su victoria, ambas y ninguna, envidio incluso el escenario que queda desierto y los ecos de la batalla que se diluyen en la noche. Envidio el silencio imposible de la ciudad. Envidio la vida y envidio la muerte, y a los borrachos desdentados que hallan la felicidad en el fondo de una jarra de vino.

Me pongo de nuevo en marcha; camino hacia ningún lugar, atendiendo al sordo gemido de mis tripas. Todavía no he regresado de la guerra; sigo inmerso en el lodo de sus caminos, escucho el silbido de las balas y reconozco en cada esquina el frío de la sangre que mana, brotando delirante de la herida abierta, con la fuerza de un torrente, la ciencia de un cañón. Tengo miedo: miedo al mañana,

al día siguiente a la última escaramuza, el día después tras el embarque que me trae de vuelta, el alba alborotada que ha de llegar tras esta noche. Temo al resto de mi vida que ha empezado sin anunciarse, sin demandar permiso, sin pedir la venia. Me aterra descubrirme lisiado en el reflejo de los escaparates. Prefiero persistir en el papel de espectro y no guardar noción de mi propia presencia. La ciudad es una tumba abierta que ni un millar de adoquines lograrían sellar. Quiero morir, haber muerto, de un disparo en la cabeza, de unas fiebres desconsideradas, sepultado bajo el oleaje, caído en alta mar. Odio seguir vivo, odio la simetría de los cuerpos, la chatarra que dejan como limosna sobre mi regazo; odio la compasión reflejada en el rostro de las mujeres, los susurros dominicales que ruegan por la salvación de mi alma; odio la herida abierta en el muslo que no cierra, que no cicatriza, que cada noche cobra fuerza; odio mi pierna lisiada, mis manos inútiles, mis dedos temblorosos, mi corazón estragado que con su tañer insaciable marca el ritmo de esta galera.

Yo sólo quiero… desaparecer.

Capítulo 2

Una pequeña multitud atestaba la planta baja. Las voces de linotipistas, personal de máquinas, ordenanzas, paqueteros y curiosos ajenos al periódico naufragaban en un murmullo altisonante. Los jóvenes repartidores, niños de nueve o diez años, correteaban nerviosos alrededor de la monstruosa Marinoni, la vieja rotativa detenida a la espera de una orden, de un gesto, de un suspiro contenido, entre la impaciencia y la expectación.

Agolpados frente a los escalones que franqueaban la cima, un grupo selecto aguardaba en silencio, dirigiéndose los unos a los otros miradas aviesas, reproches mal intencionados y caras largas.

Santoncha y Azzati coronaban la subida. Teodoro desnudó el pico de su pecho, desmenuzando el lazo que estrangulaba su cuello nervudo. En un gesto fluido, el periodista rectificó la línea de su flequillo niquelado sobre la frente, al tiempo que se frotaba los párpados y pestañeaba, aclarando la vista turbia. Las manos le sudaban, y aprovechaba esta incontinencia para empapar las guías de su bigote, atezando y dando brillo al moreno de aquel generoso mostacho que tantas pasiones levantaba entre las dependientes de la plaza del Mercado. Félix Azzati no cejaba en su empeño de someter con la mirada al gentío, arropándoles con aquellos inmensos ojos de carnero degollado que hacían las delicias de sus caricaturistas.

Un peldaño más abajo, como si de una estampa alegórica se tratase, Salvador Mateo, Vicente Roca, Eduardo Zaragozá, Gustavo Sorní y Jorge Vinaixa admiraban la luz del candil que titilaba en la oficina del redactor, imaginando a su particular dios, Prometeo de viriles proporciones, barba afilada en su espesura y blusón empapado en tinta, mientras bregaba con las palabras, las ideas, sofrenando la furia del genio, domeñándola hasta volverla asequible a los lectores que pagarían cinco céntimos por bucear en la conciencia del escritor. Sus ojos no eran ojos sino relicarios. Los delgados filamentos de la balaustrada les servían de cabestrante sobre el que reposar los cuerpos frágiles que soportaban en ayuno las horas intempestivas de la madrugada.

Los más devotos escuchaban los susurros del grupo de Giménez a sus espaldas, pero no les prestaban mayor atención. La voz atiplada de Cucarella no era más que un eco cargante para los files, y los bufidos incontinentes de Baixauli la salmodia de un pastor orando en un desierto de fieles paganos.

—¿Hasta cuándo habrá que esperar? —Baixauli frenó el ir y

venir de sus piernas alrededor de la base de la escalinata. Payá, Monfort y Cucarella le miraron con sorna. Giménez parecía dominado por la misma fascinación que conducía al resto de miradas hacia el cielo de la primera planta—. El personal comienza a impacientarse. Hoy no sacaremos el periódico a tiempo.

—No es impaciencia —apuntó Giménez, volviendo de su ensueño—, sino expectación. Aunque tardara un mes en terminar, le esperaríamos sin movernos del sitio. Ese es su don, su duende, el poder de convocar a una muchedumbre un día cualquiera, sin previo aviso, sin razón aparente. Porque con Vicente siempre hay un motivo.

—Incluso los repartidores, y dudo que alguno sepa leer —intervino Payá, entretenido hasta ahora en hacer girar su sombrero de ala ancha en torno a la empuñadura marfileña del bastón—, han acudido horas antes para averiguar de qué hablará Vicente en su artículo de hoy.

—Si es por eso —se adelantó a replicar Baixauli—, que se vuelvan a casa. No es difícil suponer que el tema del artículo de hoy será el mismo que es de ayer, idéntico al de mañana: Cuba.

La mención a la guerra acalló a los presentes. Baixauli se sintió como un acerico atravesado por una sarta de afiladas miradas, ávidas de noticias. El barbilampiño reportero de ojos saltones reprimió un grito, un reproche que obligara a los curiosos a volver a su apatía, a su ansiosa dilación, a sus bacanales de murmullos y chismorreos. Pero no fue necesario; por sí sola, la multitud retomó el pulso de la espera y Baixauli, humillado ahora por la falta de atención, estiró las solapas de su chaqueta, en un gesto característico del estentóreo petimetre, y comenzó a escalar la rampa que conducía a la primera planta.

—¿Qué haces? —preguntó Santoncha.

—Alguien tendrá que decirle algo. —Baixauli pasó entre los escoltas, camino del despacho del redactor, no sin antes girarse y apuntillar a sus compañeros de claque—. Y parece que ninguno de vosotros tiene valor para ser ese alguien.

El cristal esmerilado de las vidrieras del despacho permitía intuir la silueta de un titán bregando contra el tiempo, provisto de pluma y tintero, emborronando ideas sobre un pliego rugoso. Baixauli lo distinguió al abrir la puerta: presidiendo, como de costumbre, la alargada mesa de la redacción, esqueleto de roble y tapiz de mármol, sentado entre cuartillas, con su clásico blusón otrora blanco, ahora gris, de mangas repletas de lamparones, barba amolada, cabellos encabritado, mirada afilada y profunda. «Vive Dios que parece el mismo Diablo», pensó Baixauli, recordando la caricatura obscena e hilarante que un rival monárquico compuso de

su egregia figura, conturbado por su presencia colérica y cautivadora.

Baixauli carraspeó con supuesta inocencia. Tosió un par de veces y, antes de que escapara un forzado esputo sobre el puño, el escritor alzó su mano libre, instándole a esperar paciente.

—¿Qué quieres, Baixauli?

—Venía… Me preguntaba si… —El joven se mordió los labios, se quitó el bombín y dio un paso al frente, estrujando el birrete contra su pecho—. Esperamos tu artículo para cerrar la edición.

—Su artículo. —Tras la apostilla, el escritor elevó el mentón, rubricando a pie de página sin mirar y deslizando sobre la superficie de la mesa el borrador, que como todos los del dueño del periódico serías definitivo—. Trátame de usted. Para ti soy don Vicente. Igual que para mí el rey es don Alfonso, don Alfonso, ni Alfonso ni su majestad, para ti yo soy don Vicente, ni Vicente ni don Blasco Ibáñez.

—¿Ha terminado el artículo, don Vicente? —Baixauli se atragantó una vez digerido el rapapolvo de su patrón.

—¿No lo ves terminado sobre la mesa?

Blasco se levantó grácil y fue hasta una rinconera, dando la espalda al joven Baixauli. Las paredes vestían fardos de periódicos atravesados por una arandela en la esquina superior izquierda, y colgados de argollas dispuestas en línea a la altura de los ojos.

—Que vaya en la primera columna. —El escritor apoyó sus manos en los riñones y estiró el cuello hacia el techo. El coro de vértebras crujió como un catre de madera—. Justo debajo del anuncio de pianos de Francisco Turell.

—Turell ya no se anuncia en nuestro periódico. —Blasco, de espaldas al desgarbado intruso, dio media vuelta y le interrogó con la mirada; sujetaba un puro recién castrado en una mano y un largo fósforo en la otra—. Perdón; Turell ya no se anuncia en su periódico, don Vicente.

—Este no es mi periódico, Baixauli; es el periódico del pueblo. ¿Acaso desconoces su nombre, con el tiempo que llevas entre nosotros? ¡*El Pueblo*!

Con un bosquejo de sonrisa, Baixauli se inclinó sobre la mesa y recogió la hoja donde Blasco había vertido el sudor y la sangre entintada.

—Este es mi último habano. —El comentario lacónico se confundió con el humo que brotaba del extremo encendido. Blasco atendía al crepitar de las llamas mientras agitaba el fósforo humeante—. ¿Crees que volveremos a disfrutar de estos cigarros cuando la guerra termine?

—Supongo —contestó Baixauli, absorto en la lectura del

panfleto—, pero subirán de precio, indistintamente de quien gane.

Blasco asintió. Baixauli terminó de leer las últimas líneas del breve ensayo, antes de regresar al título: *La caída del General*. Un largo suspiro delataba su malestar.

—Otra vez Cuba —comentó el joven, sin apartar los ojos del papel—. Parece que no hay otra noticia.

—¡Y no la hay, muchacho! —Blasco explotó, sorprendido antes que molesto—. ¿Qué puede interesar más al pueblo que una guerra que les ha de costar la sangre de sus hijos?

—No me preocupa el qué sino el cómo, la manera de enfocar la contienda que tiene este periódico… Atacando al general Martínez Campos —Baixauli azuzó en el aire el artículo de Blasco—, insultando a Cánovas, a Sagasta, a Romero Robledo, difamando al gobierno.

—¿Difamando al gobierno? —Blasco apartó el habano de sus labios y frunció el ceño—. ¿Insultando a Cánovas? ¿Atacando a Martínez Campos? No somos nosotros los que difamamos, no somos nosotros los que insultamos, atacamos y mentimos. Esta guerra dio a luz en el seno de un grupo de filibusteros dispuestos a saquear el tesoro, la honra y la sangre de nuestro país. Cánovas y Sagasta consintieron esta guerra para encubrir la torpeza de su gobierno en la gestión de Cuba. Ese… patriotismo del que hacen gala son sólo fuegos de artificio que han ocultado todo este tiempo la realidad de un pueblo en armas, la realidad de una revolución. Martínez Campos es un cobarde inepto que consiente que sus soldados mueran en el viaje en barco sin empuñar sus fusiles contra el enemigo, que hacina a nuestras tropas en fosas comunes plagadas de mosquitos y disentería, que les alimenta con carne ajada mientras él se sienta a comer bistecs frescos y rojos, rojos como la bandera que se supone ha de mantener izada en la isla. Y Romero Robledo… —Blasco, alterado, se tomó una pausa para respirar. Los tonos de la paleta de colores de su rostro carmesí se fueron rebajando—. Romero Robledo es el cerdo más grande de la piara. El viejo ministro ha visto peligrar sus intereses en la isla y ha instado a las Cortes a levantarse en armas. El retoño del negrero esclaviza a nuestros hijos y los envía allende el océano para que protejan sus ingenios azucareros. Esclavos, Baixauli, esta es una guerra de esclavos: no son negros ni llevan grilletes; son nuestros hijos y caminan encadenados a un fusil. Son esclavos porque han nacido pobres, porque aún trabajando de sol a sol serían incapaces de reunir en una o cien vidas los seis mil reales que eximen al recluta de la leva forzosa. Cuba es el negocio de los ricos y la tumba de los pobres. Esa es la verdad. Y, ¿quién crees que se hará eco de la verdad: *Las Provincias*, *El Constitucional*, acaso *El Correo*? No; será *El*

Pueblo, sólo *El Pueblo*.

Mediados de septiembre y el sopor estival se negaba a remitir. Blasco, con el cuello del blusón empapado, fue hasta una repisa, donde descansaba una jarra de latón con agua, y se sirvió un vaso. Un impulso le instaba a remojarse la cabeza entera en aquella cascada, pero tras el primer sorbo la inquietud se disipó.

El escritor se acercó al balcón para disfrutar del desierto paisaje que le ofrecía la calle Don Juan de Austria, desprovista de vida a las tres de la mañana, apenas alumbrada por un farolillo en la esquina y la luz del taller de máquinas de su propio navío, que parecía ir a convertirse en un pecio de un momento a otro. Los flecos de la herencia de su madre sostenían el periódico mientras los anunciantes lo abandonaban como ratas advertidas del naufragio. Al caer la tarde, bandadas de chiquillos con la cabeza pelada y gorras raídas regresaban al local con las bolsas aún repletas de ejemplares, mientras en sus bolsillos tintineaban unas pocas monedas.

Salvador Mateo le salmodiaba noche tras noche, en aquellas largas conversaciones adulteradas con briznas de silencio: *Arroz y tartana* sí, insistía su amigo, el cuento del día, los telegramas de la Corte, las noticias falsas sobre la enfermedad del rey de Siam, incluso el anuncio de aquel tipo, ¿cómo se llamaba? Sí, el profesor Roxroy: «El hombre que puede leer sus vidas con extraordinaria exactitud, aquél a quienes ricos, pobres, poderosos y humildes consultan sobre negocios, casamientos, amistades, enemistades y todos los trances de la vida, por sólo veinticinco céntimos franqueables a una dirección de Holanda… No incluir monedas en las cartas». Sí, ningún tribunal le amenazaría con la clausura del periódico por publicar un anuncio del profesor Roxroy, ningún guardia armado entraría en su despacho con una orden de cierre por iluminar las páginas de su diario con crónicas de gestas taurinas. Pero si él no levantaba la voz por aquéllos que no tenían cinco céntimos para comprar un ejemplar de *El Pueblo*, ¿quién lo haría? ¿*Las Provincias*?

—¿Qué entiende usted por verdad, don Vicente?

«Aún sigue aquí este mocoso», pensó Blasco mientras abandonaba el balcón, de regreso a su despacho.

—¿Qué pruebas tiene para acusar a los señores Cánovas y Sagasta, al general Martínez Campos y a tantos otros a los que ataca desde su púlpito? ¿Cómo puede describir la crudeza de los viajes transatlánticos de nuestros soldados si no ha estado allí con ellos? ¿Cómo puede hablar con tal lujo de detalles sobre la manigua si no la conoce? No contamos con corresponsales en Cuba que nos ilustren sobre las hazañas de nuestras tropas al mando del general

Martínez Campos. ¿De dónde saca usted su verdad, don Vicente?

—Del sentido común —contestó Blasco—, algo que al parecer a ti te falta. De la observación. Veo a las familias de los trabajadores hundirse en la miseria porque uno de sus hijos, el más joven, fuerte y vivaracho, les abandona para servir a una patria que se retrasa en pagarle su soldada. Veo a usureros que elevan los intereses sobre los agónicos préstamos que padres desesperados han solicitado para pagar las mil quinientas pesetas que libren a sus hijos de la muerte. Veo como nuestros soldados regresan de la guerra enfermos y tullidos, sin fanfarrias ni banderolas, mendigando caridad por las calles.

—¿Y por qué es usted el único que lo ve, don Vicente? Los demás no son ciegos, tienen ojos.

—Quizás soy el único al que no le interesa apartar la vista, el único dispuesto a mirar donde los otros no se aventuran.

—O quizás usted va más allá de lo que puede ver, de lo que puede probar. —Baixauli apoyó las manos en la mesa, una larga frontera de mármol que distanciaba a los contendientes—. Esos frescos del sufrimiento de los soldados en la guerra y sus familias en la retaguardia, esas intrigas de palacio urdidas en contra del pueblo… Tras esos artículos se distingue más la mano de un escritor que la de un periodista, la mano de un autor de novelas, don Vicente, un portentoso narrador que arenga al pueblo con su palabrería, que les distrae, que les entretiene con un folletín tal que *Arroz y tartana*, titulado *¡Qué vayan todos: pobres y ricos!*

»En Estados Unidos, William Randolph Hearst ha manipulado a la opinión pública en contra nuestra, ¡incluso ha conseguido que el presidente Cleveland respalde la insurrección de Maceo en la isla! Y todo lo ha hecho falseando medias verdades, inventando, especulando…

—Randolph Hearst es un empresario que ha creado una guerra para vender periódicos —replicó Blasco, visiblemente cansado por el esfuerzo de las últimas semanas, durante las jornadas previas al reclutamiento y embarque de nuevas tropas.

—Por supuesto. Hearst fabrica noticias para vender periódicos, pero Blasco Ibáñez no, Blasco Ibáñez espera con ilusión todos los días a las puertas de su despacho a que un ejército venga a arrestarle y así poder convertirse en portada. Puede que Hearst fabrique noticias, pero con Blasco Ibáñez no cabe otra noticia que él mismo. Hay más de cien personas, entre trabajadores y curiosos, esperando ahí abajo. No les interesan los titulares sobre la guerra de Cuba; sólo lo que Vicente Blasco Ibáñez tenga que decir al respecto. Me equivocaba; usted no es periodista, don Vicente, ni escritor, ni siquiera político, sólo es un hombre que se convirtió en ateo y

republicano para que ni Dios ni el rey le hiciesen sombra.

Baixauli estrujó el artículo de Blasco en su mano derecha, antes de salir por la puerta.

—¿¡Dónde se supone que vas!? —le gritó su patrón.

—Voy a darles lo que quieren, lo que esperan. Después me marcharé… porque éste no es mi periódico, no es el periódico de nadie salvo de don Vicente Blasco Ibáñez, y yo no soy don Vicente Blasco Ibáñez.

El joven de ojos inquietos salió decidido del despacho. Los ecos de la discusión entre los dos hombres habían llegado a la planta baja. Alrededor de la escalera se concentraba un pequeño tumulto que Baixauli encaró con la entereza de su semblante. Al pasar junto a Santoncha, el muchacho le hizo entrega de un sucio y manido trozo de papel. El nervudo redactor lo miró desconcertado.

—Creo que esto es vuestro.

Baixauli caminó de lado entre la multitud hasta la salida. Al apoyar el pie en el pretorio, un escalofrío recorrió su espalda. La calle guardaba silencio. Sobre la pared que hacía esquina con la entrada al periódico, carteles desvencijados se solapaban unos a otros. Las verjas de las ventanas, donde los niños se encaramaban, por encima de la muchedumbre agolpada a los pies del balcón de la primera planta, para escuchar a su orador predilecto; esas mismas verjas permanecían robustas y desnudas. Baixauli se calzó la chaqueta, ¿sería posible que por fin llegara el otoño y empezara a refrescar, aunque fuera a las tres de la madrugada?

Capítulo 3

Mentiría al asegurar que pasé la noche en calma, que dormí seis, siete, ocho horas de un tirón, sin que los retortijones me estrangularan la base del estómago. El empeño de mi familia tampoco ayudó a sosegar la ansiedad, el miedo, los nervios que se traducían en palpitaciones y punzadas.

Mi padre me liberó aquel día de toda obligación y pude disfrutar de un extraño domingo incrustado en mitad de la semana. Nunca hasta entonces fui capaz de advertir la soledad en la que se recogía nuestra barraca en El Grao al mediodía, mientras toda la familia se empapaba de salitre a orillas del mar. Mi padre y mis hermanos a bordo de la barca serían un borrón en el horizonte; mi madre y mi tía esperarían en la orilla, guardando las reses mansas y sacando cuentas, tocadas con pañuelos blancos y faldones ásperos en la superficie y mullidos en el interior.

Di vueltas alrededor de la barraca descubriendo el paisaje diurno de nuestra vecindad, tan extraño como el aspecto de mi jergón a la luz del día. Esperé impaciente a que la familia regresara, descubriéndome solo, prematuramente abandonado.

Volvieron primero las mujeres y prepararon la cena. La sopa borboteaba en la olla, pero nadie se acercaba a robar un sorbo con la punta de la cuchara de madera, como tantas otras veces. Mi padre me conminó a ocupar la cabecera de la mesa, mientras los mellizos deambulaban en austera procesión con el caldo a cuestas, y las mujeres, en un derroche inaudito para nuestra humilde casa, encendían velas por doquier: velas, cirios, candelas, codales, incluso el ambleo que alumbró el velatorio de la abuela, de cuerpo presente sobre aquella misma mesa, tabla rasa donde ahora me disponía a interpretar la última cena de un condenado a garrote para mi familia atenta.

A pesar del ágape, permanecí despierto; mis tribulaciones le ganaron la partida al sueño, imponiéndose a la voluntad de un cuerpo exhausto, mientras escuchaba ruidos que siempre estuvieron ahí, alrededor de mi vida, pero que el cansancio me impedía apreciar.

A medianoche, mientras mi padre apuraba su pitillo a la puerta de casa, la desazón se extendió como una gangrena ansiosa que me paralizaba. Tardaron en avisarme, no se atrevieron siquiera a entrar en la habitación. El lánguido parpadeo de la llama atravesando el raso de la cortina fue la señal. Me obligué a incorporarme. Los encontré a todos anhelantes, lúcidos tras la pared de tela, espectros

silenciosos, mirándome con los ojos perlados de emoción, cristalinos como las aguas que me disponía a surcar. Vi a mi padre derrotado. Podía haber vendido la barraca, pensaba el viejo, la tierra estéril, como mi tía Julia, que la rodeaba, la barca, la carreta y las reses; podía haber conseguido los seis mil reales, pero mi familia hubiera muerto de hambre. Realmente, hubieran desfallecido famélicos, por mucho que los médicos achacaran el óbito de las mujeres y los zagales a una anemia, por mucho que mi padre cayera abatido en un alto de la Guardia Civil después de robar unas gallinas, por mucho que mis hermanos se hubieran podrido en prisión o yo terminara caminando mar adentro hasta ahogarme… Lo cierto es que todos habríamos muerto de hambre. La única redención posible para un pescador es seguir atrapando peces en su malla.

La carreta marchaba a paso lento, pesado, seguro, tal y como le gustaba conducirse a mi padre por la vida. Sentado atrás con mis hermanos, le veía fumar en pipa mientras sujetaba las riendas atadas a las camas de los frenos. No se había molestado en cambiarse de ropa. Un largo fleco del pañuelo que envolvía su cabeza se derramaba entre sus omóplatos. De su raída camisa a cuadros no se distinguía más que el cuello y las mangas desgastadas a la altura de los codos; el resto lo tapaba su chaleco de lana.

La oscuridad del camino nos cubría como un esposo se tiende sobre su mujer la noche de bodas, preñándonos de desilusión, intranquilidad y desafecto. Si acaso hubiéramos amado la noche, si la hubiéramos deseado como tantas otras veces en las que ocultó nuestros anhelos desbocados.

Mis hermanos jugaban con una baraja marcada por el desgaste. Prescindían de la amarga facultad de ver; los desconchados en la superficie volvían los naipes evidentes, como familiar es para el ciego las muescas en su báculo.

No amanecería antes de llegar a la ciudad, a la estación. Mis padres discutían; bueno, mi madre replicaba, buscando en el espesor de la lobreguez a su marido y a su hermana, quienes la acompañaban al frente de la carreta. Mi padre simplemente asentía, farfullando monosílabos. Si afinabas el oído se podía escuchar un murmullo ronco y sibilante. El viejo fustigaba con saña a los animales que tiraban del carro, a la vez que gruñía como una bestia acorralada por los reproches de una mujer que perdía un hijo. A medida que la perorata se alargó inútilmente, mi padre se fue resignando: había que pagar un peaje, como en el fielato de la puerta de Serranos, y en este caso el impuesto consistía en soportar el soliloquio plañidero de su mujer.

Todavía era pronto, demasiado pronto. En el camino, no nos cruzamos con ninguna otra carreta de pescadores que llevaran su

flete al mercado, ni tampoco, cuando estuvimos lo suficientemente cerca de la ciudad, con campesinos cargados con los frutos de la huerta. Sin compañía, sin luz, sin ánimo para seguir azotando el lomo de un cajón de pescado con los naipes, caímos en un silencio sepulcral que incluso mi madre guardó con respeto, pero ¿respeto por qué?, me pregunté dolido, ¿es que ya me ven muerto?

Bordeamos el río escuchando la alentadora melodía de las aguas que corrían serviles. ¿Seríamos los primeros en aparecer en la estación? Es un defecto propio de los pobres. Los que carecemos de fortuna, de propiedades y de medios para alcanzarlas, atesoramos valores que defendemos con uñas y dientes como verdaderos tesoros. Para algunos se trata del honor, para otros del valor, la piedad, la devoción; en el caso de mi padre siempre fue la puntualidad. Gustaba de acudir a sus citas, poco comunes, varias horas antes. Se sentaba a esperar con la paciencia de una roca, sumisa a la acción del viento que la va perfilando a lo largo de las eras. Supongo que nunca se trató de mostrar puntualidad tanto como rectitud, constancia y honradez. ¿Por qué los pobres son tan honrados? Y no hablo de hombres ociosos que caen en la miseria a causa de una pertinaz alergia al trabajo; no me refiero a truhanes, buhoneros, pillos y ladrones venidos a menos. Hablo de los auténticos pobres, como mi padre que se deslomaba todos los días, a todas horas, y nunca dejó de ser pobre por ello, como si fuera víctima de una maldición bíblica. ¿Tendría Adán la culpa de tanta miseria? No; de tenerla, los Cánovas, Comillas, Sagasta y demás también perderían el resuello dando de comer a un mundo ingrato que aún se queja de que el pescado es caro.

Detuvimos la carreta a las puertas de la estación de trenes y un pavor irracional se apoderó de mi decisión. Me preguntaba si sería el único en aparecer por allí con aspecto forzadamente juicioso, vestido con traje de domingo, tratando de disimular una patanería evidente mientras aparentaba la pretendida flema de un explorador curtido. La imagen de los desiertos de África me sobrevino con la fuerza de una carga de caballería. Tal vez fue por el aspecto de los oficiales instalados a la entrada de los andenes, esperando a los reclutas junto a las locomotoras: su ropa, el cinto, la hebilla plateada sobre la que se reflejaban las luces de los candiles en el interior de la estación; los botones niquelados, cientos de botones subiendo por una soga que recorre su tronco hasta tensarse alrededor del cuello; el salacot, sujeto a la barbilla por una cinta de cuero marrón, llenando el vacío de ideas en sus cabezas, reflexiones que se escapan entre los dientes por las rendijas de sus sonrisas planas; la claridad del uniforme imponiéndose a gritos sobre nuestras ropas de paisano, oscuras, evidentes.

En algo me tranquilizó comprobar que no era el único recluta vestido de homilía. Poco a poco fueron llegando más jóvenes junto a sus familias, pegados a sus maletas y macutos, tablas de corcho sembradas en un naufragio inminente.

Vetaron el paso de familiares al interior de las serpientes de metal, por eso nadie se acercaba a los andenes. La mayoría apuraba los últimos instantes con los suyos, formando corrillos a las puertas del edificio. Los padres ofrecían consejos inútiles basados en una experiencia de la que carecían. En los ojos de las madres, amantes y hermanas se evaporaban, una tras otra, pequeñas gotas salinas que mancillaban sus mejillas.

No hacía frío. Cargábamos con un inicio de otoño destemplado y apático. El reloj de la estación marcaba las cinco pasadas. Mi padre mantenía los labios pegados a la madera de su pipa. Él no me daba consejos, no trataba de aleccionarme, no se dirigía a mí como un igual por vez primera, ni me consideraba un hombre por marchar a la guerra. Quizás sin todo aquel barullo, sin mi madre llorando desconsolada sobre el hombro lacrimoso de mi tía; quizás solos, al caer la tarde, sentados en la orilla, con las manos ocultas bajo la arena que las olas remueven… quizás me hubiera abrazado. Pero no lo hizo, ni me dio su pipa con la promesa de que la traería de vuelta, no. En vez de eso, llamó la atención de su esposa, zarandeándola con el codo, y le pidió cinco céntimos. ¿Cinco céntimos? La mujer reunió todo su capital y le entregó a mi padre la cantidad requerida. El viejo pescador llamó entonces a un chiquillo que vendía periódicos; no, periódicos no: que vendía *El Pueblo*. Mi padre compró un ejemplar y se lo dio a su cuñada para que leyera. Mi tía dejó de gimotear y se ruborizó. Era la única de la familia capaz de interpretar los garabatos de la prensa. Leía con decisión. Araba las frases con su torpe lengua, y cada dos pasos tropezaba con una palabra de pronunciación abstrusa. Salía de los atolladeros amusgando el entrecejo, siseando las primeras letras y arrastrando las segundas. Salvado el escollo, volvía sobre lo ya leído y repetía, repetía y repetía hasta cobrar confianza. El ritmo de lectura era cansino, pero no conocíamos otro.

El artículo se titulaba *Los verdaderos filibusteros*. ¡Dios! ¿Cuántas veces habré escuchado repetir esas palabras, sentado en la cubierta del barco, reseco por el sol de altamar? El artículo ponía de manifiesto lo que a nadie se le escapaba, lo que todos teníamos en mente: el papel impreso denunciaba la injusticia del reclutamiento por privilegio, la desastrosa gestión de las fuerzas militares por parte del gobierno, la incapacidad de los generales, el negocio de la guerra, el negocio de la sangre, el negocio de la muerte. El autor dedicaba unas palabras de consuelo a las madres humilladas, las

mismas mujeres que atendían a mi tía, las fuertes matronas de aura inagotable, porte sereno y, por lo común, prodigiosa entereza para soportar los reveses de la vida. Aquellas mujeres, pescadoras, labradoras, jornaleras, derrotadas, abatidas, las miraba sin saber qué estaba viendo, preguntándome dónde se habían ocultado todo este tiempo: bajo apariencias incólumes, ungidas de anonimato. La mujer que carga conmigo en su vientre, la que me sostiene en brazos, la que me coge la mano, la que me arrastra del pelo, la que acaricia mi mejilla mientras duermo, la que me estremece entre los tallos altos de las malas hierbas, la que suma su hombro al mío para tirar de la sirga, la que siempre ha permanecido a mi lado, ¿quién es esa mujer?

La voz de mi tía fue ganando corpulencia a medida que la lectura se encrespaba. A punto de acabar, el archipiélago de vecinos de nuestro alrededor no parpadeaba. Sus últimas palabras se deslizaron lábiles antes de ser acogidas con un estruendoso suspiro, y de nuevo el silencio, el mismo ominoso silencio de cementerio que nos había llevado en volandas de camino a la terminal, compartido por las demás familias, como si cada uno de aquellos reclutas hubiera viajado en una nube de silencio hasta allí y ahora las burbujas estallaran embadurnándolo todo: el empedrado del suelo, las columnas dóricas de la entrada, la calle que subía hacia la plaza de toros, la que bajaba en dirección a Santa Catalina, el cielo, el horizonte azarcón que anuncia el amanecer.

Éramos la estampa de un velatorio en la oscuridad, un ejército de plañideras y patriarcas mudos escoltando a una estantigua de reclutas. El tañer de los silbatos nos reclamó al pie de los vagones. La marabunta rompió el cerco a las puertas de la estación, y haciendo caso omiso de cuanto la autoridad insistía en prohibir, un tropel de familiares invadió la gruta donde las locomotoras rugían y el humo de sus chimeneas velaba el destino turbio del viaje.

No vi banderas, ni orquesta, nadie dejó escapar una exclamación patriótica; sólo un oficial entonó un «¡Viva España!» cuando todos estábamos embarcando y que la mayoría secundó con agotado entusiasmo, y un «¡Viva el rey!» que a punto estuvo de provocar un motín. No, allí no se oían otras fanfarrias que el llanto de las mujeres y nuestras propia angustia. Mientras me dirigía al vagón, dejé escapar una pesada lágrima. Mi madre seguiría sollozando, lo sé; no me giré para comprobarlo, no me di la vuelta para despedirme. ¿Qué sentido tiene prolongar el sufrimiento? Mi padre no lloraría; antes, se mordería el labio hasta cercenarlo, igual que cuando mi hermana nació muerta. Mi padre prefería enfurecerse con el mundo a aceptar su dolor, elegía la rabia antes que la pena, el rencor antes que el olvido; él era así y nadie lo iba a cambiar.

Entonces no lo entendía, y ocultamente le reprochaba esa actitud; ahora la comparto.

A punto estaba de subir al vagón cuando un oficial me vio con los ojos acuosos y se entretuvo reprendiéndome.

—No llore usted —me espetó el dueño del salacot—. Los hombres que son valientes no lloran cuando va a servir a la patria.

—No lloro por mí, no temo a la muerte —contesté con una mentira tan afectada como necia—. Lloro por mi madre que va a enfermar de pena.

Temblaba como una hoja. Me consumía el miedo, pero no quería parecer cobarde. ¿Lloraba por lo que me había de esperar en el frente, en la isla, en Cuba? No; para mí Cuba era un espejismo, una ilusión, una fábula, un relato breve que el tiempo se había encargado de alargar hasta convertirlo en un folletín por entregas. No temía a la muerte, pero sentía un miedo compulsivo, la inseguridad infantil de un pescador que no ha completado un viaje más largo en su vida que el que conduce a la ciudad por el camino de El Grao. Era un mocoso asustado que no llegaba a imaginarse a sí mismo compartiendo lecho con tres mil reclutas, un niño vergonzoso que no concibe en su imaginación más mundo que Valencia ni más aguas que las playas de la Malvarrosa. Cualquier atisbo de espíritu aventurero se había diluido a fuerza de costumbre, no cabe duda, pero había algo más, algo que incluso ahora me cuesta admitir. ¿Por qué lloraba? ¿Por qué temblaba? ¿Por qué era incapaz de reprimir los espasmos? Sin duda era miedo, pero no miedo a morir sino a matar. Nunca quise quitarle la vida a nadie. Por mucho que lo pudiera desear, no tenía valor siquiera para imaginarlo, para fantasear con la idea, para afrontar la realidad de una guerra. No quería atravesar el océano para asesinar a un desconocido, se me formaba un nudo en la garganta sólo al pensarlo. ¿En qué clase de persona me convertiría acabar con una vida? No temía al infierno; en mi familia nunca fuimos especialmente devotos. No era el pecado lo que me arredraba, no. ¿Era la sangre, brotando del pecho, salpicando intermitente? Eran sus ojos, vacíos, exánimes; era su piel fría, y los gritos de dolor, los estertores finales, la tensión en sus músculos que se desvanece, que se apaga, como una vela, como el ambleo de mi abuela tendida sobre la mesa, tabla rasa. Miserias de una vida que se va, mientras los que se quedan no pueden mirarse en el espejo sin despreciarse, sin censurar su propia presencia. Todo esto lo sé ahora; entonces sólo era un presentimiento, una desazón incómoda subiendo desde los genitales hasta la garganta. Debería haber atendido a aquella intuición y haberme apeado del tren, aunque me hubieran fusilado por ello; qué más da si la mejor parte de mí, esa inocencia pueril

que siempre detesté, ahora está muerta.

Largo tiempo después de mi partida, recibí una carta de mi madre escrita por su hermana. Apenas recuerdo lo que en ella me contaban; tampoco la he conservado, creo que la quemé, tal vez la perdí en la manigua, puede que la dejara en la isla junto al resto de cosas que apreciaba. Pero me ha venido a la mente un detalle, una fruslería que me robó un suspiro, un rechinar de dientes, tal vez una lágrima. Me contaba mi madre que, tras partir la tropa, ellos se quedaron llorando de pena y rabia en la estación. Mientras el tren desaparecía envuelto en la niebla de su propia fumarola, una legión de sacerdotes inundaron los andenes repartiendo medallas de latón con la imagen de la Virgen labrada en una de sus caras.

—Sentíos orgullosos de entregar un hijo a la patria como nuestra amantísima Virgen de los Desamparados entregó un hijo a la muerte para la redención del mundo.

—¡Hay que joderse! —debió de contestar mi padre. Seguro que lo hizo, puede que un tono más o menos alto, más o menos obsequioso, pero nadie le habría impedido desquitarse con un soez improperio o una oportuna blasfemia—. Creía que mandábamos a nuestros hijos a la guerra, no al matadero. Si a nosotros nos compensan con una medalla por perder a un hijo, es fácil que a ellos les den una cruz de madera en vez de un fusil.

Me explicaba mi madre que un cardenal, o un obispo, tanto da, fue repartiendo bendiciones a diestro y siniestro, y cuando nos fuimos reunió a su pequeño ejército de monaguillos y se encaramó a un imaginario púlpito desde donde quiso ofrecer como consuelo a las familias de los soldados una larga homilía sobre el deber, la responsabilidad y la virtud.

Mi madre trataba de compartir conmigo el dolor y la indignación de ver a su hijo marchar a la guerra mientras los acólitos del prelado, seminaristas en edad de ser llamados a filas, se amparaban en la fe para resguardarse bajo los faldones del cura y no morir al otro lado del océano. Y mi madre no entendía el por qué: por qué unos iban y otros se quedaban rogando al cielo, por qué yo tenía que ir a la guerra, por qué… Porque somos pobres, madre, sólo por eso.

Capítulo 4

Disciplinados ujieres formaban los eslabones de una cadena humana que contenía al gentío a las puertas del palacio de justicia. El periodista de *El Correo* se abrió paso a codazos entre la muchedumbre, experiencia a la que se había habituado a lo largo de sus pocos años de profesión. Mostró los documentos que le acreditaban como corresponsal de prensa a modo de salvoconducto, y así logró atravesar la frontera.

El pórtico filtraba una luz tenue procedente de la calle, a sus espaldas, y del patio interior, frente a sus ojos. El periodista preguntó a un par de picapleitos, ataviados con toga y birrete, por la sala donde se celebraba el juicio. No hizo falta especificar de qué proceso se trataba; la actividad legal se había paralizado aquellos tres días de septiembre.

Después de subir y bajar escaleras, recorrer pasillos y picar en las puertas equivocadas, Baixauli dio con la sala donde se celebraba el consejo de guerra contra Vicente Blasco Ibáñez por los sucesos acaecidos en marzo de aquel mismo año en la plaza de toros de Valencia.

De un tiempo a esta parte, el muchacho de ojos saltones había madurado a pasos de gigante. Su cuerpo pubescente se había asentado: sin adquirir una complexión atlética, al menos sí había dejado atrás esas líneas sinuosas que no le diferenciaban de las muchachas con las que mantenía esporádicos escarceos. El bozo en su labio superior seguía sin dar señales de verse convertido de la noche a la mañana en un espectacular mostacho, pero el joven periodista insistía en afeitárselo con regularidad, a veces incluso varias veces al día, esperando que el vello ganara fuerza y aspereza. Donde sí que le crecía una abundante mata de pelo era en el mentón; no se trataba de pelusa infantil sino de auténtica barba, rala, rizada, de cabellos ocres, blancos y negros, una estepa de zarzales que afloraba bajo el belfo y se extendía como las llamas de un incendio hasta la nuez, afilando su rostro ampuloso, avejentando su perfil, confiriéndole un aspecto enigmático, de galán cuarteado… Al menos, eso pensaba él cuando se miraba en el espejo.

Baixauli hubo de enseñar sus papeles una vez más a los esbirros del tribunal que guardaban la puerta. Entró en la sala a hurtadillas, como el furtivo que se cuela en el teatro con la función en lid. Tuvo cuidado de no cruzarse con su colega de *El Correo* que cubría el juicio. Buscó el lugar más anónimo de la sala para seguir la vista. Inerme de pluma y cuaderno de notas, Baixauli se descubrió

atrapado por el tifón de manos que garabateaban, recogiendo con precisión notarial las palabras de los protagonistas. El fiscal, don Bernardo Jiménez, a quien Baixauli reconoció por las descripciones que su colega había filtrado en la redacción del periódico, acababa de exponer sus conclusiones.

—Está en la conciencia de toda persona sensata de esta capital que don Vicente Blasco Ibáñez ejerce tal influencia en el ánimo de la clase proletaria que pudiera muy bien asegurarse que la tiene sugestionada con sus intemperantes escritos, que diariamente publica en el periódico titulado *El Pueblo*.

Al final del bosque de cogotes, Baixauli divisó a don Vicente, en primera línea de fuego, vestido con un traje gris, la nuca rasurada, espaldas anchas, el brazo izquierdo apoyado en el respaldo de la silla, su mano grácil, fuerte y a la vez esbelta, que soportaba las andanadas de ingenio de su dueño. Baixauli siempre había envidiado aquellas manos, y su significado. La virtud del talento, le recordaba su conciencia, es hacer posible lo imposible; el genio, sin embargo, consigue que los imposible parezca fácil. Blasco era un genio y el joven de ojos saltones le envidiaba… y le admiraba por ello. Aun lejos de *El Pueblo*, habían seguido leyendo con hambrienta necesidad cada una de las líneas escritas por don Vicente. Asistió cabizbajo al mitin contra el sistema de quintas que se celebró en marzo en la plaza de toros, vivió los disturbios consecuentes de campesinos, pescadores y obreros sangrados por la guerra, la usura de los prestamistas y la vergüenza de todo un país. Blasco enarboló aquella noche la verdad, y Baixauli no pudo más que arrepentirse de las últimas palabras que cruzó con su antiguo redactor jefe.

El fiscal regresó a su asiento. Blasco Ibáñez se levantó, dirigiéndose al centro de la sala. Todas las miradas caían sobre el periodista, el literato, el agitador. Blasco observó resignado una carpeta olvidada con aparente naturalidad junto al mazo del juez. El legajo contenía el fallo de la cámara; el tribunal se retiraría a deliberar, siguiendo los tiempos de la justicia, pero otros habían tomado la decisión por él. Blasco supo de este ardid a través de un antiguo compañero de la facultad de Derecho, que ahora trabajaba en Madrid para el gobierno. Cánovas en persona había firmado la orden, dictando la sentencia: el tribunal le impondría dos años de prisión correccional en San Gregorio; con el tiempo, podrían conmutarle la pena de prisión por el destierro, con el tiempo, pero Blasco no se veía con ánimos de perder dos valiosos años encerrado tras un dosel de barrotes. El embarque a Italia estaba preparado; él mismo cambiaría la prisión por el exilio, aún sabiendo que no resistiría mucho alejado del aroma de Valencia.

—Quiero solicitar una venia al tribunal. —Blasco se dirigió al

presidente de la sala, quien ya empuñaba su mazo como acto reflejo —. Quiero que me den la garantía de que no seré interrumpido a lo largo de mi exposición final… Diga lo que diga.

El grupo de jueces deliberó apresuradamente, entre bisbiseos.

—No creo que debamos concederle tal licencia —respondió el presidente del tribunal—. Temo que, de hacerlo, pudiéramos convertir esta sala en una nueva plaza de toros, esta fecha en otro ocho de marzo y a este público plagado de reporteros en una multitud enardecida por su discurso político. Ya que el propósito de este consejo de guerra es, precisamente, determinar su responsabilidad por favorecer los disturbios del pasado ocho de marzo, no creo que debamos dar pie a que se reproduzcan dichos altercados.

Blasco miró fijamente a aquel punto negro en su horizonte; Baixauli tampoco le quitaba ojo. El escritor asentía con la cabeza mientras el magistrado jugueteaba nervioso con su mazo. Toda aquella palabrería, una larga parrafada simplemente para negarse. Baixauli supuso al presidente del tribunal tan inseguro ante don Vicente como él mismo se percibía en su presencia.

—No pretendo dar ningún discurso revolucionario, ni arengar a mis colegas de la prensa para que se desate disturbio alguno. Sólo quiero defenderme ante este tribunal que ha tenido a bien escucharme. Si lo prefieren, desalojen la sala, dejen ir a la prensa y mañana no verán vestigio alguno de mis palabras en los diarios matutinos que pueda llamar a la insurrección civil. —El presidente no parecía convencido, por lo que Blasco insistió con un nuevo argumento—. Interprétenlo como el último deseo de un condenado.

Los dos hombres recalaron a la par en la carpeta de color sepia. El presidente conminó a uno de los ujieres a acercarse. Tras una fugaz conversación entre susurros, el ordenanza mandó abrir las puertas de la sala y los presentes fueron invitados a salir con prisas, entre aspavientos nerviosos y leves empellones.

Baixauli se impacientó. La marabunta le arrastraba mar adentro mientras él trataba de barbar sus pies al terrazo, pero era inútil. Esperaba escuchar a su antiguo mentor con la impaciencia del borracho ante la botella de vino. El gacetillero dejó caer unas hojas, se agachó a recogerlas y, en cuclillas, se abrió paso entre pantalones y faldas hasta los asientos que ocupaban los familiares y amigos del escritor. Baixauli siguió el banco hasta el extremo más alejado del pasillo central, y allí de apoltronó junto a un Julio Giménez sorprendido que tuvo a bien no delatarle.

—Le pido al tribunal que permita a mi mujer, a mis colegas y los amigos hoy presentes a mi lado que me acompañen hasta el último momento. Cuanto pretendo explicar ellos ya lo saben; si quisieran,

podrían publicar mis palabras sin tener que oírlas de mis labios y yo consentiría satisfecho. —El presidente de la sala lanzó una mirada censora al encausado—. Pero no lo harán. Permita que se queden; lo que hemos de decir no saldrá de entre estas cuatro paredes.

El presidente asintió, ordenando al ujier que liberara al grupo del férreo marcaje antes de abandonar la sala, entornando las macizas hojas de madera tras de sí. Blasco dedicó una sonrisa a sus allegados, y al alcanzar el precipicio del banco, se tropezó con la inesperada presencia de Baixauli, a quien saludó con un gesto apenas perceptible para otros aparte de los involucrados.

Vicente Blasco Ibáñez resopló antes de arrancarse a hablar. Los segundos previos a un discurso siempre venían cargados de nervios. Por un momento, Blasco se dejaba dominar por la incertidumbre, inseguro de sus cualidades como orador, de su porte, de su gallardía, del timbre de su voz. Antes de que la primera palabra saliera de su boca, se veía pequeño, se apreciaba un fraude, una figura entronizada que espera compungida a que los mismos que la elevaron descubran que es un farsante y le dejen caer. Entonces miraba al público y se operaba la transformación: los rostros del auditorio ya no eran fachadas sino espejos donde ver reflejado el efecto de sus ditirambos, sus voces no eran nudos entre el barullo sino ecos de su propio discurso. Blasco comenzaba a hablar y se sentía inexpugnable; le excitaba adelantarse a la reacción del auditorio, manipular sus emociones como un titiritero brega con los cables de sus marionetas, bucear bajo la superficie hasta el núcleo radiante de sus conciencias. El cortejo, la conquista, el idilio y, al final, el orgasmo, la esencia de la retórica… Los vítores, los aplausos. Miles de manos palmeando, miles de voces a coro.

La pausa se alargaba demasiado. Blasco se abrochó los botones de la chaqueta y guardó su mano izquierda en el bolsillo del chaleco.

—Hace tiempo, un joven periodista me definió como un hombre que se había convertido en ateo y republicano para que ni Dios ni el rey le hiciesen sombra. —Una sutil carcajada barrió la sala. Baixauli ni siquiera arqueó los labios—. Puede que no anduviera del todo equivocado, pero tampoco acertó. El ocho de marzo se produjo una concentración en la plaza de toros de Valencia no para escuchar a Vicente Blasco Ibáñez, sino para protestar contra la guerra en Cuba. No fue, pues, Vicente Blasco Ibáñez quien enardeció a la masa de asistentes a aquel mitin, ni les enfureció hasta tal punto que aquellas personas, de naturaleza laboriosa y pacífica, acabaron hiriendo a un guardia. No fui yo; fue la guerra, la forma despreciable y oportunista como se está tratando la rebelión de nuestra colonia. Este tribunal, quizás, debería juzgar a la propia

guerra de Cuba, a sus instigadores, a sus artífices, a sus agitadores, a aquéllos, como diría el señor fiscal don Bernardo Jiménez, que ejercen tal influencia en el ánimo de este país que se diría lo tienen sugestionado para continuar con la matanza antillana.

El fiscal se removió incómodo en su butaca mientras los allegados de Blasco se dedicaban sonrisas cómplices.

—Hablemos claro, por una vez, ahora que nos conceden la venia, ahora que nadie será juzgado por ello, ahora que nadie escucha, y aún a riesgo de que a nadie importe. Esta guerra es un negocio; lo ha sido siempre, desde el principio. Fuimos a la guerra para salvaguardar los intereses de un grupo selecto de terratenientes, hijos de negreros que fundaron su fortuna en la esclavitud; la misma esclavitud que, desde hace más de una década, todas las naciones civilizadas combaten con denuedo; la misma condición denigrante por la que los Estados Unidos, paradigma de orden y progreso, llegó a enfrentar a hermanos en una cruenta guerra civil. Esas fortunas son las que fuimos a defender con la sangre de nuestros jóvenes, fortunas como la del ministro Romero Robledo, cuyo padre se enriqueció comprando a precio de saldo partidas de esclavos americanos que los terratenientes secesionistas del sur comenzaron a vender cuando comprendieron que su destino era ser derrotados por Lincoln y la Unión. ¡El padre de Romero Robledo era un negrero! —bramó Blasco, silenciando cualquier rumor—, y su hijo lo sigue siendo. El padre compraba esclavos y el hijo esclavizaba campesinos. Eso llevó a los cubanos a levantarse en armas: el trato humillante y la gestión corrupta de nuestros políticos a sueldo de los ricos propietarios de la manigua. Mientras republicanos, como Pi y Margall o yo mismo, defendíamos la autonomía federal como solución airosa al asunto cubano, los monárquicos de Cánovas sangraban a la isla por mero afán de lucro, un lucro que no ha repercutido en enriquecer a este país sino sólo a unos pocos clientes del caudillo Del Castillo.

»Pero, no le podemos achacar los males de la guerra a los Romero Robledo de España; ellos sólo conocen la esclavitud, así que, cuando se les encargó la defensa de la isla, germen de este conflicto, echaron mano de su experiencia y buscaron a quién robar la libertad… Y esos fueron nuestros soldados, el rebaño gris, hombres que deben su condición de esclavos a su pobreza, y su pobreza a la fortuna de quienes han manipulado al gobierno de este país para seguir engordando sus arcas.

Blasco se acercó teatralmente a la mesa para beber un sorbo de agua. Las pocas almas de la sala aguardaban rendidas a sus palabras. Se los había ganado esbozando un par de ideas evidentes, argumentadas con vehemencia y elegancia, lo que a otro le hubiera

costado litros de sudor y miríadas de divagaciones. Nadie le interrumpiría… Nadie le hubiera interrumpido, sólo a él se le ocurría tamaña insolencia, tal blasfemia. Él tenía la última palabra, no aquel tribunal.

—La guerra está perdida. A muchos les sorprenderá que, precisamente yo, haga un comentario tan derrotista, pero es cierto. Hace tiempo que lo comprendí: la guerra estuvo perdida desde el principio, nunca tuvimos nada por lo que luchar. No luchamos por la opulencia de unos negreros que han dejado de comprar esclavos, ni por las glorias de un imperio que se ha disuelto en los últimos cien años, ni por la herencia de nuestros hijos, quienes no sabrían situar la isla de Cuba en un mapa, Luchamos porque somos incapaces de aceptar la derrota, tal es nuestra maldición. Luchamos con rabia, sin usar la cabeza, y aquél que lucha con rabia se agota antes y cae a tierra. Acepto con resignación esta verdad, por eso alabo la valentía de nuestros soldados, por eso continúo ensalzándolos como auténticos héroes, y sigo y seguiré alabando su patriotismo. Algunos me critican por ello: me tachan de populista, me tildan de demagogo, me acusan de decirle al pueblo lo que quiere oír por ganarme sus favores. Nada más lejos de la verdad. Cierto es que, antes del estallido de la guerra, defendí encarnizadamente la autonomía de nuestras colonias, defensa fundada en un ideal federal en el que aún creo y confío. Cierto es que, si de mí dependiera, no hubiera enviado un solo recluta a la isla cual perros de presa para someter la libertad de otros hombres. Cierto es, y esta afirmación bien podría costarme un segundo consejo de guerra, que hubiera aplaudido el levantamiento de la isla si por ello el pueblo cubano pudiera llegar a ser el dueño legítimo de su destino. Pero no es así. La derrota de España y la pérdida de sus colonias de ultramar sólo traerán un cambio de dueños. Los Estados Unidos se ciernen con codicia sobre la isla; no abanderan la emancipación sino el desfalco, no blanden la libertad y la justicia sino la mentira y la infamia. La prensa yanqui ha creado una guerra para vender periódicos, de la misma forma —Blasco buscó con la mirada al joven gacetillero de ojos saltones— que un novelista fabula con la realidad para vender libros. Contra eso me levanto: contra los que explotan el sufrimiento y la muerte de valientes soldados para cebar sus fortunas.

»Si en los Estados Unidos un grupo de ingeniosos empresarios ha convertido esta guerra en un espectáculo de variedades, y se está haciendo de oro con la venta de entradas, en nuestro país les andamos a la zaga. En nuestro país, personajes infames como el marqués de Comillas sangran al pueblo abriendo tantos tajos en sus venas que ya no se tiene en pie. Comillas es el dueño de la

Transatlántica, la empresa naviera que transporta las levas de soldados a Cuba. Comillas es un patriota, amigo íntimo de Cánovas, hombre de noble cuna y pía condición, un español que exprime las arcas del Estado cobrando treinta y dos duros por el embarque de cada soldado, un filántropo de la causa nacional que hacina a cientos de jóvenes en las bodegas de sus buques negreros, que les fuerza a pasar hambre alimentándolos a base de sopas, ¡sopas!, cuando cobra el embarque a precio de filetes. Ese es el marqués de Comillas, uno de tantos que alienta la guerra porque ve en ella su negocio, el inventor de las asociaciones de Padres de Familia que persiguen con saña a cualquier publicación que atente contra el buen nombre de su amo o la sacrosanta causa de la guerra. ¿¡Por qué las familias obreras y campesinas han de dar y dar a la patria, ofrendar sus esfuerzos, sus vidas y las vidas de sus hijos, mientras los clientes de Cánovas no hacen otra cosa que recibir, recibir y recibir!? ¿Por qué, si uno de esos muchachos que mandamos a la muerte cruza la frontera y escapa a Francia, le censuramos por desertor, y si a Comillas le da por interrumpir el envío de tropas porque el país se ha retrasado en uno de los pagos que le adeuda, le rogamos que sea generoso y le elevamos a los altares? ¿Por qué le consideramos el padre de la caridad: porque regala medallas de la Virgen de Covadonga a los soldados que mata de hambre; porque nos trae de vuelta a los muchachos heridos y enfermos? ¡También nos cobra por eso! Sus barcos nunca regresan de vacío porque en Cuba sobran los tullidos, porque en el viaje de ida algunos contraen enfermedades virulentas y no llegan a desembarcar, ¡porque cuantos más lisiados produzca esta guerra, más dinero le deberá el país a Comillas! ¿Si muere durante el viaje, saben cuál es el destino de un recluta embarcado en los buques de la Transatlántica? Su cuerpo es arrojado al mar, para regocijo de las bestias. Eso son nuestros soldados: *carne para tiburones*.

Respirar era tan obvio, tan común, que todos parecían haberlo olvidado. Baixauli retuvo un suspiro y tragó saliva. El muchacho iba hilando con soltura las afirmaciones de Blasco con los artículos de *El Pueblo*. Su expresión permanecía rígida, almidonada.

—Pero Comillas no es el único, no. Todos los protagonistas con nombre propio en esta farsa se han lucrado con la guerra. Martínez Campos, el traidor de la República, el pelele de Cánovas, ha ido cebando su colchón con las esquirlas del gran tesoro, las migajas de la mesa de sus amos, que no son huesos y mondas de patata sino virutas de oro. ¡Martínez Campos retenía las noticias sobre el avance o retroceso, triunfo o derrota en las escaramuzas sobre suelo cubano, y utilizaba esa información privilegiada para especular en la bolsa de París! Los políticos de la Restauración han recibido y

siguen recibiendo comisiones de bancos por los empréstitos solicitados para mantener los fondos de guerra. ¡Cánovas ha vendido España a los Rothschild, Pereire, Camondo y cuantos usureros han querido sacar tajada del pastel! Nos hemos endeudado más allá de nuestras posibilidades con el Banco de los Países Bajos para pagar a Comillas. ¡Con el dinero que el marqués lleva ganado a nuestra costa se podrían haber construido media docena de flotas como la Transatlántica!

»Les contaré una historia para que comprendan la gravedad de la situación. Conocí no hace mucho a un pescador en El Palmar, un hombre viejo y exhausto, anciano ya a los cuarenta años. Me confesó que su vida carecía de significado, que había decidido dejarse morir ahogado. ¿Por qué? Por la guerra. Cuando el mayor de sus hijos fue llamado a filas, supo que lo iba a perder y se resistió a tan terrible sino. Buscó un usurero, al que pidió prestados los seis mil reales que eximían al muchacho de tan penosa obligación. Sin tiempo para acomodarse al alivio de haber esquivado la desgracia, la suerte dictada por los Cánovas y los Romero Robledo de este país vino a por su segundo vástago, llamado a filas en lugar de su hermano. Esta vez no hubo forma de salvar al muchacho, todavía imberbe, a quien la familia acompañó a la estación de trenes el día que tomaba el camino del embarque. Desgarrado por el dolor, fue entonces cuando empezaron las verdaderas tribulaciones para este pobre infeliz, sin el más tierno de sus hijos y con un préstamo de seis mil reales que satisfacer a un interés del ocho por ciento. Sin el sostén de los brazos que embarcaron camino de las Antillas, la familia pescaba menos, por mucho que redoblaran sus esfuerzos, trabajando sin descanso. Un día, el pescador no pudo cumplir con el pago de los intereses y tuvo que solicitar un nuevo empréstito, también al ocho por ciento. Pero fue inútil. El hombre cayó enfermo. Incapaz de afrontar los pagos, hubo de vender cuanto poseía; su mujer y los más pequeños volvieron a casa de los abuelos, donde tampoco sobraba el pan con el que alimentar a aquella legión de bocas famélicas, y el hijo mayor se fue en busca de una vida que le había sido concedida hasta en dos ocasiones. El viejo quedó rezagado, sin nada, un hombre enfermo, un trabajador desfallecido a punto de perecer voluntariamente ahogado al que, para colmo de males, le llega la noticia de la muerte de su hijo en el frente.

»No les relato una fábula, ni me invento un cuento con moraleja. Ese pescador existe, o al menos existió hasta que se condujo aguas adentro y puso fin a su vida. Pero podemos aprender algo de su desgracia. El gobierno de Cánovas se ha endeudado por encima de sus posibilidades, y también de las nuestras. A esta guerra no envían

a morir a los hijos ociosos de la aristocracia, ni a las semillas de los futuros clérigos; mandan a morir a la manigua piernas, brazos y manos de jornaleros, la siguiente generación de trabajadores que han de tomar el relevo a sus padres y abuelos en la huerta, en los campos, en el mar, en el taller y la fábrica. ¿Qué haremos cuando los usureros a los que nos han vendido vengan a cobrar los intereses de la deuda y tengamos que darles nuestras casas y nuestras tierras porque nos faltan manos que produzcan la riqueza con la que pagarles? ¿Nos arrojaremos también al agua? ¿Habrá bastantes orillas para que todos podamos ahogarnos bajo su manto cristalino?

Blasco divisó, a través de la ventana, un celaje entrecortado que avanzaba impelido por el viento, rasgando el hermoso lienzo añil del cielo. Desentendiéndose de su recogido auditorio, el escritor fue hasta el vano y miró más allá, desafiando la prisión que formaban las paredes del juzgado.

—Soy valenciano —continuó el orador—. Nací en Valencia, al igual que Sorolla y los Benlliure. Amo esta tierra más que a mi propia mujer —Blasco dedicó una mirada paternal a su esposa, ruborizada por los rigores de la maternidad—, y que me perdone pero es cierto. He vivido los últimos meses lejos de mi hogar y no ha pasado un día sin que sintiera nostalgia. Cuando muera, aunque lo haga lejos de aquí, no quiero que me entierren en otro lugar que no sea Valencia… Y menos aún que me lancen al mar para servir de carnaza a los tiburones. —Blasco no pudo evitar sonreír ante la perspectiva. Una irreverente hilaridad contagió a los presentes—. Estoy convencido de que, si me enterrasen en un país extraño, fallecería de forma errante. Aquí, a orillas del Mediterráneo, no moriré jamás porque mi cuerpo vendrá a confundirse con esta tierra de la que brota todo cuanto aprecio en mi vida. Si eso es populismo, me confieso populista; si eso es demagogia, soy el más satisfecho demagogo de cuantos campan por esta ciudad; si decir en voz alta lo que pienso, lo que me preocupa, cuanto me indigna, si eso es delito ya pueden dictar sentencia, pero no voy a callarme, esté recluido en el penal de San Gregorio, exiliado en Italia o ardiendo en el mismo Infierno.

»Cuando escribo, cuando hablo, no me detengo a maquillar las palabras, a edulcorar los pensamientos, porque la verdad es agria, áspera, y atenta contra las conciencias de aquéllos que viven de la ignorancia, del miedo, del fanatismo y de la superstición. El ocho de marzo no blandí otra arma que la verdad y por ello me juzgan como un criminal… Pero lo cierto es que la verdad no mata; lo hacen las armas, la enfermedad y el hambre, la codicia, la mentira y la infamia, el dolor, la frustración y la miseria. La verdad es todo cuanto les queda a esas familias que han perdido un hijo en la

guerra; no quieran también arrebatarles eso.

Vicente Blasco Ibáñez guardó silencio tras la última frase, fijando la mirada en los ojos del presidente de la sala. Después se sentó. Baixauli lo juzgó abatido, pensando que se trataba del agotamiento tras el ajetreo de los últimos tres días. Su mujer también lo apreció raramente taciturno y concluyó que aquella apatía era fruto, sin duda, del fallo adelantado y torticero del tribunal que en breve le condenaría. Blasco realmente se encontraba cansado, insatisfecho, incómodo, pero no era por la frenética actividad judicial de aquellas interminables jornadas, ni por la ineludible certeza de tener como horizonte la cárcel o el exilio italiano. No. Lo que provocaba en Blasco tal desazón era que, al término de su discurso, no se había desatado un vendaval de aplausos, vítores, gritos, una ovación cerrada, unas palmadas en el hombro, incluso una avalancha de insultos e improperios hubiera servido. Pero aquello, el silencio, un pesado silencio que se atravesaba en la garganta; para Blasco, el silencio era un signo apabullante de hostilidad. «Silencio que me arredra», pensó, «bubón de indiferencia».

—Créame, don Vicente —dijo el magistrado al frente del tribunal—, que ninguno de los que hoy afrontamos el gravoso deber de juzgarle le hubiéramos interrumpido aunque antes no lo hubiese solicitado. Soy monárquico y católico, y cuando me comunicaron que iba a presidir este consejo de guerra, no alcancé a sospechar lo difícil que para mí sería pronunciar estas palabras. Como muestra de la estima que por usted profeso, no le insultaré interpretando una pantomima que prolongue su malestar.

El magistrado prensó con su mano derecha la carpeta color sepia que contenía la sentencia. No la abrió, no había necesidad; tampoco hizo falta que el grupo de jueces se retirara a deliberar, ni el presidente de la sala obligó a los presentes a ponerse en pie para escuchar el veredicto. El corte fue rápido e indoloro, la herida profunda.

—Don Vicente Blasco Ibáñez, este tribunal le considera responsable de alentar y dar forma con sus discursos contra la guerra de Cuba a los altercados del ocho de marzo de mil ochocientos noventa y seis en Valencia, y falla condenarle por ello a dos años de prisión correccional en el penal de San Gregorio.

El tribunal se retiró sin más ceremonia que la de abandonar la sala en serena romería, con el presidente a la cabeza. La puerta se cerró tras la última toga. El fiscal dedicó una mirada fugaz a su equipo y comenzaron a organizar la amalgama de pliegos, expedientes y carpetas amontonados sobre la mesa. Un alguacil intercambió algunas palabras con una pareja de guardias, señalando

al grupo de Blasco. Baixauli permanecía falcado a su asiento, en el extremo opuesto de la estancia. El primero en reaccionar de entre los amigos del folletinista fue Francisco Sempere, editor de Blasco, quien se levantó, empujando al bueno de Francisco Llorca y abalanzándose sobre el condenado.

—Convenceremos a esos desgraciados para que te dejen ir a casa a recoger algunas cosas antes de llevarte a San Gregorio. —Sempere susurraba al oído de Blasco, quien seguía absorto en la contemplación del cielo azul a través de la ventana—. Hemos dispuesto tu fuga al detalle. Embarcarás hoy mismo de vuelta a Italia. El buque zarpa esta noche. Debes poner tierra de por medio hasta que las cosas se calmen. Hablaremos con…

—No —sentenció Blasco, sin que se apreciara duda o vacilación en su voz—. Pasaré el invierno en San Gregorio. —El escritor se irguió, dando media vuelta para encarar la expresión descompuesta de su esposa, para quien conservaba el tono más conciliador y optimista de su repertorio—. No es el momento de huir, ni a Italia ni a ningún otro sitio. Hemos de quedarnos y presentar batalla; de no hacerlo, perderíamos lo ganado hasta ahora, y aquéllos que creían en nosotros, aquéllos a quienes hemos abierto los ojos respecto al desastre de Cuba nos darían la espalda, y además con razón. Pasaré el invierno en San Gregorio. Mientras, vosotros seguid en la brecha. Nuestro amigo en el gobierno nos aseguró que, dado mi ascendente, se podría conmutar la pena de prisión por el destierro. Hablad con él y con quien haga falta, pero sacadme de allí a muy tardar a primeros del año próximo.

—Vicente…

Blasco acalló a Sempere apenas levantando la mano. Luego recorrió con la mirada el banco donde se sentaban sus compañeros de periódico. Divisó a Baixauli, agazapado tras Julio Giménez. El joven gacetillero salió de su escondite con la precaución propia de un tordo arrinconado por el cazador. Blasco le dedicó una paternal censura, frunciendo el ceño y reprimiendo una sonrisa.

—Dejo como director de *El Pueblo* a Mateo, sabedor de que seguirá la senda que hemos trazado estos años. —Salvador Mateo Tarazona dio un involuntario respingo en su asiento—. En la cárcel, precisamente lo que abunda es tiempo libre, por lo que os atosigaré aún más si cabe con mis escritos y, por una vez, sin que sirva de precedente, ninguno de vosotros tendrá que ir detrás de mí para que acabe un artículo al límite del plazo de entrega. No os preocupéis. —Dos hombres uniformados cayeron como buitres sobre el escritor. El porte marcial y la agria expresión de sus rostros divertían a Blasco, quien ladeó la cabeza de izquierda a derecha, distinguiendo los perfiles de cariátides denostadas que le

custodiaban—. Volveremos a vernos muy pronto.

Blasco abandonó la sala escoltado por fuerzas de seguridad. Cuando el fallo del tribunal llegó a la calle, los hombres y mujeres agolpados a la entrada del palacio de justicia dieron muestras de su indignación coreando el nombre del condenado. El personal de los juzgados llegó a temer que la protesta se desbocara, pero no fue así. Los obreros y campesinos reunidos, acostumbrados a digerir la rabia con resignada naturalidad, fueron templando los ánimos y, al caer la tarde, el tumulto ya se había disipado por completo.

Baixauli escribió una eufórica crónica de lo sucedido, que terminó en el cajón de la mesa del director de *El Correo*, dentro de una carpeta con el nombre y apellidos del joven de ojos saltones, rubricados en la cubierta. El legajo contenía la sentencia de Baixauli: el despido, un oprobio que se hizo efectivo meses después, un final anunciado a voces en la redacción del periódico, un fallo guardado en una carpeta de color sepia.

Capítulo 5

Las tardes se sucedían largas y monótonas. Aturdidos por el sopor y el tedio, acabamos postrados sobre la cubierta del buque, ociosos, sin más entretenimiento que escuchar los rugidos del mar, aguardando al atardecer que apuntaba sobre la línea fatua del horizonte. Si la noche no refrescaba demasiado, muchos nos quedábamos allí a dormir antes que bajar a la bodega, a la panza del barco donde, dicen las malas lenguas, transportaron antes que a nosotros a rebaños de esclavos negros hacinados como puercos en una carreta camino del matadero.

Prácticamente, lo único que revestía interés durante aquellas tardes eran las ruidosas peleas que se organizaban en la cubierta de popa. Los combates agitaban al pasaje; los soldados nos desperezábamos, arengando a los púgiles con una sarta de sandeces que salían de nuestras bocas al tiempo que los puños cortaban el aire con aparatosa destreza.

Siempre peleaba el mismo; siempre vencía el mismo. Le apodaban la Mula por las coces que soltaba, si bien yo insistía en llamarle el Murciano, lo cual le sacaba de sus casillas. Encontraba curiosa aquella costumbre de los motes. Durante el embarque, ninguno nos conocíamos y el pie de toda conversación solía ser preguntar de dónde venía cada uno. Así, acabamos bautizándonos con los topónimos para salvar el primer anonimato: uno era el Vasco, otro el Gallego, estaban el Catalán, el Andaluz y yo era el Valenciano. Pronto descubrimos el problema que comportaba esta costumbre, puesto que había más de un valenciano, catalán o maño. Con los paisanos salvamos esta dificultad recurriendo a localismos: entre los valencianos, por ejemplo, comenzamos a distinguir al del Palmar, el de Godella, Mislata, el Grao… Conmigo lo tuvieron fácil: mis modales urbanos y cierta destreza lacónica a la hora de fumar perpetuaron mi apodo. Pero la convivencia permite conocer mejor a tus vecinos, y a los tropos originales se fueron imponiendo, en muchos casos, motes derivados de la profesión de cada uno, de sus trazos físicos, sus carencias, sus defectos y sus habilidades. Algunos resultaban extraños y arbitrarios, como el caso de un muchacho tímido al que, desde el primer día, tuve en gran estima, y que se presentó a todos alegremente como Ribera.

—Ribera, como el pintor —afirmaba con el obvio convencimiento del que tacha de blanca la nieve.

Pero allí nadie conocía al Españoleto, y los que sabíamos de José de Ribera mantuvimos la boca cerrada para no alimentar el recelo

entre nuestros camaradas. El caso es que, desde el día de su infructuosa presentación, al pobre Ribera nadie le mentó por su nombre, bautizándole en su defecto como el Pintor, si bien el muchacho no había blandido un pincel en toda su vida.

El Murciano era un tipo bragado, con tatuajes en los hombros y la espalda, amplia como las velas de un bergantín. Alrededor de sus irises melifluos se distinguían líneas de sangre que crispaban su mirada feroz. La nariz chata y la opulencia de músculos le sirvieron como tarjeta de visita en los primeros círculos que se fueron formando en cubierta.

—Yo soy boxeador de los de verdad, de los que ganan cuartos y visten como señores. No un matón sin sesos ni un saco de arena, no; yo soy un auténtico deportista. Yo he pelado en el Sportsmen's Club y en la Sociedad Gimnástica de Madrid. El profesor Vidal dijo de mí que yo podía llegar a ser el John Sullivan español.

Escuchaba sus peroratas, repletas de referencias peregrinas, con desconfianza, alcanzando juicios de valor prematuros en los que la Mula resultaba moralmente vapuleado. Retó a medio barco, y a todos sus contrincantes los derribó con soberbios movimientos, empezando por un juego de pies de una gracilidad irrespetuosa con el volumen de su cuerpo. Todo en él no era más que golpes certeros y sonrisas cortadas por el patrón de la sangre. Yo creía haberle calado. Conservaba la primera impresión que alentó en mí: que era el niño más crecido que se paseaba por el patio de aquel colegio de internos. Ya se sabe, en las escuelas siempre hay un chaval que destaca por su presencia, por sus habilidades físicas, no tiene más, de hecho no es nada más que eso, músculos y arrogancia sin otro fin que perpetuar esa marrullería, que no conquistan meta alguna, que sólo sirven para imponerse a los otros por la fuerza y fanfarronear de ello.

Para mí, el Murciano era nuestro forzudo de patio de colegio. Lo curioso es que, secretamente, le apreciaba, me hacía reír con aquel despliegue de chulería que deslumbraba a los compañeros.

Parte de ese encanto se desvaneció cuando una tarde le dio una somanta de palos a Ribera porque sí. Más tarde, el propio Ribera me contó la historia y me compadecí de ambos. Al parecer, aquel Pintor enclenque se escudó en su apodo, rogando a la Mula para que se prestara a un retrato. El boxeador soportó dos largas horas la pose de modelo, impertérrito, con el torso desnudo, apoyado en la barandilla de estribor mientras Ribera trazaba curvas, con un carboncillo robado a la sala de máquinas, sobre su blusón blanco, tendido en un caballete que había improvisado con el tendedero. Cuando la sesión artística terminó, y el Murciano quiso ver la obra, Ribera se negó a mostrar su trabajo, aduciendo que no estaba

finalizado. Los dos forcejearon amablemente, hasta que la fuerza del boxeador se impuso y el modelo pudo contemplar la pintura que no era tal, que no existía, como tampoco se dieron nunca las dotes artísticas de Ribera. Lo que si se distinguía bajo el pantalón de este Españoleto era una flamante erección y una mancha húmeda a la altura de la entrepierna. El Murciano no dejó de patearle la ingle hasta que se vino abajo aquel obelisco inoportuno. Desde entonces Ribera cojeaba, esquivando los comentarios al respecto con la misma presteza que su agresor fintaba los puñetazos a la mandíbula.

Despreciaba al Murciano, pero seguíamos siendo amigos. Me consideraba lo más parecido a un igual que había encontrado en aquel rebaño gris.

—Pero, claro, ¿qué vais a saber vosotros de boxeo? —La Mula repetía su letanía a cuantos formaban un corrillo y le escuchaban antes o después de un combate—. Sois unos paletos que hasta no hace mucho no habíais visto más mundo ni habíais ido más lejos de las eras y el monte al otro lado de la iglesia de vuestro pueblo.

Le conocí la tarde en la que me retó a luchar. Me negué sin miedo, con una sonrisa amable que le desarmó sobremanera. Aquel día peleó con otro valenciano, un zagal de El Grao al que llamábamos el Pescador. Le dio una buena tunda; le marcó la cara para lo que restaba de crucero transatlántico, y al terminar se dirigió a mí y me preguntó qué me había parecido la pelea.

—Bien. Supongo que siempre es de agradecer un poco de diversión con la que mitigar el aburrimiento. Gracias por el espectáculo.

Conseguí que se sintiera como una atracción de feria, y al parecer el desprecio hizo mella porque desde entonces bregaba mucho menos: ya no olfateaba adversarios entre los reclutas, sino que ellos le buscaban; tampoco celebraba las victorias como antes y se enojaba cuando alguien no quería hablar con él de otra cosa que no fuera boxeo. En mi presencia se sinceraba. Creo que sentía cierta admiración por mi sangre fría, y eso me halagaba: se agradece que el matón del barrio se perciba pequeño al lado del enclenque sabelotodo de la clase.

—Podría haberme librado de esta guerra —me contó en una ocasión el Murciano—. Me ofrecieron una pelea en Barcelona que lo hubiera solucionado todo, pero me encargué de estropearlo. Habría tenido bastante para pagar al gobierno los seis mil reales, y aun me hubiera quedado una buena propina. Yo no debería estar aquí; yo valgo para mucho más que morir de un tiro en la cabeza.

Cualquiera sirve para mucho más que servir de diana a un disparo certero entre los ojos. En una guerra, los reclutas se

convierten en cantos rodados que vuelan de una trinchera a otra. La verdadera munición, desperdiciada como escoria, es el arrojo de los desgraciados que forman la vanguardia suicida del ataque. Bajo la lona que arropa el liviano armazón de los tenderetes castrenses, los generales juegan con figuras de plomo sobre campos de batalla a escala, miniaturas pulcras, limpias de toda mancha, exentas de monstruosas partituras de dolor, miembros segados y pellejos calcinados por acción de la metralla y la artillería.

Soy un expósito criado en la disciplina de la inclusa. En el orfanato, las monjas nos enseñaban a distinguir que no éramos nada. Carecíamos de familia, de nombre, de pasado. Peones. Toda mi vida he caminado en silencio. Al principio, el ejército me reconfortaba, como una manta en invierno, un invierno muy largo, casi eterno. Traté de familiarizarme con aquellas caras, por si algún día se perdían en la niebla, para asegurar su existencia pretérita y futura en el exilio de la memoria. Puede que todos en el barco tuviéramos algo de expósito: parte de abandono, parte de olvido, parte de desierto. A la mayoría le incomodaba su recién estrenada orfandad; para mí lo nuevo era verme adoptado por el raso de los uniformes y las banderas.

—¡Ha sido el Moro! ¡Ha sido el Moro!

Aquella noche disfrutaríamos con un combate. Boxeo canadiense, así lo llamaba el Murciano: los púgiles luchan en un espacio limitado por un círculo de leñadores, y cada vez que uno de los contendientes se ve arrastrado al borde del anillo, los hombres le levantan o le golpean, le ayudan o le aplastan, dependiendo del signo de sus preferencias y apuestas. Los reclutas teníamos poco de leñadores, y nunca se nos hubiera ocurrido ponerle una mano encima al Murciano, pero nos desgañitábamos animando a los descamisados para que nos entretuvieran zurrándose por nosotros.

El punto de interés del combate de aquella tarde lo puso la categoría del contrincante. Un oficial había retado a nuestro campeón, consiguiendo, como poco, enturbiar sus nervios. Corría el rumor de que el ejército andaba falto de oficiales, por lo que aceptaba contratar mercenarios para que mandaran sus tropas, soldados de fortuna que en ocasiones ni siquiera hablaban nuestro idioma. Este sargento era conocido como el Moro porque su rostro atezado y los caracolillos de su pelo le daban aspecto de musulmán renegado. Por lo demás, hablaba un español tan burdo como el de cualquiera de nosotros —el Murciano me lo confirmó—, pero los rumores aseguraban que era argelino y no conocía otra lengua que el francés colonial. Lo recuerdo altivo que no esbelto, nervudo que no corpulento, de rostro simiesco y andares decorosos. Entró en el círculo con el pecho ya desnudo, ajustándose los pantalones anchos,

calzado con botas de campaña. El Murciano apareció por la otra punta; al despojarse de la camisa, desveló un torso tintado por la exposición a los rayos del mediodía en cubierta. El fiero tatuaje del hombro izquierdo parecía aullar de rabia cuando se puso en guardia, doblando los codos y constriñendo aquellos enormes bíceps que con deleite disfrutaron los ojos cárdenos de Ribera.

Los oponentes dieron vueltas alrededor del orbe. El Moro llamó la atención de su rival; le susurró algo, pero no pude escucharlo con los gritos del público. Le repitió el mensaje, una, dos, tres veces hasta que la Mula se dio por aludido, le miró fijamente y abrió la boca pasmado, si no le conociera diría que incluso con inquietud, tal vez miedo.

El Moro aprovechó el descuido para propinarle un fabuloso golpe de izquierda, que el Murciano encajó con frialdad, retrocediendo apenas un paso. Al primero le siguieron una retahíla de palos, puñetazos largos y cortos, precisos y ansiosos, fuertes y desvaídos. El Murciano los digería todos con aplomo, sin responder pero tampoco sin venirse abajo. Nuestro campeón continuaba petrificado en el centro del círculo. Su rival boqueaba exhausto y él parecía no inmutarse.

El Moro volvió a susurrarle algo entre jadeos; luego le gritó, vociferando una exclamación incoherente a un palmo de la cara. El soldado frunció el ceño, conteniendo la ira. El sargento quebró la entereza de su rival escupiéndole a la cara. La lengua de saliva cayó goteando sobre la mejilla, cribada por los haces rígidos de sus pestañas. El Murciano no necesitó un segundo golpe. Con un potente gancho, levantó un palmo al oficial del suelo y le hizo levitar. Fue un vuelo corto, que los presentes preservamos en la retina. El oficial bereber no recuperó el sentido; permaneció inconsciente sobre el lienzo entablillado de la cubierta. Nuestro campeón abandonó la escena entre vítores y aplausos. Yo le seguí a cierta distancia, hasta dejar atrás el tumulto.

—¿Qué ha pasado ahí arriba? —le pregunté, tras darle alcance.

—¿No lo has visto? He tumbado a ese cabrón.

—¿Qué te susurraba al oído? —No hubo respuesta, pero insistí —. ¿Qué te ha dicho? ¿Qué te repetía durante la pelea?

—Que soy un imbécil orgulloso, un estúpido sin remedio. —La Mula miraba al suelo desorientado. Quizás los golpes sí que le habían afectado… Pero no; discurría más cuerdo y lúcido que nunca —. No, eso es lo que me digo y me repito, pero nadie escucha: que soy un imbécil orgulloso y un desgraciado que nunca aprende.

—¿Qué te dijo el Moro durante la pelea? —Volví sobre la misma pregunta muy lentamente, como si hablara con un interlocutor extraño a mi lengua.

—Me dijo que… Si no me dejaba ganar, me pondría en primera línea de fuego cuando llegáramos a la isla. Soy imbécil. Me volarán la tapa de los sesos nada más desembarcar. Ahora ese cerdo me la tiene jurada. El puto orgullo de los…

El Murciano, a punto de llorar, dio media vuelta y se acurrucó en su catre. Le imité en silencio, sentándome en una litera vecina. Al fin, hube de aceptar mi error, no me duele admitirlo: el Murciano era todo cuanto aparentaba, y mucho más.

—No perdiste aquella pelea en Barcelona, ¿verdad?

La Mula arqueó las cejas y frunció el ceño, poblando de dunas el mural de su frente.

—Yo… sólo… me negué a perder… a perder así… Si me hubiera tragado el orgullo ahora no vestiría este uniforme. El orgullo… ¿De qué sirve conservar el orgullo cuando te facturan en un barco camino de la muerte? ¿Sabes una cosa? No quiero empuñar un arma, no quiero convertirme en una diana para esos cabrones cubanos. Por mí pueden quedarse con la isla; me importa una mierda lo que hagan con sus vidas mientras no vengan a quitarme la mía. ¿A mí qué coño se me ha perdido en Cuba? Yo lo único que quiero es irme a casa.

—Yo no tengo casa, pero si la tuviera querría volver.

El Murciano se giró cara a la pared, dándome la espalda. Me estiré sobre el jergón, acomodando la nuca entre las palmas de mis manos. Fui entornando los ojos hasta caer vencido por el sueño. Al otro lado de mis párpados divisé un terruño deforme que una hueste de campesinos, tocados con sombreros de paja, trataban de rastrillar con la boca del cañón de sus fusiles. Del suelo árido brotaban coles esféricas y proporcionadas como cabezas. Los labriegos tronchaban los cerebros blancos con sus machetes y bebían de las heridas abiertas, saboreando un brebaje ocre que se les escapaba por la comisura de los labios. Desperté sudando. Me incorporé sobre la horizontalidad sinuosa del catre, mecido por las olas: frente a mí, se extendía una cosecha de cuerpos; las respiraciones graves y los ronquidos se turnaban, manteniendo una cadencia continua en el aire. Fui sorteando a tientas bellos durmientes hasta llegar a una de las esquinas de la bodega. Palpé las asas de un cántaro de agua, las estreché con fuerza y bebí desaforadamente, como si regresara de mi particular travesía por el desierto, con la boca seca, granos de polvo sepultados entre los dientes y un sabor áspero en el paladar. Me apoltroné en la oscuridad sobre un túmulo de camisas sucias. Extendí la mano frente a mis ojos, pero no conseguí ver nada. Me preguntaba dónde irían a parar las manos que no se ven, por qué siempre se repiten los mismos sueños, y cuando muera a quién le enviarán mis restos

cubiertos por una bandera.

Las tardes se ganaban a pulso el calificativo de largas y descorazonadoras, más aún desde que el Murciano dejó de deleitarnos con su juego de piernas. Entre los soldados se fueron formando camarillas. Sobre cubierta se apreciaba medio centenar de islas humeantes, pequeñas catervas donde unos liaban cigarrillos mientras otros los fumaban, donde se hablaba sin tapujos de aventuras y desventuras sexuales ensanchadas, dadas de sí como unos pantalones viejos, guardados en un cajón de la mesita de noche, pantalones que ya no estaban, pantalones que en muchos casos nunca habían existido, los pantalones del rey que camina desnudo, como en el cuento.

Nuestro grupo pasaba desapercibido en el empedrado de cogotes rasurados de cubierta. En esencia lo formábamos Ribera, el Murciano y yo, que por aquellas fechas era conocido de proa a popa como el Bachiller. Cosas del oficio. Escribía cartas para los soldados, epístolas formales de caligrafía pulcra y bien tensada, letras de consuelo para las familias que dejaron atrás, cartas escritas por un extraño y, seguramente, leídas por labios distintos a los oídos de sus destinatarios. Me resultaba irónico copiar una y mil veces «querida madre» o «querido padre»; llegué a considerarlo una burla, una gracia de inclusa, una de esas bromas hirientes que sólo los niños pueden gastar.

El Murciano soportaba a Ribera por deferencia al grupo. Resultó que el frustrado pintor y yo habíamos sido vecinos allá en Valencia, viviendo casi puerta con puerta, o más bien balcón con balcón. Dos extraños que se cruzan a diario obviándose, ignorándose mutuamente hasta ahora.

A nosotros tres se unían asiduamente dos buenas piezas: el pescador de El Grao, un muchacho bonachón, con una inteligencia basada en el más íntegro sentido común que jamás distinguí; y un tipo con orejas de soplillo al que llamaban el Francés, no por su ascendencia gala sino porque le habían atrapado en la frontera de los Pirineos con la cartilla de reclutamiento en el bolsillo de la camisa. Su pánfilo intento de deserción le granjeó no pocas enemistades entre el pasaje; algunos soldados le consideraban un cobarde, yo siempre le tuve por el más valiente de entre todos nosotros, si bien quizás no el más avispado. El Francés siempre se destacaba el primero a la hora de afrontar cualquier reto o tarea, quizás por eso también fue pionero, en su momento, en decidirse a dar el paso que no pocos nos planteamos.

Cuando no mataba el tiempo describiéndole a alguna familia lejana lo fabuloso de la vida castrense, me refugiaba en la lectura, pero ¿qué leer en un barco de transporte militar? El pescador de El

Grao había pasado un periódico de contrabando, un diario republicano con fecha del seis de octubre. Me lo cedió con gusto a cambio de que, de vez en cuando, le leyera algo. ¿Algo? Cada tarde me hostigaba para que recitara el mismo pasaje del folletín por entregas de Vicente Blasco Ibáñez: *Flor de mayo*. Según Ribera, las palabras de Blasco olían a Valencia. No tardó mucho en empacharme el perfume a huerta tiznado de salitre y brea. La rutina del ocaso se volvía pesada. A la mínima, trataba de eludir el compromiso adquirido pero, entre nosotros, ¿qué otra cosa se podía hacer si no era contar historia ruborosas sobre la hija de la portera y releer el mismo ejemplar de *El Pueblo* una y otra vez?

Volvíamos sobre los reclamos publicitarios de la última página. El Francés memorizó las direcciones de los dos usureros que se anunciaban en el periódico: una casa de préstamos en la calle de las Barcas y otra en San Vicente.

—Tendría que haber vendido mi alma a esos buitres; tendría que haberme plantado en su puerta, suplicando que me dieran seis mil reales. Soy una persona honrada; se los hubiera devuelto, con intereses.

—Claro —comentaba jocoso el Murciano—. Un tipo honrado al que pillaron en la frontera tratando de desertar.

—Tampoco te hubieran dado un sola peseta —repliqué—. Mira lo que pone aquí: «Casa de operaciones mercantiles con orden de facilitar dinero a militares, empleados inamovibles, facultativos, clases pasivas y retirados civiles».

—¿Y qué coño se supone que somos nosotros sino militares? —protestó el pescador.

—Somos carne de cañón —aseguraba lúgubre el Murciano—. Los militares son los que hacen carrera subidos a los hombros de nuestros cadáveres.

—¿Nunca te ha dicho que eres la alegría de la huerta?

Risas. Si pasamos por alto los trajes de rayadillo, la bandera de marras y el toque de trompeta anunciando las horas, parecíamos un grupo de amigos disfrutando de un largo crucero por el Atlántico… Algunas veces, sólo unas pocas. Las mas se nos podría confundir fácilmente con una cuerda de presos: el mar era nuestra cárcel, el barco nuestra celda y el caldo de fideos y garbanzos nuestro rancho, una pitanza escasa que nos mantenía dóciles, que espantaba de nuestras conciencias la idea de rabiosos motines y fugas submarinas. Presos, fumadores, vagos, cualquier cosa menos soldados. ¿Qué clase de soldado no recibe instrucción militar? ¿Qué clase de soldado no es capaz de distinguir los rangos, ni jamás ha empuñado un arma? Nosotros. Llegaríamos a la isla y nos volarían la cabeza, como insistía en augurar el Murciano: a él primero por

orgulloso, a los demás después por ineptos.

Facturado como ganado en aquel barco negrero, no me sentía más soldado del ejército español que un mocoso que toma la primera comunión vestido de alférez de marina. Salvo un día, una jornada infausta en la que, para mi desconcierto, entendí lo que significaba servir a la patria.

Una calurosa mañana tropical vimos aparecer en el horizonte un barco. El filo de su quilla rompía las aguas, imprimiendo a su avance gutural una melodía estridente, que nosotros interpretamos sorda en la distancia. La punta del bauprés nos señalaba desde la lejanía como un dedo acusador. Nos revolvimos inquietos hasta que el bajel se aproximó, y pudimos distinguir los colores de nuestra propia bandera, izada en su mástil de proa. Respiramos con normalidad, recuperando la inercia del pulso al descifrar los símbolos oxidados del casco: era un buque de la Transatlántica, la empresa naviera que transportaba soldados a Cuba, o que en este caso los traía de vuelta.

Nos precipitamos en desbandada sobre la barandilla de estribor y saludamos a los compatriotas, agitando nuestros birretes al viento. Sacudía como un estúpido el penacho de tela sobre mis hombros cuando las brumas matinales se disiparon, retirando, como en una obra teatral, un telón gris que hizo palidecer la escena: el barco transportaba enfermos y heridos de vuelta a España. Parecía un buque fantasma de piratas quejumbrosos que tosían y esputaban tratando de entonar alguna melodía bucanera. Un barril de leprosos a la deriva, un bacín pestilente lleno a rebosar. Se me cayó el sombrero al agua, y ni siquiera me detuve a despedirlo con un reproche.

El pescador de El Grao apuntó con su dedo índice a la popa de la morgue flotante. Vomité sobre la segunda T de TRANSATLÁNTICA, cincelada en nuestro propio mascarón. Eran cadáveres envueltos en sudarios de lienzo tosco, de tela barata, la más depreciada, la menos blanca, un tejido cetrino como el pus, como la bilis. Dos corpulentos empleados a sueldo de la empresa naviera balanceaban los cuerpos en el aire antes de lanzarlos por la borda, como fardos de paja apilados en un granero de olas erizadas, olas altas que el viento encabrita. Recuerdo que el barco dejaba a su paso una estela de espuma carmesí. Jirones de sábana salían a flote, también mechones de pelo y pedazos de carne, trozos desmembrados por las mandíbulas batientes de los escualos que pueblan esas aguas. Eso suponía ser soldado del ejército español: servir de sustento para los tiburones, morir en un barco que es una enfermedad en sí mismo, amusgar el entrecejo como un caballo de tiro y cargar contra las olas en una última envestida.

Un niño de unos seis años, que mendigaba comida y afecto junto a su padre y su hermano detrás de la Catedral, me asaltó una mañana de abril y se ofreció a llevarme los libros a cambio de una rebanada de pan blando. Le dije que no. Él me agarró de los bajos de la chaqueta y yo le aparté de un empellón. El arrapiezo, entonces, se revolvió en el suelo y me deseó que ojala algún día no tuviera dónde caerme muerto… Y allí estaba, viendo como los cadáveres de mis hermanos chocaban contra la pátina garza del mar y se perdían en un ocaso sin fin.

Maldito crío. Si lo llego a saber, le atiborro a pasteles.

Capítulo 6

Blasco estalló en una carcajada al verle aparecer. El joven Baixauli no insistía en acudir siempre tarde a sus citas por el simple gusto de hacerse de rogar. La explicación era mucho más prosaica: había tenido que empeñar su reloj para comer, y daba gracias a la generosidad de su portera pues, de lo contrario, además de hambre padecería frío al no poder permitirse otras paredes que las esquinas de la calle ni más techo que los soportales. Como un artista circense deambulando por la cuerda, el gacetillero se mantenía en un precario equilibrio. Sólo conservaba un traje, una camisa, una muda, una corbata y un par de calcetines. Daba a entender que prescindía del sombrero por rebeldía, pero era vergüenza lo que le procuraba su viejo bombín. Cuidaba su escaso vestuario con esmero, incluso con devoción: cada noche, antes de acostarse, colgaba la chaqueta de una percha y la cepillaba con mimo; después, extendía los pantalones sobre la tabla del somier y el sueño hacía las veces de plancha. Frotaba con jabón los puños y el cuello de la camisa mientras rezaba para que no se diera la ocasión a lo largo del día de despojarse forzosamente de la chaqueta. Lavaba y tendía la ropa interior y, si a la mañana siguiente no estaba seca, andaba por ahí con los genitales sueltos cual badajo. Y remendaba sus calcetines. ¡Cómo detestaba el hilo y la aguja! Más que nada en este mundo.

Baixauli dudó entre aligerar el paso o mantener la compostura. Por un lado, llegaba tarde a una importante cita; por otro, no podía permitirse el lujo de perder la suela del zapato en mitad del Paseo de la Castellana, y era muy probable que aquella desconsiderada lengua de goma ribeteada con clavos fuera a parar a una alcantarilla, dejándole indefenso en una ciudad extraña, un republicano descalzo en la Corte, para más sorna. He ahí la explicación a la hilaridad de Blasco, quien divisó a Baixauli doblar la esquina, marchando sobre el asfalto sin despegar los pies; sus glúteos bamboleaban debido a los golpes de cadera con los que el joven imprimía velocidad a la cosetada, dejándose conducir por un vaivén de los brazos, contagioso y rítmico.

—Lamento llegar tarde.

—Descansa, muchacho. —Blasco apenas alcanzó a pronunciar dos palabras entre las carcajadas que atraían la atención de los curiosos.

—De verdad que lo lamento.

—No te preocupes. —El escritor valenciano se enjugó las

lágrimas y suspiró—. Ha valido la pena que me dieras plantón sólo por verte llegar de esa guisa. Sin pretenderlo, creo que acabas de inventar un nuevo deporte.

En otro tiempo, esos comentarios hubieran ofendido la decorosa sensibilidad de Baixauli. Pero ya no. Ahora asentía sonriente, presa de una contagiosa ilusión. Los ojos saltones del periodista no perdían de vista el trasiego mundano de Madrid, torrente de vitalidad que se derramaba a su alrededor como savia nueva. Sentado en la terraza del café, el gacetillero se dejó embaucar por los estímulos a su alrededor: los sonidos, los aromas, el placer de saberse vagabundo en tierra extraña, sin pasado, sin memoria, enfermo de una feliz amnesia.

—¿Cómo ha ido el viaje?

—Bien. Ha sido… estimulante.

—¿Estimulante? —preguntó Blasco, aún divertido.

—Nunca había salido de Valencia, hasta ahora. Es increíble lo lejos que pueden llevarte tus pasos.

Blasco asintió, encantado por la franca ingenuidad que, por momentos, era capaz de desplegar su pupilo.

—En el fondo, te envidio. Me gustaría volver a subir a un tren como si fuera la primera vez: con ese nudo que se forma en el estómago, pendiente del paisaje que dejas atrás a la vez que fantaseas con todo cuanto está por venir: lugares, personas…

—¿Por qué me ha mandado llamar, don Vicente? —Baixauli quebró el encanto de su propia ensoñación con una pregunta directa—. Pidió a Salvador Mateo que me buscara, me compraron ustedes un billete y ahora estoy aquí. ¿Por qué?

—¿Por qué te he hecho venir? —Blasco repitió la pregunta, concediéndose tiempo para meditar—. Necesito que me prestes un servicio. He escrito algunas cartas que deben ser entregadas a una serie de personas en Valencia. Con el tiempo, me he vuelto algo receloso respecto a la honradez de ciertos servicios, incluido el postal.

—Creía que Giménez se encargaba de gestionar su correspondencia.

—Así es. —Blasco asintió con un movimiento de cabeza—. Precisamente, estuvo hace una semana aquí, en Madrid, visitándome. Se quedó un par de noches, si la memoria no me falla.

Baixauli abrió los labios para formular una nueva pregunta, pero al momento se detuvo. Su expresión revelaba un evidente desconcierto.

—La verdad, Giménez y yo estuvimos hablando de tu situación, y es por ese motivo que te he hecho venir. Le pregunté por todos vosotros, como suelo hacer. Me interesé por ti, y me explicó que te

había echado de *El Correo* por… ¿Cómo lo dijo él? Ah, sí; por escribir una enconada defensa del reo Vicente Blasco Ibáñez y su lucha por revelar la verdad respecto a la guerra en Cuba… Encontré divertido lo de «enconada»; suena a lío de faldas, o a trifulca de burdel. Ha llegado a mis oídos, por otras fuentes, que probaste en *Las Provincias*, pero tampoco allí hubo suerte. Tu situación empieza a resultar comprometida, y eso me inquieta. Sigues sin trabajo, ¿no es cierto?

—No se preocupe, don Vicente. —Baixauli se relajó, aliviado al comprender el motivo de su comparecencia ante el escritor desterrado—. No he encontrado trabajo en ningún periódico, ni nada similar, pero no tiene de qué preocuparse. He comprendido, tras muchos tumbos y algún varapalo, que no quiero perder el tiempo redactando gacetillas. Don Vicente, lo que deseo es convertirme en un escritor serio, en un novelista de prestigio, como usted.

—Me parece bien, pero antes tendrás que llenar el buche, y salvo que heredes no sé de dónde vas a sacar dinero si no es trabajando.

—Le repito que no tiene usted de qué preocuparse; por el momento, voy tirando. Ahora mismo estoy escribiendo un libro sobre Cuba. He conocido a un recluta que volvió de la manigua. Cuando acabe este libro…

—Cuando lo acabes —interrumpió tajante Blasco, reprendiéndolo con la voz y el gesto—, pero ¿y si no lo terminas? ¿Y si lo escribes pero no interesa a nadie? Mira, muchacho, me alegro de que hayas encontrado tu vocación pero has de ser inteligente y no dejarte embaucar por ensoñaciones bohemias.

»Esto te sonará a sermón, pero te ruego que escuches. Cuando yo tenía tu edad, dejé Valencia y viene hasta Madrid dispuesto a convertirme, de la noche a la mañana, en el Dumas de nuestra literatura, pero no ocurrió así. En su lugar, tuve que vender mi talento a un negrero senil que me pagaba por componer relatos que luego él firmaba con su nombre. ¡Claro que acabé escribiendo, pero a costa de tragarme el orgullo! ¿Entiendes lo que trato de decirte? Hay que llenar el estómago antes de vaciar la cabeza sobre el papel. No te pido que abandones, pero aprende a administrar tu tiempo. Acepta volver a *El Pueblo*, y cuando termines ese libro sobre Cuba ya le echaremos un vistazo.

—*El Pueblo* tampoco atraviesa su mejor momento. Entre los cierres y la ausencia de su director, muchos piensan que no le restan más de dos primaveras. Usted y yo sabemos, don Vicente, que *El Pueblo* no necesita otro gacetillero.

—Deja que sea yo quien se preocupe del periódico. —Tras un

suspiro, Blasco cogió la taza de café por el asa y apuró hasta las heces el oscuro brebaje—. Siempre hemos tenido problemas económicos, y siempre los tendremos, pero mientras no nos convirtamos de la noche a la mañana en un pecio seguro que podemos seguir achicando agua. Y eso de que el periódico no necesita otro gacetillero… Bueno, la redacción es como la mesa de un pobre, donde siempre hay sitio para uno más. Dado que parece interesarte la literatura, podrías escribir la crítica teatral, o echar una mano con el folletín. En cualquier caso, si Mateo no te encuentra una ocupación, siempre puedes ejercer de correo para mí. Baixauli, el correo del zar. ¿Qué te parece?

—El correo de un zar desterrado —murmuró el joven.

—¡Sí! —Blasco palmeó la espalda de su protegido—. ¡Un zar desterrado! Me gusta la idea.

Los dos valencianos compartieron un breve momento de complicidad eufórica. Los viandantes que pasaban junto a la terraza los miraban con suficiencia. Los clientes se interrumpían para recabar en la escena. Baixauli no tardó en sentirse incómodo por las señales de atención. Blasco no reparó en ello; no tenía por costumbre malgastar el tiempo preguntándose qué pensarían los demás de sus actos.

—¿Cómo le van las cosas por aquí? —La voz de Baixauli sonó débil y amortiguada.

Blasco tomó aire. Hacía un par de meses que le habían conmutado la pena de cárcel por el destierro. Los dos hombres no se habían reencontrado desde septiembre del año anterior, poco antes de que Blasco ingresara en el penal de San Gregorio. Baixauli vio a su mentor transformado, no en un porte todavía distinguido, pero sí en su figura, otrora hercúlea y ahora más afinada y prudente, como los artículos que remitía a la redacción desde una oficina de telégrafos de la capital casi a diario.

—Madrid es una ciudad extraña. —Blasco atrajo la atención del camarero con un gesto—. Aquí falta que te manifiestes republicano para que te tachen de anarquista, y por mucho que te esfuerces en mostrarles las diferencias inabarcables entre ambas doctrinas, algunos zoquetes hacen oídos sordos y lo siguiente que dicen de ti es que eres un terrorista que gusta de poner bombas en las fuentes donde beben los niños.

El camarero se cuadró entre los dos clientes. Blasco ordenó un par de cafés. El empleado del local enarcó las cejas y se retiró en silencio.

—Un lugar extraño, amigo mío. Madrid es un hervidero político, pero aquí nadie trata el tema; fíjate que pocos se hacen eco de las noticias de Cuba. En los ateneos, en los clubes, en las sociedades se

departe sobre caza, tauromaquia o moda, sobre cualquier chismorreo intrascendente de la clase alta madrileña antes que discutir asuntos de Estado. Entra en un bar, suelta cuatro palabras sobre política y nadie se exaltará, nadie reaccionará, te dejarán solo en la barra como si fueras un borracho o un loco. Eso sí, prueba a decir alguna paparruchada sobre literatura y te saldrán diez compañeros de tertulia; prueba a criticar a Valle Inclán, ensalzando a Pérez Galdós, y en menos de lo que canta un gallo te habrán retado a un duelo previsto para la mañana siguiente. Madrid es una ciudad de locos que viven en el paraíso de la ignorancia.

—Añora usted Valencia, ¿no es cierto?

—Vivo en un piso amplio y con buenas vistas. No está mal, sobre todo si acabas de salir de la cárcel, si te has pasado los últimos meses encerrado en una celda angosta, deambulando por un patio triste, ungido con los hábitos del reo. Odiaba ese traje de rayadillo, la misma tela que visten nuestras tropas en Cuba. Dicen que parecía más delgado con el uniforme de convicto, pero no son las líneas verticales las que estilizan la figura, sino los fideos y la sopa, los barrotes y la jaula.

»Añoro el mar. Cuando vuelva, me iré a vivir a la Malvarrosa. No es que necesite respirar el salitre todos los días, pero si no tengo la certeza de que está ahí esperándome me muero. Dudo que lo entiendas. No, no lo entiendes. No puedes comprenderlo porque tú lo conservas al alcance de la mano; porque a ti, cuando te nace, nada te impide pasear por la orilla de nuestra playa, justo lo que me han arrebatado, lo que más duele. No sabes cuánto te dolerá hasta que te lo quitan, hasta que te lo roban, hasta que ponen una cerca tan alta como un torreón y te sentencia a no ver el mar de nuevo.

»Conocí a Sorolla paseando por la orilla de la playa. Él buscaba detener el tiempo fluido en el lienzo y yo en un cuaderno de notas. ¿A quién conoceré aquí que no hay mar? A extraños que no pueden comprenderme. Por eso aguardo con desesperación que llegue la amnistía y me dejen regresar a casa. Hasta entonces, como te explicaba, vivo en un piso soleado, pero he visto aquí cerca un discreto hotel, en el mismo Paseo de la Castellana. Es un sitio recogido, con cierto encanto; tiene un pequeño jardín que parece salido del mismo París. Sólo le falta el mar, que aquí no llega. El mar es la mejor inspiración que jamás me ha invadido. Puedes escribir en cualquier sitio, tú lo sabrás. Yo he escrito en todas partes y a todas horas: con mi hijo Mario en brazos llorando como un endemoniado, bajo la vigilancia de los celadores en el presidio o al compás del traqueteo de los vagones en el tren. Pero no hay nada como el lienzo añil de las aguas, y si no prueba sentarte una mañana en las arenas de la Malvarrosa, al sol en silencio, y ya verás

cómo la pluma se desliza libre sobre el papel.

Blasco dio un sorbo al café.

—¿Cómo va el asunto de la amnistía? —preguntó Baixauli.

—Va, supongo. Esas cosas prefiero dejarlas en manos de mi gente, de vosotros. Sempere y Azzati se están moviendo. La junta de gobierno de Valencia ya conoce mi intención de presentarme a las próximas elecciones de diputados a Cortes. El año pasado fui escogido presidente del Consejo del Partido Federal, y puedo contar con su apoyo incluso en estos momentos difíciles. Además, las últimas derrotas de nuestros hombres en Cuba y la pasividad morbosa del gobierno me han reportado cierta fama de mártir entre los electores. Por lo que me cuenta Giménez, no sé si por levantarme el ánimo o porque realmente es cierto, en Valencia se me tiene por un paladín de la verdad, que desafía a los tiranos y sufre pena y tormento por ello. Resulta demasiado trágico para un folletín de aventuras, pero no estaría de más explotar esa imagen para conseguir el acta de diputado el año próximo.

»Si la amenaza de mi elección, más que segura, llega a oídos de los santurrones del gobierno civil de Valencia, accederán a concederme la amnistía. Piensa en el escándalo si los votantes escogen a un desterrado para que les represente en Madrid. No; se avendrán a perdonarle los pecados a un ateo republicano. Además, para ellos tampoco resultará una completa derrota: cuando obtenga el acta de diputado, tendré que volver aquí, lo que será tanto como prolongar mi destierro, un destierro voluntario y, hasta cierto punto, más feliz que éste.

—¿Y qué gana con eso, aparte de la amnistía? ¿Qué gana con entregarse a la política, don Vicente? ¿Cree que podrá arreglar los desaguisados del gobierno con un acta de diputado por Valencia?

—Por supuesto que no. —Blasco se encogió de hombros—. La dictadura que Cánovas y Sagasta han enmascarado bajo la fórmula de los turnos de gobierno es justamente eso, una dictadura. ¿Qué puede hacer un republicano sensato en la cámara de diputados? Nada, salvo alzar la voz y patalear, lo cual es mucho.

»Míralo de esta forma. Hace un año, carlistas como Zubizarreta ponían el grito en el cielo y pedían explicaciones al gobierno porque, durante una visita a San Sebastián en domingo, el consejo de ministros había pasado por alto asistir a misa. Discutieron una semana el asunto en la cámara de diputados, ¡una semana! Una semana de calma en la que Cánovas no tuvo que escuchar reproches sobre el desastre de Cuba, una semana en la que el gobierno pudo actuar a su antojo. Estiraron el tema absurdo una semana, siete días, para eludir los verdaderos problemas del país. ¿Qué se puede hacer frente a un abuso de poder como ése? Protestar, elevar la

condena por encima del murmullo, poner el grito en el cielo, como diría el tal Zubizarreta. Pero para poder gritar es necesario antes tener voz, y sin esa acta de diputado estamos mudos.

—Supongo que otros habrán levantado la voz hasta la fecha, y no parece haber servido de mucho.

—Otros, sí; pero no eran Blasco Ibáñez.

El novelista sonrió y un muro de dientes blancos y encías carnosas apareció entre la maleza de la barba y el bigote.

—Por encima de todo, echo de menos Valencia. —Un coche de caballos hizo temblar las mesas de la terraza cuando los animales pasaron al trote a su lado. Blasco siguió el carruaje con la vista, bajando por la gran avenida. Sus ojos destilaban melancolía; parecía vulnerable. Él, que siempre caminaba un paso por delante de los demás; él, que vivía libre de cualquier duda; él, que añoraba hasta tal punto su tierra que pedía a sus amigos que le mandasen perfumes con esencia de azahar—. Anhelo volver, aunque sea para marcharme de nuevo, aunque mis obligaciones me devuelvan a esta jaula de locos que es Madrid. Por primera vez en mi vida, me faltan las palabras. Quiero ser libre de nuevo para caminar por Valencia cuando me nazca. No es la distancia lo que me consume, sino el destierro. Necesito saber que… que tengo un hogar al que volver. No sé si me entiendes.

Baixauli asintió. El café se había enfriado. Los latidos de la ciudad corrían por el empedrado de sus calles. Para el espectador accidental, podía resultar tentadora la idea de agacharse y pegar la oreja al suelo, imitando los modos de los indios emplumados que aparecían en las novelas de cuatreros. Un río de personas tamborileaban con sus pasos sobre el suelo irregular de la avenida. Una rivera turbia en la que se confundían jornaleros en mangas de camisa, gorra de visera y pañuelo anudado al cuello, con los recaderos que correteaban entre las berlinas, carruajes que transportaban a distinguidas damas con sombreros afrancesados y trajes de mangas y escote ribeteados con flecos y puntillas, cocheros que hubieran preferido montarse a la grupa de sus caballos y llamarse jinetes, jinetes con capas cenicientas y chaquetillas ceñidas al contorno de sus rocosos hombros, armados con porras y silbatos, representantes de la autoridad que cabalgan alrededor de los mendigos, vagabundos errantes ataviados con mantos compuestos por jirones de tela de saco, togas bajo las que se resguardan pequeños churumbeles que combaten a los piojos rascándose las coronillas peladas, hombres grises que prescinden de las miradas aviesas de los pedigüeños, rictus agrios como remate a la soga de sus corbatas, sombrillas que protegen del sol a alguna viuda tintada de atramento, excéntricos que sortean al gentío rodando sobre

bicicletas cuyas ruedas forman el contorno de valles y montañas, un gran anillo que gira abriendo paso a otro mucho más pequeño, como la niñera malhumorada que avanza a empellones cogiendo de la mano a una chiquilla rubia de pelo rizado y piel pálida, el rostro de un blanco cadavérico de quien ha permanecido semanas y meses interna en una caja de zapatos, sin agujeros que dejen correr el aire, herméticamente cerrada.

La sensibilidad del novelista captaba la algarabía de la calle. En su imaginación, el desfile populoso se repetía como un bucle: suena la orquesta, la percusión del calzado, el viento de los silbatos, el coro de vendedores ambulantes… Resta tan poco tiempo y queda tanto por escribir… El destierro buscaba avejentar el lustre del folletinista, como un ácido que degrada la piedra noble marchitando su brillo. Pero Blasco ya era dueño de una presencia madura antes de la sentencia, una imagen sabiamente avejentada, ajena por ello al paso del tiempo. Sin embargo, ahora, sentado en un café de Madrid, rodeado de extraños que ignoraban su presencia, que pasaban a su lado sin pararse a mirarle, que no cuchicheaban, que no le estrechaban la mano ni le abrazaban; allí Blasco se sentía viejo, caduco, incapaz.

¡Cómo necesita este hombre ver de nuevo el mar!, pensó Baixauli al distinguir la palidez en el rostro de don Vicente. Sin embargo, no era el rugir de las olas lo que añoraba Blasco, sino el batir de palmas. Necesitaba volver a respirar la esencia de una multitud entregada; necesitaba regresar cuanto antes a Valencia.

Capítulo 7

El máuser pesa como un muerto. Ojala pudierais verme, aunque sólo fuera por una rendija. He endurecido esa tripa fofa dando largos paseos de un lado para el otro. La silueta del rifle se ha tatuado en mi hombro derecho, como un concertista de violín, una marca junto al cuello, el cuello perfumado, ¿lo recuerdas? ¿Cómo se llamaba aquella fragancia: *Aromas de Valencia*, *Brisa de Valencia*? Me embadurnabas el torso con flor de azahar y aprovechabas la docilidad el momento para frotar detrás de la oreja, despegando la mugre. Ya no huelo a perfume, y he olvidado el camino de vuelta a casa, he perdido el rumbo. ¿Por qué no me coges la mano y me traes de vuelta?

Tengo muchas cosas que contaros. Apenas sé por dónde empezar. Primero, pediros perdón por no haber escrito antes. No ha sido por falta de tiempo, lo reconozco. En el barco, lo que precisamente nos sobraba era tiempo que perder. Si supierais cómo fue el viaje. Nunca había sufrido así el paso de las horas muertas. Si no os he escrito antes es porque no lo he necesitado. Supongo que preferiríais oír una buena excusa, pero no la hay; lo cierto es que me sentía a gusto sin vosotros. No le leas estas líneas a mi padre; o léeselas, qué más da.

Comprendedme. Siempre he vivido bajo el mismo techo, al amparo de nuestra casa. Aquí, entre la tropa, por primera vez me he sentido adulto y no he querido escribiros; no quería necesitar de vosotros, pero lo cierto es que os necesito, y por eso os escribo estas líneas que, ya os adelanto, quizás no me aventure a enviar, o tal vez no os lleguen. En la isl,a aprendes que nada es seguro.

¡Vaya joya de hijo que tenéis, que lo primero que os dice después de irse a la guerra es que se alegra de haberse desprendido de vosotros! Pero no es cierto. Sí que os he añorado, sobre todo a ti, a él menos, pero no se lo leas.

Os alegrará saber que he encontrado algunos buenos amigos, y no ando solo en una esquina, como seguro temíais. Incluso uno de ellos era vecino nuestro en el barrio, pero vecino con todas las letras: no es que viviera en la plaza junto a las Torres, no, sino que tenía un cuarto alquilado en la finca de enfrente, en el número veintitantos, un trastero, el de la ventana estrecha con los barrotes horizontales pintados de color negro. Se llama José Expósito, pero todos le llaman el Bachiller. Aquí nadie atiende a su nombre. Nunca adivinaríais cómo me conocen los compañeros, bueno, tampoco es tan difícil. Me presenté a la tropa con la clásica tontería que le

gusta repetir a mi padre: eso de «Ribera, como el pintor». Les hizo gracia lo del pintor, y con ese mote me he quedado. Que no te extrañe si un día se presenta en la puerta de casa un hombre de uniforme y te dice: «Yo estuve en la manigua con su hijo, el Pintor, un gran compañero, valiente recluta. Aquí tiene la oreja derecha, que es cuanto quedó de su persona. España llora la pérdida de su hijo».

No te pongas así, tan sólo bromeaba. No me hagas caso. Ya sabes que estoy un poco loco; al fin y al cabo, tú me pariste. Pero no llores. No empieces a llorar todavía o la tinta se correrá antes de leer la última frase.

Además de Expósito, y sí, es huérfano, huérfano de inclusa, no pongáis esas caras. Eso, que aparte de Expósito he hecho algunos amigos más, sobre todo uno muy especial. Tampoco le leas esto a mi padre; se tiraría furente de los pocos pelos que le quedan y comenzaría a preguntarse en voz alta en qué se ha equivocado. Te lo cuento a ti. Me gusta confiarte mis secretos. Será porque te quiero. A él también, pero… pero es mi padre, y eso aún pesa. Vaya, que pierdo el hilo. Te hablaba de ese amigo especial. Se llama Tobías y, ya lo sé, su nombre parece una condena, pero él… él es una belleza, un Adonis, un hombre de la cabeza a los pies. Tendrías que conocerlo; si lo vieras, te lanzarías a sus brazos. Y, Dios mío, ¡qué brazos tiene! Dos columnas salomónicas, como diría el párroco del pueblo. Antes de que me lo alistaran, peleaba por dinero en tabernas y tugurios de mala vida. Es un exhibicionista. Le encanta ir por ahí medio desnudo, pavoneándose de músculos como si paseara por la orilla de la playa, con todas las bañistas pendientes de su trasero. Tobías ha nacido para llamar la atención, imposible que pase desapercibido. Sé que no te gusta que hable de estas cosas, pero soy joven y no estoy hecho precisamente de piedra.

Da igual, no te preocupes, tampoco me hace el menor caso, incluso hubo un tiempo en el que me apartaba la mirada y no soportaba sentarse a mi lado. Pensarás que he perdido la cabeza, pero le pedí que posara para un retrato. Por absurdo que resulte, aquí están todos convencidos de que sé pintar. Tampoco fue difícil persuadir a Tobías; le encanta broncearse medio desnudo al sol y que le miren mientras se tuesta. Me impresionó lo rápido que se deshizo de la camisa, enseñándome ese torso bucanero que tiene. Se apoyó en la barandilla del barco como si llevara posando toda la vida; luego flexionó el brazo derecho y se mesó el cabello. De vez en cuando, me preguntaba qué tal. ¿Qué tal? En la gloria. Al final le pedí que se cuadrara de espaldas al mar para recoger la impresión de colores en el lienzo, y me dio la risa: los únicos tonos que lograba resaltar eran los de mis mejillas arreboladas. Me sentía

ridículo engañando a aquel enorme marinero de ojos pardos, pero a la vez era tan emocionante. Entonces, apoyó los codos en la barandilla estirando el pecho en toda su grandeza, como la vela mayor de una carabela. ¡Qué espectáculo! Cruzo los pies y me estudió de frente. Yo temblaba, garabateando como un estúpido sobre mi camisa sujeta con pinzas a las cuerdas del tendedero. Soportó la pose dos horas, dos horas de recogimiento, de dolorosa y admirada devoción. Tobías se terminó por impacientar, y al acercarse a ver mi trabajo descubrió el engaño. No me preguntes por los detalles, me da vergüenza, aunque son fáciles de imaginar. Me llevé una buena tunda. Me pateó con saña hasta tumbarme, y luego se marchó rabioso y traicionado. Supongo que me lo merecía por haberle mentido. Soy un caso; será verdad que no maduro ni a golpes, como dice mi padre.

No pienses mal de Tobías, no podría soportarlo. A veces somos incapaces de odiar a quien nos hace daño; tú siempre has predicado con el ejemplo. No te preocupes, ya me callo; o mejor te sigo contando. Seguro que prefieres que te hable de Expósito. José es la clase de hombre que querrías para tu hija, pero no tienes hija, y esa herida aún escuece. Te crees culpable por rogar a la Virgen que fuera niña; cuidado con lo que deseas, te repetían las viejas brujas, y tú, que no esperabas este desenlace, todavía piensas que me confundiste en el vientre, como un vendaval que hace enloquecer a la rosa de los vientos, y el marinero pierde el rumbo, y se vuelve sirena. No, no se lo leas; que aprenda a leer si quiere escandalizarse con mis palabras para luego echármelas en cara.

He perdido el hilo. Te hablaba de Expósito. Tobías lo admira; fue el único en el barco a quien no impresionaron sus músculos. José nos habla como un padre; no como el mío, y tampoco como el suyo, por supuesto. Al caer la tarde, nos reuníamos a su alrededor y le escuchábamos leer un periódico gastado. Tiene una voz limpia y suave que invita al sueño. Se ruboriza y no quiere seguir escribiendo. La caligrafía prestada a mis pensamientos es suya. Yo nunca he sido un alumno aplicado; tú, sin embargo, fuiste una maestra paciente y amorosa. Te prometo, al menos, firmar a pie de página, aunque ya sabes que no tengo pulso para las consonantes dobles. Las palabras también son de José; no todas, algunas, las suficientes para que te hayas percatado. Pero el sentimiento es mío, las emociones, la tristeza, la añoranza. Más tarde, cuando vayas a dormir y cierres los ojos, escucha mi voz leyéndote esta carta al oído y me descubrirás a tu lado. Me faltas. Incluso echo de menos a mi padre. No, no se lo leas; no lo merece, y tampoco sabría apreciarlo.

La guerra ha empezado para nosotros en la isla; ya no es un

rumor ni un eco. He perdido a muchos de mis compañeros. Tobías enfermó. Resulta curioso; no es para troncharse pero tiene su gracia. El recio y viril Tobías, el único hombre entre tanto niño como han mandado al frente, y es el primero en caer sin empuñar un arma. Mi robusto marinero padece unas fiebres muy fuertes. Lo visité dos o tres veces en el hospital de Daiquiri. No tenía buen aspecto. Se mostró amable, casi cariñoso; incluso me pidió perdón por haberme golpeado. Algún desaprensivo le vaticinó que moriría pronto; pero no va a desfallecer, él no. Por aquí dicen que matan más los mosquitos que las balas, pero Tobías sanará en cuanto le vuelva a dar el aire del mar en la cara. Lo embarcaron de vuelta a casa hace una semana. Le besé en la frente al despedirnos en la escalerilla. El pobre había perdido diez o veinte kilos, no miento. Sé que a veces exagero, no ahora, créeme, diez o veinte kilos; surcaban sus antebrazos venas gruesas como serpientes, pero ya no guardaban carne, sólo piel y hueso. Le obsequié con un tierno beso y nadie dijo nada, nadie se escandalizó, no me escupieron a la cara ni me insultaron. He descubierto que, en tiempos de guerra, muchas cosas normales dejan de serlo, y otras, que nunca lo fueron, ahora pasan por habituales, como la muerte… No le leas esto a mi padre, todavía no, aguarda un momento.

Tobías no viaja sólo. Le acompaña otro de nuestros amigos, un apuesto polizonte al que llaman el Francés. Le viene el apodo de que le cogieron en la frontera de los Pirineos intentando desertar. Pero, no te confundas; el Francés es la persona más decente que he conocido. Sé lo que murmurará mi padre, incluso lo que estarás pensando tú: que siempre me junto con lo peor de cada casa, que parece que me gusta defender a los canallas y codearme con los parias. Otras veces no te he replicado, pero el caso del Francés es distinto. Todos le tildamos de cobarde cuando nos explicó su historia; todos menos Expósito, que siempre le tuvo por el único valiente entre tanto llorón recién destetado. El Francés no es una cosa ni otra; el Francés, simplemente, es un hombre honrado. No teme al trabajo duro, ni a pasar penalidades, no se queja por lo escaso del rancho, no se revuelve cuando le provocan ni se molesta cuando le insultan, y con una simple mirada es capaz de resolver situaciones que, de otras forma, acabarían a navajazos. Lo admiro, sí, profundamente. A mi padre no le gustará que admire a un desertor. Léeselo y ojalá reviente.

¿Por qué intentó desertar el Francés? Al contrario de lo que piensa Expósito, y que me perdone, no fue por sentido común sino por convicciones. El Francés es cristiano, cristiano no, bueno, él cree en Dios y reconoce que poco o nada en la Iglesia. Los curas no le inspiran confianza, sobre todo desde que vio al cardenal Sancha

repartiendo medallitas entre los soldados y santificando esta carnicería. El Francés es un cristiano pobre que no puede pagar las mil quinientas pesetas que cuesta la libertad ni quiere ocultarse bajo los faldones del seminario. Tampoco pretende evangelizarnos ni nada por el estilo: no nos busca para redimirnos de nuestros pecados, ni nos sermonea por nuestra falta de fe. Imagina lo fácil que lo tendría conmigo. Simplemente, él cree en Dios, en Cristo y en esas cosas, de la misma forma que otros no creemos. Y no quiere matar a nadie, y no porque sea pecado y vaya a ir al infierno; sólo es que no se siente dueño de otra vida que no sea la suya, ahí es nada. Parece tan fácil, tan sencillo. Realmente es un tipo fenomenal. Dan ganas de creer en Dios, pero luego lo piensas y te das cuenta de que no es en Dios en quien creerías, sino en gente como el Francés.

Y es mucho más valiente que cualquiera, mucho más que yo, desde luego. ¿Sabes lo que hizo? Lo que todos deberíamos hacer, insiste Expósito, que lo tiene en un pedestal. Pues, como se negaba a matar al enemigo, se pegó un tiro en la pierna. Me entran escalofríos sólo de pensarlo, y eso que ya he disparado contra los rebeldes, pero matar a un hombre es fácil, más de lo que muchos piensan, más de lo que yo esperaba. Simplemente, aprietas el gatillo y un pobre desgraciado se desploma frente a tus ojos. Es como lanzar una piedra a un estanque y ver las ondas que se forman, la armonía del agua que se rompe y los círculos concéntricos que se van dibujando como ecos irreversibles. En el momento, no te sientes responsable de una vida que se extingue a diez pasos de ti. Escupes una ráfaga de metralla y todo es ruido y confusión. Luego, avanzas sin escrúpulos pisoteando cadáveres como un furtivo que atraviesa el sembrado. Sé que no te gusta que me exprese en estos términos, pero es así como me siento. Si ves cuerpos pudrirse todos los días, la muerte pierde su significado.

Hay que tener la sangre muy fría para dispararse en el muslo, como hizo el Francés, y no sólo por el dolor, que desconozco, sino también por las consecuencias. Lo más probable es que arrastre una aparatosa cojera lo que le queda de vida, y eso que ha tenido suerte y no le han amputado la pierna. Si supierais la cantidad de extremidades que he visto serrar, piernas y brazos; por los gritos, intuyo que lo más doloroso es que empiecen a talar por debajo de la rodilla. Además, aquí los cirujanos no se andan con miramientos; te embriagan con ron atufado y empiezan a cortar. Más que médicos parecen leñadores. Verlos salir de las tiendas donde operan, con el delantal empapado, las mangas de la camisa recogidas a la altura de los codos, los antebrazos ensangrentados, un pañuelo anudado al cogote que les protege la nariz del hedor a carne muerta, y en su mano derecha una sierra oxidada. Se te erizan los pelos de la nuca.

Más de uno ha preferido volarse los sesos antes de dejar que le amputaran un miembro.

Supongo que a mi padre le habrá gustado esta parte. Supongo que deseará creer que su hijo se está haciendo un hombre a base de matar rebeldes. ¡Qué piense lo que quiera! Me da igual. Ya no me importa.

Tú no pienses mal de mí. Sé que he cambiado, y no precisamente para mejor, ni siquiera para lo que mi padre entiende por mejor. Pocas cosas me impresionan ya, y eso asusta. Hace dos días, Expósito, un muchacho de El Grao al que tengo en gran estima y yo pasamos por un campo de prisioneros. Nos habían hablado de estos lugares, pero corren tantos rumores y tan poco es cierto que no le dimos crédito… Pero allí estaban, cercados por alambre de espino. Al vernos aparecer, se lanzaron contra la valla. Se agarraban a las púas con ferocidad. Nos aterraron con sus bocas grandes y las calaveras definidas bajo la piel quemada. Aun presos, nos infundieron terror. Soportaban un ayuno eterno. Los huesos se les pegaban al pellejo como al pobre Tobías. El campo entero olía a estiércol. Los guardias nos aseguraron que algunos habían llegado a masticar su propia mierda. ¡Dios! Resultaba un espectáculo infame. Por eso os añoro; necesito saber que hay algo más aparte de esto.

Vimos a una camarilla de presos tranquilamente sentada de espaldas al mundo. Hablaban entre sí; sus voces eran las únicas que se escuchaban en el patio. En general, su aspecto era menos deplorable que el del resto. Preguntamos a los guardias por aquel grupo. Ninguno quiso darnos explicaciones, por lo que tuvimos que deducirlas.

De noche, el hambre impedía a los cubanos dormir. Se escuchaban lamentos y algún grito, una pizca de revuelo que se apagaba con la misma rapidez que había brotado. La oscuridad en el patio era absoluta, y ni la luna ni las estrellas se atrevían a perturbarla con su luz. Salí de la tienda que compartía con el resto de compañeros; fui hasta las dependencias del campo, un edificio colonial de dos plantas donde dormían los guardias, con establos y un pequeño almacén de víveres y munición en la trastienda. Tomé prestado el candil que arropaba el sueño del centinela, dormido durante el servicio de imaginaria a la entrada de los barracones. Fui dando tumbos, todavía somnoliento, hasta el redil de presos. Llevé luz a algunas caras consternadas, que se apartaban del frío borde de la cerca como si el destello les abrasara. Busqué, en el mismo recodo donde los había dejado esa mañana, a la cuadrilla de reos pacientes que nos daban la espalda. Allí me esperaban, en cuclillas, formando un círculo, moviéndose con artera disposición. Uno de ellos advirtió la luz y se giró. Pude distinguir la sangre resbalando

por la comisura de los labios; en su mano sostenía una pieza de carne. Sonrió y faltó poco para que me desmayara. Sus dientes masticaban un brazo por hornear. Los demás se giraron, se pusieron en pie y avanzaron hacia la luz. Aprecié entre las ascuas, tendido en el suelo, un cadáver. Terminaban de roer las esquinas carnosas de sus glúteos cuando llegué. Un grupo, entre los más desesperados, habían decidido comerse a sus compañeros para sobrevivir. Esa escena todavía me roba el sueño; dudo que vuelva a cerrar los ojos sin toparme con la sonrisa de aquel caníbal.

Te estoy asustando. No disimules, mirando a otra parte, cambiando de expresión; seguro que te he asustado. Lo siento. Expósito insiste en que nada de aquello fue real, que todo vive en mi imaginación, que la duermevela me jugó una mala pasada. Hazle caso, es un hombre sensato. No sé cómo lo hago, pero siempre logro meterte el miedo en el cuerpo. Será que me gusta verte preocupada; sí, me gusta que te preocupes, que te muerdas las uñas y trates de disimularlo poniendo esa cara, sí, esa misma expresión. Todos tenemos un lado perverso. Con mi padre no me ocurre. Mira que he tenido oportunidades para hacer que perdiera los nervios, o como mínimo escandalizarle, que se escandaliza por cualquier cosa, o mejor dicho, por cosas que a mí me resultan comunes. A él sería normal que quisiera sacarle de sus casillas, pero ¿a ti? ¿Por qué me empeño en hacerte sufrir? No lo sé. Sabes que te quiero, que eres la única mujer a la que puedo querer… No le leas esto a mi padre, no, no se lo leas… Pero es verdad. Desde que era un mocoso y me vestías con pantalones cortos y chaquetilla para ir a misa los domingos sólo te he dado disgustos. A veces pienso que descansarías si yo estuviera muerto. Alégrate, no creo que falte mucho para ese día, seguro que mañana me saltan el sombrero y los sesos de un balazo… Otra vez lo he hecho; otra vez has suspirado y te has puesto triste. Mírame a los ojos; mírame a los ojos y cógeme la mano. Confía en mí. No llores. No pasa nada. Todo es mentira, un sueño, un espejismo. No hay caníbales encerrados en jaulas de alambre, es sólo la imaginación de Expósito, los apuntes que toma a la hora del café mientras los demás jugamos a las cartas en la cantina. Todo es mentira. Tobías no se muere, la fiebre es un resfriado que se desvanecerá bebiendo leche caliente con miel de romero. Y no se lo llevan para que muera en alta mar; ahora mismo lo estarán disfrutando decenas de marineros celosos mientras se desnuda en la cubierta del barco. Pero Tobías les ignora. Tobías cruza el ancho océano para conoceros, para pedir mi mano a mi padre, que no es mi padre sino un amigo cómplice que accede a entregarle satisfecho la mano, el brazo, al muchacho entero si ambos así lo desean. Ríen y beben, y riegas esta escena familiar

sirviendo dos copas de ese coñac tan caro que guardáis bajo llave. Fuman gruesos puros, y la humareda los envuelve, los confunde. Todo es mentira. Tobías me quiere, el Francés desmonta su fusil y utiliza el cañón de florero para un clavel, Expósito es ascendido a capitán del regimiento de escribas, sus padres cuelgan una foto del hijo dedicada al dorso, su madre llora como tú estarás llorando ahora. No llores. Sólo es un sueño, un sueño vaporoso, añade José. No llores. Tu hijo no partió a ninguna guerra, es sólo que llega tarde, así que acuéstate y mañana despertará en su cama. No tengas miedo. Yo sigo a tu lado. Me sentaré en mi silla antes de que acabes de poner la mesa… Bueno, quizás no tan pronto, quizás tarde más de lo esperado.

Me despido con una buena noticia, para compensar tantos dolores de cabeza. Puede que me veas antes de lo que crees. Confío en que sea posible, me haría mucha ilusión. Al poco de desembarcar en la isla, nos tomaron una fotografía. No fue como esperaba. La abuela me había hablado del asunto. A ella la fotografiaron de pequeña. Recuerdo que me lo contaba frente a la acuarela con su retrato adulto. Me explicaba cómo tuvo que permanecer sentada casi una tarde completa, con el tronco erguido. El fotógrafo le levantó el blusón y le ató el pecho al respaldo de la silla para que no se moviera, para que no se desmayara, dándose de bruces contra el suelo.

Lo nuestro duró un instante. Un potente fogonazo nos deslumbró, como una salva iluminando el cielo sobre la trinchera, y mientras los ojos nos hacían chiribitas, el fotógrafo recogió los bártulos y se marchó. Fue todo rápido, como esta guerra, instantáneo como un chasquido.

No sé cómo podrías dar con esa fotografía, pero si se te ocurre la manera ahí me encontrarás, vestido con el traje de gala negro, el birrete redondo de fieltro y la camisa blanca aflorando por el borde del cuello alto de la chaquetilla. Parezco uno de esos botones de los hoteles elegantes, un distinguido y emperifollado conserje. Sin embargo, ahora… Ahora me daría vergüenza que me vieras. El uniforme de campaña hace tiempo que perdió cualquier viso de pureza. Dicen que el blanco atrae menos el calor, y que esta tela protege de la picadura de los mosquitos, pero lo cierto es que sudo como si me envolviera una manta y llevo los brazos y las piernas señalados por una docena de picaduras rojas y purulentas. Doy pena, damos asco, nuestros sombreros sucios parecen enormes excrementos de elefante. No ofrecemos más impresión de ejército formal y disciplinado de la que daban los bandoleros desahuciados del carlista Cabrera. ¡Cómo quema la tierra de esta isla! Se abre paso entre las grietas de las botas y abrasa tus dedos. Tras

interminables marchas hacia ningún lugar, los pies comienzan a hincharse y se forman ampollas en la planta que supuran con el roce. He hecho jirones la muda interior para tener con qué arropar las heridas. Vendas como sudarios para unos pies muertos.

No sé por qué te cuento esto. Olvídalo. Tú así nunca me verás. En la fotografía sí que salgo guapo. No te será difícil localizarme: estoy en la retaguardia, como siempre, agazapado tras la mirada inquisitiva del Bachiller. Sostengo un pitillo entre los labios y me esfuerzo en levantar la barbilla para que los hombros de Expósito no me tapen, pero no es su tronco erguido el que me hace sombra sino esa cabeza ancha y el ceño fruncido. No he visto la fotografía, pero seguro que frunce el entrecejo; es su particular filigrana. Expósito apoya la mano izquierda en el hombro del Francés, a quien distinguirás más que nada por sus enormes orejas en forma de abanico. Tobías aparece tras el Francés. Me juego algo a que anda vestido con esa media sonrisa suya que me embelesa. Va bien afeitado y muestra su poderoso brazo levantado artísticamente por encima de la multitud de cabezas. A la izquierda de Tobías, de lado, mirando a otra parte, distraído como si la cosa no fuera con él, nuestro amigo el pescador de El Grao.

Verás más gente. Fueron llegando mientras el fotógrafo ajustaba el equipo. Los oficiales se incorporaron los últimos y desplazaron al resto, ocupando posiciones de privilegio frente a la cámara. Ojalá hiciesen lo propio en el campo de batalla, pero ahí no; entonces se parapetan tras los muros de sacos, que vamos apilando día y noche, y nos mandan salir de la fosa, amenazándonos con una pistola por si se nos ocurre entrar en razón y desobedecer las órdenes.

Así son las cosas. Nos tomaron una fotografía en la que aparecemos todos jóvenes y guapos, intrépidos, arrogantes y rebeldes, y tal vez ésa sea la imagen por la que seremos recordados. Algún patán escribirá sobre esta guerra dentro de cien años, mirando esa misma instantánea, y contará historias de coraje y heroísmo, fuerza y virilidad, gallardía y pundonor militar.

Hoy te escribimos rodeados de moscas impertinentes, que parecen no tener otro entretenimiento que cosquillear nuestra piel. Las espanto con la palma de la mano pero ellas vuelven. El hedor de las pústulas las atrae, el olor a podredumbre. Resistimos varados en la misma posición desde hace una semana, intercambiando munición gastada con los rebeldes que se atrincheran al otro lado de un cementerio de tumbas abiertas. Me entretengo, al caer la tarde, en entrenar mi puntería disparando a la cabeza de un cadáver cubano, o simplemente un cadáver, pues a estas alturas los gusanos no conocen otra patria que las cuencas de los ojos. Guió el extremo del Máuser por entre los sacos de arena y pruebo a darle en el

melón, pero rara vez acierto; una vez hice blanco en un pómulo, eso es todo. Sé que un día nos acabará de hartar la espera y saldremos a luchar. Sé que seremos los primeros en vadear la pared de nuestra trinchera. Algunos caerán, otros seguirán corriendo hasta conquistar la posición enemiga y, una vez allí, no sabrán qué hacer, dejándose llevar por la rabia, la precipitación y el miedo. Como en un sueño que se repite: una mañana, al despertar, me descubro rodeado de rebeldes. Los cubanos me contemplan pasmados, sin entender cómo he llegado hasta allí, y ninguno reacciona. Jadeamos como perros, y eso es todo, ese es mi sueño.

Me voy, nos despedimos, José y yo. El calor nos roba el aire. ¿Qué tal tiempo hace en Valencia? Siempre he odiado ese tipo de preguntas. No te preocupes, no vale la pena preocuparse, sirve de bien poco salvo que no tengas otra cosa que hacer. Entonces sí, entonces preocúpate cuanto quieras. Pero estoy seguro de que encontrarás algo mejor en lo que emplear tu tiempo antes que en darle vueltas en la cabeza a la idea de que tu único hijo anda por ahí pegando y recibiendo tiros. Ve a ponerte guapa. ¿Recuerdas cuando me probé tu vestido de flores? Te sienta mucho mejor que a mí. Póntelo y sal a la calle, mueve las caderas y conquista todas las miradas. Deberías tener mil amantes celosos de esas curvas. Yo sería el primero. Te quiero… No le leas nada de esto a mi padre.

Capítulo 8

El tren se detuvo. No era extraño, frenaba con asiduidad, tanto que llegabas a tomar la sacudida consecuente como un traqueteo más de la locomotora. Los pasajeros se agolparon en torno a las portezuelas de los vagones. Las ventanas se poblaron de curiosos arracimados que se estorbaban mutuamente.

Baixauli no se molestó en investigar las causas del inciso. Al cabo de unos meses, se había acostumbrado a la rutina ferroviaria. Cubría con mayor frecuencia que el resto de pasajeros aquel trayecto. «Será una res muerta sobre las vías», se dijo impasible, «o un árbol caído. Deberían talar los árboles que crecen en las veredas de los caminos de hierro, y lo harán, con el tiempo, como todo».

Al joven periodista le acompañaban en su compartimento dos mujeres: una, anciana y carcomida, no le quitaba ojo y parecía agriársele el rostro cada vez que sus miradas se cruzaban; la otra, joven y hermosa, leía con disciplina un libro encuadernado en piel, tarea que sólo interrumpió para mirar por la ventana cuando el tren se detuvo. Era una muchacha de una belleza clásica, tal vez demasiado pálida pero dueña de un encanto especial. Baixauli se regodeó prospectando las curvas de unas caderas que se adivinaban bajo el aparatoso faldón del vestido. La imaginó en enaguas, danzando coqueta por la habitación, el dormitorio del piso que tenía arrendado en Valencia. Ahora podía disfrutar de un lujo sibarítico: una vivienda para él solo, un piso amueblado cerca de la Plaza de la Virgen, una maravilla, ni punto de comparación con la alcoba donde su casera le permitía pernoctar meses atrás en un gesto caritativo.

La entrevista con Blasco lo había cambiado todo. Ya no era sólo la mudanza; además, ahora tenía un guardarropa, un armario bien nutrido que no empachado de prendas: trajes, camisas, corbatas, un par de buenos sombreros y una muda diferente para cada día de la semana. Y calcetines que le remendaba la portera, deseosa de ganar puntos frente al inquilino soltero del cuarto piso.

La vida le cortejaba ofreciéndole el mejor de sus perfiles. Escribía un par de artículos a la semana para *El Pueblo*, colaboraba en cuanto le pedían con abnegada humildad, tratando de forjarse un nombre en la profesión. Cada mes visitaba a su benefactor en Madrid. Aquellos viajes le llenaban de ilusión los días previos. Blasco siempre le invitaba a cenar en restaurantes lujosos, y solían tomar café, beber brandy y fumar puros en el Ateneo. De vuelta a Valencia, Baixauli hacía las veces de correo. Nada más llegar a casa

tras una de sus escapadas, retomaba el folletín que estaba escribiendo con renovadas energías. Blasco insistía en leer algo de su joven amigo, pero Baixauli siempre contaba con una excusa para eludir el compromiso. Todavía inseguro, el gacetillero temía recibir una dura crítica, que viendo de otra persona no le robaría el sueño, pero siendo don Vicente…

La resignada lectora apoyó sus manos, enfundadas en guantes de encaje, en el perfil de la ventanilla, mientras estiraba su frágil cuerpo. ¿Cómo no zambullirse en el perfecto canal imaginado en su escote, o entre sus pechos simétricamente esculpidos? Imposible resistirse a fantasear con sus encantos, y más ahora que el dinero no era óbice para fantasear con cualquier conquista, creyéndose lo suficientemente buen partido como para coquetear un poco. Pero no era sólo su situación económica; el joven de ojos saltones había ganado tanta confianza en los últimos meses que no dudaba en presentarse a desconocidos como aguerrido escritor y ocasional periodista. Aquellos títulos le encumbraban por encima de sus inseguridades: estrechar la mano de un hombre, depositar un beso sobre los nudillos de una mujer, cruzar las primeras palabras de cortesía con un nuevo vecino, asegurando con absoluto arrojo: soy escritor. Algunas veces se dedicaba a escribir, otras era folletinista y unas pocas pretendía estrenarse como dramaturgo. Y, mientras, las páginas de su primera obra se iban acumulando en una esquina del escritorio.

Redactaba con buen pulso y letra clara. Siempre en casa, en la intimidad de su hogar. Nunca fuera; nunca, por ejemplo, en el vagón de un tren. Probó a seguir los consejos de su mentor: fue hasta la Malvarrosa, pero el manto de arena le incomodaba y el sonido del oleaje le distraía. El mar apenas le inspiró unas líneas sueltas sin valor, pobres ripios de un mal poeta. Empachado de costumbrismo, Baixauli se alejó de la costa, admitiendo a su pesar que él no era Blasco Ibáñez.

El tren dio una pequeña sacudida antes de reanudar la marcha. La joven y su acompañante se vieron agitadas por la fuerza de la máquina, que tiró de ellas, obligándolas a volver a sus asientos con un fuerte empellón. Baixauli sufrió también la brusquedad del arranque. Las cartas que sujetaba entre sus manos cayeron y se desperdigaron por el suelo. La minuciosa lectora ayudó al gacetillero a recogerlas. Cuando terminaron, Baixauli tropezó con sus ojos y se ruborizó. La timidez pudo con su pretendida galantería. Del rostro, el periodista bajo al escote, de ahí a los pies y, finalmente, hundió la mirada en su propio regazo, donde se amontonaban los despachos de Blasco. Intuía que sus mejillas se habrían coloreado y no se atrevía a subir la vista. Permanecía con la

barbilla pegada al pecho, incapaz de reaccionar. Al fin, se decidió a abrir uno de los mensajes, fingiendo su lectura: «Así tendré una excusa», se decía, «así no pareceré tan memo».

Baixauli extendió la cuartilla, sin prestarle atención. En la portada del sobre se podía leer: «Sempere», por Paco Sempere, el editor de Blasco. Don Vicente solía escribir una carta a su esposa, otra a Salvador Mateo, director en funciones del periódico, una tercera a Sempere y alguna más a cualquiera de sus amigos y colaboradores. En una ocasión, el correo ordinario incluyó un sobre a nombre de Baixauli, con una tarjeta rubricada con unas breves líneas de agradecimiento por su labor, animándole a seguir escribiendo. Aquella lisonja, miserable en su brevedad, breve en su miseria, le empachó durante meses.

Blasco rara vez fechaba sus comunicaciones. Aquella carta a Sempere no era una excepción. Venía encabezada por un sencillo: «Querido Paco»… Las mejillas de Baixauli se arrebolaron por segunda vez al sorprenderse leyendo la correspondencia ajena. Entreabrió los labios queriendo deslizar una explicación. Se sentía extraño y nervioso. El papel le incomodaba en las manos. Hubiera devuelto la carta a su sobre con gusto pero le atraía ahondar en aquella intromisión. La boca se le hizo agua, y sin poder evitarlo retomó la lectura donde la había dejado.

Querido Paco.

Resulta gratificante poder escribirle al fin esta carta con la que he fantaseado largo tiempo. Paco, dispongámonos a preparar mi regreso a Valencia. No es definitivo, pero como si lo fuera: muy pronto llegará la amnistía. Mi antiguo compañero de estudios, ahora en el gobierno, así me lo ha confirmado.

En ese sentido, la muerte de Cánovas me ha supuesto tantos beneficios como quebraderos de cabeza. Sería hipócrita por mi parte lamentar la pérdida del viejo cacique. A pesar de la no poca hostilidad que fuimos acumulando, jamás mantuve una relación personal con Cánovas, jamás me aventuré a referirle por su nombre de pila ni enfoqué mis críticas más allá de su vida pública. En un sentido práctico, quiero ver en su pérdida una oportunidad para que el país levante cabeza sin el pesado yugo de Cánovas al cuello. A nivel personal, su muerte me deja impávido: no me siento lo suficientemente cerca ni para lamentarla ni para congratularme con ella.

Pero, como le iba diciendo, el asesinato de Cánovas me ha brindado tantas oportunidades como problemas. Admito que la defunción del cacique ha agilizado los trámites de mi amnistía, amnistía que, a buen seguro, hubiera llegado con o sin su óbito.

Pero, de igual forma, la locura de eses muchacho italiano, ese tal Angiolillo, me ha supuesto más de un disgusto debido a la militancia anarquista del asesino. Ya le conté que, al poco de llegar a Madrid, la policía secreta se obstinó en confundir mi republicanismo activo con una suerte de anarquismo terrorista. Ahora, esa confusión se ha vuelto una carga molesta. En los últimos días, he soportado con escaso derroche de paciencia la constante invasión de mi intimidad, algo a lo que no quise acostumbrarme ni siquiera en prisión.

Pero no hablemos más del asunto; no merece la pena. Tratemos de mi regreso a casa.

Probablemente, la noticia que sigue habrá de suponerle una sorpresa mayúscula, como en su momento lo fue para mí. Me mudo a la Malvarrosa. Sí, tal y como lo deseaba. Un ferviente admirador, del que no desvelaré más detalles por voluntad expresa del mismo, me ha cedido unos terrenos a orillas de mar, al pie de esa deslumbrante playa que vive en la tabla de colores de Sorolla: los blancos de los vestidos de mujer, el lomo ocre de los bueyes, las velas doradas y la tela azul sobre la que se deslizan las llamas inquietas del sol. ¿Se lo imagina usted? Mientras el resto de los hombres cuelgan una pintura en el interior lúgubre de sus casas para tener una ventana al mar, el mar abrirá sus brazos para abarcar todas mis miradas.

Me reconozco emocionado ante la expectativa. Le encargo que localice y contrate a don Vicente Bochons, arquitecto de fama pregonada por los correligionarios de la zona. Que espere mi retorno antes de proyectar nada; comuníquele que ya está todo pensado en mi cabeza. Adelántele que construiremos mi chalé de acuerdo con los cánones clásicos: que se prepare para aparejar en su imaginación una amplia terraza con una columnata de capiteles jónicos y cariátides con la mirada absorta en la frontera de azules que separa el cielo del mar. Que en esa galería habrá de ubicarse con holgura una flamante mesa con tablero de mármol de Carrara estilo Imperio, con soberbios grifos custodiando las esquinas. Que disponga un amplio despacho que dé a la galería y al mar, y cuando digo amplio quiero decir magnífico. El estudio ha de ser la estancia principal en la casa de un escritor. En esa cámara dispondré una segunda mesa, ésta de roble macizo, más austera y funcional. Pienso desde allí ofrecer a los lectores la revelación de lo que ha sido la vida en Valencia en todo su esplendor, perfilando sus costas, roturando con mi pluma sus huertas, surcando las aguas de la Albufera. Sería imperdonable por mi parte, amigo Sempere, permitir que la belleza de nuestra tierra quedara marginada de la literatura. Y, como comprenderá, no puedo llevar a cabo tamaña

tarea desde cualquier rincón, y menos en una oscura esquina de una casa de Madrid. No. Necesito Valencia, y Valencia me necesita a mí.

Pero, dejemos la metafísica a un lado y vayamos con asuntos prácticos. Mi futura residencia no estará lista, calculo, hasta dentro de tres o cuatro años, por lo que no nos ha de preocupar inmediatamente. Centrémonos, pues, en la campaña electoral por el acta de diputado iniciaremos en breve. Durante los meses que siguen, el ajetreo y el desorden marcarán mi vida, además de los continuos viajes de arriba abajo. Asumo que, el resto de año, estaré poco o nada con María y los niños. Pasaré el tiempo acompañado de algunos de ustedes, por lo que le ruego que atienda a las siguientes indicaciones a tener en cuenta para el día a día.

1.º Asegúrense de que duermo todas las noches en una buena cama, exenta de estrecheces y durezas. Lo dilatado y errante de la campaña acabará por agriar mi humor si una buena cama no lo remedia.

2.º Es mi deseo comer solo, siempre que la ocasión lo permita. Comprenderá que me haya acostumbrado a no compartir mesa y me resulte muy molesto a estas alturas tomar parte en numerosos ágapes electorales.

3.º Tengan preparado un dactilógrafo para que yo le dicte. Aprovecharé de cuantas mañanas disponga para dar forma a las ideas que me rondan.

Nada más. Será un largo peregrinaje y acabaremos empachados de multitudes, pero créame si le digo que necesito mezclarme de nuevo con la gente de mi tierra. Comienzo a desvariar. He acabado harto de escribir sandeces para *Galería Popular*. Necesito enfrascarme en un nuevo y valioso proyecto, otro *Arroz y tartana*, un nuevo *Flor de mayo*. El año próximo comenzaremos a publicarlo en forma de folletín en el periódico. Una idea bulle en mi cabeza. ¿Una idea? Una bandada de ideas, un averío quebrado que avanza en todas las direcciones. Me gustaría entrar en los pormenores, ¡pero sería tan largo! Conviene exponer de viva voz los planes de trabajo que tengo.

Nada más por el momento. Sólo una cosa, un detalle importante que se me pasaba. Recibí el encargo que en la última carta le transmití. El abanico muy bien, supieron ajustarse a mis intenciones, y mis intenciones se ajustaron perfectamente a los gustos de la interesada. ¡Excelente! Pero, por lo que se refiere al perfume, no estuvieron ustedes tan acertados. No era el indicado, no el que solía llevar el pequeño Mario. Éste que me envió era una mala imitación de violeta; aquél del que yo le hablo contiene una esencia muy fuerte de jazmín y azahar; justamente me gusta porque huele como los naranjos de Valencia. Y ese es su nombre: *Brisas de*

Valencia o *Perfume de Valencia*. Lo fabrica don Sixto, el de la Malvarrosa. Envíeme un litro, más o menos. Mándelo poner en una botella cualquiera, así será más barato. No se deje aconsejar en este asunto. Haga las cosas directamente. Moléstese por su amigo desterrado, pues ese perfume representa para mí un gran placer y muchos recuerdos.

Le remito esta carta a través del joven Baixauli, como ya es costumbre. Sí; aunque Cánovas descanse varios metros bajo tierra, aún desconfío del servicio postal. No le comente nada al muchacho del contenido de esta epístola: los preparativos de mi llegada serán del dominio público en breve, y respecto a lo otro, es un asunto privado que dejo en sus manos. Además, Baixauli es un idealista incapaz de comprender que Vicente Blasco Ibáñez pueda albergar necesidades e ilusiones tan prosaicas como las que hoy me consumen. Cuando el muchacho madure, ya encontrará tiempo para preocuparse por abanicos y perfumes. Por el momento, su pasión le ciega a otra cosa que no sea la verdad y la belleza tras las palabras. Créame que lo comprendo, por eso le pido que no le comente nada de esta carta. Será que le tengo en cierta estima.

Eso es todo.

Un abrazo y hasta pronto.

B.

El tren se detuvo terco una vez más. Las mujeres que acompañaban al gacetillero no se levantaron en esta ocasión para otear el horizonte de la locomotora.

Baixauli sostenía la carta entre sus manos. Por algún motivo, le incomodaba el último botón de la camisa, que desabrochó sin maña, liberando al fin el cuello almidonado. Blasco había acertado al intuir la decepción de su discípulo. Pero no era sólo el desengaño; también había un poso de rabia y tristeza. En la mente de muchos españoles tomaba forma la imagen del desastre. Ya nadie creía en los anuncios victoriosos de Weyler, el incompetente reemplazo de Martínez Campos. Las continuas derrotas de los ejércitos españoles en la isla, la latente insurrección filipina, la presión norteamericana… Baixauli vibraba secretamente con los acontecimientos, y no alcanzaba a comprender la apatía de los competidores de *El Pueblo*. Y ahora tampoco entendía a un Blasco que proyectaba ilusionado su futura residencia a orillas del mar mientras se sucedían las noticias sobre derrotas formidables, posiciones perdidas y prisioneros asesinados a machetazos por los rebeldes. Cuba ocupaba la mente del gacetillero. Su imaginación palpitaba en la manigua con la sangre vertida de los soldados. Las atrocidades de la guerra le hurtaban el sueño, y no bajo la forma de

terribles pesadillas sino como punzadas en el ingenio que le llevaban en volandas de la cama al escritorio, donde se diluía en quimeras durante horas de arduo trabajo intelectual.

Baixauli se sentía traicionado por su mentor. Pensó en arrugar la carta y lanzarla por la ventanilla, en admitir la falta y no volver a completar aquel viaje en tren plagado de interrupciones… Pero no lo hizo. En vez de eso, se limitó a doblar la cuartilla y devolverla a su sobre.

Su mirada huérfana delataba ansiedad. De pronto, sintió una leve sucesión de retortijones. No llevaba nada de comer. Habría de aguardar hasta Valencia. Nadie le esperaría en la estación, nadie que le acompañara hasta casa, ayudándole con la maleta. Atravesaría la ciudad a paso vivo hasta llegar a casa. Tal vez quedara algo en la despensa, aunque sólo fuera un mendrugo de pan. Pero no; al abrir la alacena en su memoria la encontró triste y vacía. Tal vez podría comprar fruta fresca en el mercado. ¿Estaría abierto algún puesto cuando llegara? Seguramente ya habrían cerrado todos para entonces.

¡Ya está! Iría a casa de Sempere, con la excusa de librarle la carta, y allí a todas luces le invitarían a cenar, dadas las horas intempestivas. Aquélla parecía una solución elegante. Mientras Sempere se encerraba en su estudio para repasar las noticias que le llegaban de Blasco desde la capital, él daría buena cuenta de una sopa cubierta, de un plato de lomo con patatas, tal vez alguna naranja, una pera, un par de manzanas, y quién sabe si un pedazo de pastel o unas pastas de las que sobraron a la hora del café.

A Baixauli se le hacía la boca agua. Una gota de saliva se escabulló entre los rizos de la barba, cayendo en el sobre. Al cabo de unos minutos, el hambre sólo le permitía concentrarse en la comida ausente.

Durante el resto de trayecto, y más allá, hasta que no hubo aceptado la invitación de Sempere a compartir mesa con su familia aquella noche, Baixauli no pensó en Cuba, en Weyler, en la manigua ni en Blasco; olvidó los planes arquitectónicos de la casa en la Malvarrosa, los abanicos y los perfumes. Se apartó del mundo, y su único asidero a la realidad meridiana fue la imagen de un plato de embutido humeante, dorado, carnoso y revuelto, como sus ideas.

Capítulo 9

Me desnudan, ¿o acaso ya estoy desnudo bajo la ruana? No alcanzó a comprenderlo. Me despojan de la manta y me envuelven en un sudario. Se me eriza el pelo de la nuca al imaginar unos colmillos desgajando los flecos de la sábana. La grima muda en dentera. Me froto las encías con la lengua, tiento las muelas empujadas por la carne rosada. Percibo el sabor áspero y, aunque es imposible, el olor agrio de los restos de sarro que impregnan la superficie de los colmillos.

Me levantan entre cuatro manos. Me sostiene en el aire mientras apartan la butaca, extendiendo el cenceño lienzo en el suelo. Me tumban sobre la cubierta. Percibiría el frío de no ser por la fiebre, seguro. Tratan de envolverme con el sudario, pero al parecer la tela no es suficiente. El corte ha resultado defectuoso. De nuevo imagino a un camarero mordiendo el paño y vuelven a temblar las raíces de los incisivos. Juntan los extremos de la sábana, pero parece que no habrá bastante hilo con el que arroparme. Solucionan el problema aplicando unas pinzas a los bordes y anudando las esquinas. Debo de parecer una morcilla blanca: demasiado arroz y poca sangre.

No tengo miedo. Cargan de nuevo con mi cuerpo, esta vez entre seis personas. Viajo en una nube. Me acercan a la barandilla. Escucho el siseo de las aguas, cortado por el mascarón del barco. Me balancean en el aire: una, dos y a la tercera salgo volando como una gaviota con el ala herida que el marinero devuelve al cielo. Pero no soy un pájaro, ni siquiera un albatros patoso. Me desmorono como un fardo de alcachofas. Al entrar en el agua, provoco un gran estrépito. ¡Un gran estrépito! Un gran estrépito. Las olas parecen dunas de mortero. Mis piernas se quiebran al atravesar la marejada, como si cayera desde lo alto de un campanario. Me duelen los huesos. Hace frío, el agua debe de estar helada. No me lo parece, pero la fiebre es muy alta y no he dejado de sudar en las últimas semanas, con la frente encendida y los ojos rojos como farolillos. Un poco de agua me vendrá bien. Hace días que debieron darme un baño de espuma, pero esos patanes no piensan. El frío amoratará mi piel. No estaría mal coger algo de color, un anémico bronceado caribeño. He estado tan pálido desde que llegué a la isla.

La tela que cubre mi rostro se desarma elegantemente. Los movimientos son tan dulces en el agua salada. Sólo hay que ver cómo me hundo: despacio, muy despacio. Me encamino ligero hacia el fondo del mar. Los extremos de la sábana bailan alrededor de mi

cabeza. Me recuerdan al cuello de mi camisa, cuando al levantar el pico llegaba a rozar mis pómulos. ¡Cómo me gustaba aparecer por la taberna después de una pelea! No sé a otras, pero a las mujeres que frecuentaba les seducían los golpes, los moretones, incluso los brazos en cabestrillo. Cruzaba el umbral de la cantina con mis pantalones negros ceñidos y una camisa blanca, los tres primeros botones desabrochados formando un triangulo sobre mi pecho. Me peinaba como ningún otro: con el pelo hacia atrás, encrespado, voluminoso, la raya a un lado y el flequillo rebelde. A las mujeres también les cautiva la desobediencia del cabello. Les enloquecía que me dejara caer sobre la barra, de espaldas al camarero, con los codos apoyados en el mármol y los pies cruzados. Me encapriché un tiempo de dos bellezas, Azucena y Victoria, por su porte y por la promesa de sus nombres. Recuerdo que las rodeaba con mis fuertes brazos, manoseándolas con la certeza de que nos reencontraríamos en la cama, los tres revueltos. A Victoria le gustaba mordisquear el lóbulo de mi oreja; tenía la sonrisa más tierna y dulce que jamás he disfrutado. ¡Cómo las añoro! Parece que puedo verlas, apoyadas en la barandilla de cubierta, disfrutando de mi naufragio. Su pelo se ha vuelto índigo como el mar. Leo en el casco el nombre del barco: *Isla de Panay*. Azucena se encuentra sobre la *Isla* y Victoria sobre *Panay*. La una viste un traje floreado, la otra un conjunto más discreto. Victoria siempre supo guardar las formas; a Azucena le gusta enfatizar su presencia. No acudieron al puerto a despedirme cuando marché a la guerra. Me pregunto qué estarán haciendo aquí ahora. Debería aguzar la vista; la fiebre nos juega malas pasadas. El de la derecha es uno de los camareros que me ha lanzado por la borda. El de la izquierda… No sé… Tal vez… Sí, parece el Francés. Alzó la voz para llamar su atención, pero todo esfuerzo se descubre inútil bajo el agua.

Partimos de Cuba hace una semana. Éramos trescientos sesenta y cuatro. ¡Trescientos sesenta y cuatro! ¿Por qué se me habrá quedado ese número en la memoria? Deberían haberme dejado morir en el hospital, lo hubiera agradecido. El océano es una tumba solitaria, inabarcable, como una cama de matrimonio en la que duermes solo, y por la noche, cuando llega el frío, te acurrucas, enrocas el cuerpo y te abrazas a la almohada para no sentirte desamparado.

He sufrido más mientras me llevaban de un lado para otro que si me hubieran dejado en tierra, y total, ¿para qué? ¿Para acabar perdiendo de vista el barco que me devolvía a casa mientras me hundo en el océano? Hubiera preferido ser uno de esos cincuenta enfermos que, a los pocos días de zarpar, fueron desembarcados en Puerto Rico porque se encontraban tan débiles que dudaban si

podrían resistir el viaje. Por el momento, han lanzado a poco más de la mitad del pasaje por la borda. Deberíamos habernos quedado todos en Puerto Rico.

El barco no se mueve, no avanza, no huye. Permanece varado, viéndome descender por una soga de gotas de sal anudadas a los cabos del sudario. El Francés me observa como quien ve nadar a un delfín, como quien da de comer a los patos en un estanque, con la mente absorta en sus propios problemas. ¡Qué gran tipo el Francés! Al principio, cuando Expósito me contó su historia, pensé que no era más que un cobarde, un miserable. Pero míralo, siempre erguido, siempre dispuesto. Cuando hubo de empuñar un arma lo hizo, sin vacilaciones, sin reticencias. Tras varias semanas convaleciente junto a su catre, he llegado a conocerle. El Francés es un tipo noble, un ejemplo ante el que cabe quitarse el sombrero, pero yo no uso sombrero, y si lo llevara el mar me lo habría arrebatado, igual que me roba el calor, el aire, la vida… Le dispararon en una pierna. Una herida muy fea. No volverá a caminar con donaire. Cojea como si una estaca atravesara el muslo, arrastrando la rodilla encallada, el tobillo inútil. Le alcanzaron en una escaramuza. Cayó luchando. ¿Por qué? ¿Por la patria? El Francés no es la clase de hombre que se entrega a un delirio, a la vana fantasía tras la bandera que el sol ha decolorado. El Francés no se emociona cuando cae la tarde y arrían el paño rojo de lo alto del mástil. El Francés no es un iluso inconsciente, pero lucha con valor. Es el primero en lanzarse corriendo contra el enemigo. Les apunta con su bayoneta, entorna los ojos y enseña los dientes. Ha caído compartiendo la suerte de la tropa. No se bate por la patria sino por sus compañeros, por hombres de carne y hueso que le brindan su amistad. Ahí radica su gallardía. Me pregunto si yo hubiera estado a la altura, de haber tenido la oportunidad de luchar; si no me hubieran intimidado los disparos, si no me hubiera tendido en tierra para rezar un interminable Padre Nuestro.

El Francés ha sido la única suerte que me ha tocado en este viaje. Gracias a él, he sobrevivido hasta hoy. El *Isla de Panay* es una fosa común, un muladar de voluntades. Huele a rancio. El aire viciado de la peste y los humores de las gangrenas se confunden en su bodega. De no ser por el Francés, no hubiera pisado la cubierta hasta esta mañana. Los lisiados, los leprosos, los tuberculosos de presencia atrabiliaria y espuma en los labios estorbamos en el puente. Nadie nos sube, los camareros nos repudian y los médicos… ¿Los médicos? Creo que había dos, y uno se quedó con los heridos que desembarcaron. Me pregunto si los afortunados de Puerto Rico estaban a punto de morir o eran los únicos con posibilidades de salvarse.

No entra la luz en la bodega. Los enfermos se convencen pronto de que también están ciegos y no protestan; permanecen en silencio, sumidos en una noche sin fin. El Francés siempre me ha mimado. Me sube en brazos a cubierta. Le digo que se ande con ojo, que se va a lastimar la espalda cargando conmigo, pero ¿a quién pretendo engañar? Ya no soy el de antes. Habré perdido más de cuarenta kilos. Cuando Ribera se despidió en el puerto, bromeaba a costa de mi delgadez. El Pintor me besó en la mejilla, ¿o fue en la frente? ¿Y qué si lo hizo en los labios? Fue la única persona que se atrevió a tocarme. Por un momento, llegué a convencerme de que la enfermedad no me ganaba esta última pelea, de que aún era humano, de que no me diluía entre los huesos y el pellejo… De que, cuando vuelva a casa, Victoria y Azucena se me colgarán del cuello, las agarraré con los brazos en jarra y me las llevaré a la pensión en la calle Ferran, junto a las Ramblas. ¡Cómo añoro Barcelona! Me recuerdo joven allí. Recuerdo la última vez que me calcé unos guantes…

… apreté los cordones del calzón, me calcé los guantes y esperé en los vestuarios del Sportsmen's Club. Malgastaba el tiempo mirándome al espejo, ensayando posturas, retocándome el peinado, estrechando los labios y entornando los ojos. Mi estrella brillaba. Era alto y fuerte, era guapo, era un hombre bien parecido, sobre todo tras afeitarme. Y era orgulloso. Aquella noche no consiguieron hacerme caer. No me doblé, no me plegué sobre el estómago, ocultando la cabeza entre las piernas. Ni golpeándome en las rodillas con una vara me hubieran obligado a besar el suelo. Porque toda la vida he caminado erguido y ahora me hundo en el océano, porque nunca me paré a escuchar a nadie y ahora el agua embota mis oídos, porque soy una torre, orgulloso de mi valor, ese albatros que no remonta el vuelo al ser lanzado por la borda porque se ha roto las alas golpeando la pared desnuda. ¿Cómo me he dejado morir, tirado en una tumbona de un dispensario para tullidos y leprosos? ¿Cómo he permitido que me arrojen por la borda, yo que nunca doble la rodilla? ¡Yo era fuerte! Yo daba miedo. Yo caminaba de noche por barrios prohibido armado con mis redaños y un puñado de agallas. Yo, que cuento mis trifulcas taberneras por triunfos, y las mozas seducidas por docenas.

Parece que mantengo el equilibrio, arrastrado por las corrientes bajo la superficie ondulada del océano. Tiene que ser un sueño porque mi barco no zarpa; el Francés continúa estático sobre la cubierta y yo le secundo a remojo. No me muevo. El cándido sudario que me envuelve desea salir a flote. Bracea sobre mi cabeza hacia la superficie, navegando con movimientos gráciles entre las olas. Sus límites siguen siendo puros, pero el cuerpo del paño se ha

teñido de rojo. Quizás me he meado encima; no sería la primera vez. Hace unos días, oriné sangre y lo puse todo perdido. El Francés se llevó mis pantalones para lavarlos, no sé muy bien cómo. Creo que los ató a una pértiga y los bajó al mar para que se remojaran. Me devolvió los pantalones limpios y secos, pero fue inútil: al rato los volvía a emporcar.

El agua sube revuelta y sucia. A popa del *Isla de Panay* se ha formado un revuelo. Nunca había visto a esos polizones en el barco. Por sus ropas, diría que son los cocineros. A ellos debo agradecer la frugal dieta de caldos y legumbres secas. ¡Gracias, cabrones! No me escuchan, pero me ven. No apartan la vista del agua, púrpura y revuelta. Sus ojos rasgados… ¿Serán filipinos? Dicen que los filipinos también se han revelado. Quizás se trate de un motín de cocineros levantados en armas. ¿Blanden al viento brillantes puñales? Eso parece, filos de cuchillo sujetos a largas pértigas, arpones caseros. Se han alzado contra la tiranía colonial armados con lanzas y vestidos con delantales. Habrán puesto rumbo al Pacífico. Los heridos les resultarán molestos, repulsivos, y se estarán deshaciendo de ellos. Uno de los salvajes se ha encaramado a lo alto de la barandilla con los pies descalzos, ha prendido una larga soga y tira con fuerza. Aprecio las sacudidas que zarandean mi cabeza. Si sigue así, me romperá el cuello. Ahora me muevo, ahora me agito, bailo en el agua, danzo sin música, sin voluntad, llevado por el ritmo. Dos galantes escualos insisten en ser mi pareja, pero mi carnet de baile ha caducado. Les miro a los ojos y me sacan los dientes.

Me arrastran de vuelta al barco. Una lluvia de arpones cae como rayos atravesando la marejada. Las pértigas me pasan rozando; una incluso me alcanza en el hombro. Sus dueños tiran con fuerza. De nuevo el baile. Esta vez conozco la melodía, ya la he oído antes y sé cómo acaba. Quiero que dejen de tocarla. Cierro los ojos y me olvido de dónde estoy, de quién soy.

Los cocineros filipinos suben sus capturas. Veo las panzas de los tiburones agitándose en el aire mientras son adrizadas abordo. Entre sus colmillos aún quedan restos de mis piernas. Algunos muestran señales de dentelladas. Se habrán mordido los unos a los otros en el frenesí del banquete. Ahora lo entiendo. Ahora me veo reflejado en sus ojos. La jornada de pesca ha concluido. Los cocineros abren en canal a las presas, les sacan las tripas y arrojan los despojos al mar, donde los animales hambrientos devoran las vísceras de sus congéneres. He acabado sirviendo de cebo para los tiburones, el gusano que clavan al anzuelo y echan al agua. Al menos, podrían haber esperado a que estuviera muerto para darme de comer a las bestias, ¿o acaso ya me he ido? ¿Acaso ya no estoy?

El barco arranca motores y abandona la explanada marítima. El Francés se despide desde la cubierta. Me ha gustado hablar contigo. No hubiera estado de más escucharte. Siento haberme quedado dormido.

Ahora sí que me hundo. Ahora sí que me pierdo bajo las aguas. Me pregunto si la oscuridad que me envuelve pertenece al fondo de este piélago o es la antesala de la muerte que a todos nos llega. ¿Qué importa eso ahora?

Hace frío. No es pasajero. El calor no volverá. Tampoco la fiebre, ni el dolor. Sólo queda la penumbra, el silencio y esos ojos brillantes de escualo que me miran, acechan, ya vienen, me atrapan y me hacen suyo.

Capítulo 10

La sala de máquinas, en la planta baja del local, permanecía piadosamente en calma. Baixauli encontró la puerta de la calle entreabierta. Se despojó del sombrero antes de acceder al edificio. Cuando iba a llamar, el sonido de unos pasos en el piso de arriba le confirmó la presencia de Blasco, merodeando por el despacho de redacción.

Baixauli caminó entre las mesas sin hacer ruido. La veterana Marinoni guardaba silencio. Sus rodillos ofrecían la pose amenazadora de siempre. Baixauli examinó melancólico el armatoste. La inventiva mecánica lo dejaría obsoleto en unos pocos años; en menos de una década se convertiría en un mito, referente para los recuerdos de una generación de periodistas criados a su amparo, bajo el ala de *El Pueblo*. ¿Qué sería de todos ellos ahora que Blasco los abandonaba? ¿Qué sería del propio diario?

Baixauli subió los primeros peldaños de la escalera con nostalgia. Llegó arriba sofocado, reprochándose los excesos a la mesa del último año. Miró la planta baja desde el pasillo flotante del primer piso. Se respiraba una tranquilidad turbadora, una paz pegajosa e incómoda. Salvador Mateo llevaba las riendas del periódico con disciplina y rigor, con orden y puntualidad. Las diez de la mañana era una hora prematura para el ajetreo de la jornada. Los empleados empezarían a llegar pasado el mediodía: primero los periodistas con novedades por componer, noticias frescas, nuevas viejas, exclusivas, banalidades, líneas, párrafos y columnas de relleno como plumas cebando una almohada. La redacción se reuniría después de comer, conjugando esfuerzos. Mateo a la cabeza ordenaría antes que crear, perspicaz antes que ingenioso. Su dedo recorrería los textos, santificando el trabajo, bendiciendo o reprochando, consintiendo o reprobando, la censura del papel, la censura del espacio limitado que impide al autor explayarse, la censura de un diario de cinco céntimos que vale cuanto sus lectores pueden pagar.

Entrada la noche, los primeros vendedores llegarían con algunas monedas en la mano y demasiados periódicos en las bolsas. Desaparecerían pronto, escabulléndose sibilinos para ir a jugar a la calle, y luego a casa a dormir. Los linotipistas retocarían la edición del día siguiente. Mateo miraría su reloj mientras los gacetilleros abandonaban el despacho de cristales esmerilados. La Marinoni resoplaría unas horas imprimiendo ejemplares. Los empaquetadores llenarían las bolsas de los mocosos, para luego dedicarse a aparejar

fardos con hilos de pita, cargándolos al fin en las carretas de los repartidores que, ya de madrugada, completarían sus rutas. Antes de la doce, puede que Mateo cerrase con llave y se fuese a casa, con un ejemplar del periódico en una mano y su reloj en la otra.

Baixauli añoraba el caos creativo en torno a Blasco, que el escritor llevaba consigo allí donde iba. Mientras estuvo al frente del periódico, nunca faltó una luz que iluminara el loca, jamás cesó la actividad. *El Pueblo* parecía un burdel de guardia por donde pasaban todos a todas horas: empleados, fisgones, aludidos, curiosos, vecinos, amigos, familia. Blasco era el anfitrión, la bailarina a la que el público jalea, el mago que cada noche hacía desaparecer el tiempo y lo volvía palabra, gruñidos, gritos, carcajadas, improperios, chispas de genio que parecían saltar de cuantas cabezas allí confluían, ojos irritados, litros de tinta que corrían por las páginas del diario y por las mangas embrutecidas de las camisas. Blasco emanaba vida, caótica e insufrible, pero también deseada, imprescindible y reconfortante. No había mejor lenitivo para los males del sueño y el cansancio que palpar el primer número impreso, todavía caliente, y leer limpias las palabras formando frases, tejiendo ideas, arpegios y cuadros de la vida pública y privada de aquella sociedad finisecular. Sin la batuta de Blasco arengando a sus fieles, *El Pueblo* había perdido su espíritu, a pesar de que el novelista siguiera contribuyendo con sus artículos, a pesar de que el folletín mantuviera su firma, a pesar de Blasco *El Pueblo* había perdido a Blasco.

Baixauli encontró a su mentor caminando teatralmente alrededor de la mesa, donde se fraguaba día a día el presente del periódico. Apenas conquistada el acta de diputado, Blasco ya se había puesto en la piel de su nuevo personaje; al menos, esa fue la impresión del joven al encontrárselo de frente. Baixauli no recordaba haberlo visto nunca tan pulcro y elegante, ni siquiera el día que le formaron un consejo de guerra por organizar una protesta contra el desastre de Cuba, ni durante su ingreso en el penal de San Gregorio, ni en ninguna de las jornadas que compartieron en la villa y corte de Madrid. Su cabello comenzaba a replegarse escalonadamente; Blasco lucía su temprana alopecia con masculino orgullo. Aquella misma mañana, había visitado a su barbero de siempre en la plaza del Árbol, en el barrio del Carmen. De ello daban fe el mostacho perfilado, la espesa vegetación del belfo recortada y las patillas rasuradas hasta el ecuador de la mandíbula.

Blasco no apartaba la vista del mármol de la mesa. Absorto en este horizonte, le pasó desapercibida la entrada de su amigo; pareció no perturbarle el crujido de la puerta al abrirse, la alharaca

de sus biseles cuarteados, el crepitar de las bisagras. Un gabán negro colgaba de su brazo izquierdo, como la tela púrpura de una toga senatorial romana. Los relucientes zapatos de cuero gemían al doblegarse al paso por ser nuevos.

La transformación operada en Blasco durante los últimos días maravillaba a Baixauli. El recién estrenado político electo había pasado de ser un torrente de energía arrolladora y desordenada a convertirse en un hombre maduro y cabal, reflexivo y taciturno, ¡un hombre callado! Él, que había conquistado el acta de diputado a Cortes derrochando labia. Baixauli supuso que estaría agotado tras una larga campaña; pero no, aquellos baños diarios de multitudes, pequeñas y grandes, reconfortaban al orador. Allá donde fuera, decenas, centenares, incluso miles de personas acudían a escuchar su voz. Para la mayoría, la política no era sino un eco lejano, un juego de abstrusas reglas en el que ellos no podían participar, sólo elegir a los competidores. Vicente Blasco Ibáñez obtuvo su acta de diputado por arrolladora mayoría. Él se tildaba de hombre del pueblo, pero el pueblo lo tenía por su ídolo, y le amaban y adoraban por ello. Jamás sería el primero entre sus iguales porque, para los valencianos, Vicente Blasco Ibáñez no tenía igual.

Sobraba tiempo para estas y otras divagaciones. Un coche de caballos esperaba en el chaflán, a la puerta del periódico. Baixauli venía a recoger a Blasco. Le acompañaría hasta la estación. Allí se despedirían. Esta vez, el gacetillero no viajaría a Madrid, quedándose en Valencia, y aunque no lo supiera, porque de saberlo tampoco lo habría entendido, Blasco le envidiaba por ello.

—Don Vicente —habló Baixauli, con un hilo de voz—, está todo listo. Me he encargado de sus cosas, los bártulos y maletas que aguardaban en casa del señor Sempere. Su mujer nos espera en la estación. He traído el coche, por si lo prefiere.

—No. —Blasco giró distraídamente la cabeza en dirección a su interlocutor por un segundo, justo antes de regresar a su universo de pensamientos taciturnos, que parecían extender sobre aquella mesa—. Dile al cochero que está excusado. Iremos a la estación dando un paseo. Hay tiempo, ¿no?

—Por supuesto.

«Por supuesto», pensó Blasco. Resultaba irónico que, justo al final, después de perder el aliento en una larga carrera, le dieran tregua, le concedieran un respiro para despedirse con calma de su vida anterior.

Baixauli le gritó las nuevas órdenes al carretero desde el balcón del primer piso. Blasco escuchó su voz estridente romper el silencio de la mañana. A su vuelta, el escritor contempló a Baixauli con benevolencia. Sus ojos saltones seguían clavándose con molesta

agudeza en cuanto observaban. Al menos, había aprendido a moverse erguido, sin arrastrar los pies. Blasco respetaba a aquel joven desde que una noche, hacía casi tres años, tuviera el valor de rebelarse y manifestar con sinceridad e ingenio cuanto de él pensaba. En un mundo de devotos y cobardes privados de autonomía y personalidad, ese rasgo de imprudencia resultaba gratificante. Baixauli devolvía a Blasco ecos imprecisos de su propia juventud. ¿¡De su juventud!? Vicente Blasco Ibáñez tan sólo tenía treinta y un años, ¡pero qué treinta y un años! Tres décadas vividas al trote, viajando de un lado a otro, admirando a una ciudad atónita, a un país agitado. Era demasiado joven para sentirse viejo, pero eso no le impedía mirar a su alrededor con añoranza.

—¿Se encuentra usted bien, don Vicente?

—¿Don Vicente? —inquirió Blasco—. ¿Después de todo este tiempo juntos, aún me llamas don Vicente?

—Lo prefiero. —Baixauli, de pie, apoyó el trasero sobre una rinconera, en cuyos cajones se guardaban tradicionalmente gruesos cigarros y botellas de licor—. Vicente me resulta demasiado común, Blasco un tanto burdo y don Vicente Blasco Ibáñez… Bueno, demasiado largo, demasiado manido, demasiado… popular.

Blasco quiso reír, pero apenas se inmuto. En efecto, el nombre de Vicente Blasco Ibáñez había colmado con obstinada asiduidad la prensa; tanto que el propio Blasco llegó a cobrar distancia con esa figura victoriosa y laureada con el acta de diputado.

—Te recuerdo, siendo aún un novato resabido, aparecer por esa puerta y ver cómo, poco a poco, te ibas envalentonando, hasta estallar al fin como una traca de feria. Recuerdo la rabia y, a pesar de todo, el empeño, el aplomo con el que te enfrentaste a mí por los artículos sobre la guerra de Cuba con los que os martilleaba un día tras otro.

El joven gacetillero agachó la cabeza, rascándose la coronilla para ocultar el rubor.

—Entonces sólo era un mocoso enfurruñado porque nadie le prestaba atención. Blasco Ibáñez era el centro de mi pequeño mundo; todos a mi alrededor se giraban para atender a Blasco Ibáñez y me ignoraban.

—¿Y ahora? —preguntó el diputado—. Después del revuelo de estos años.

—En estos años —Baixauli ocultó las manos en los bolsillos del pantalón— he madurado lo suficiente como para comprender que el mundo no gira en torno a Blasco Ibáñez, y quizás por eso he aprendido a valorarlo.

—Espero madurar yo también algún día, pero por ahora me resulta imposible. No es por los aduladores, no. Los aduladores sólo

hacen mella en quienes desconfían de sus propias cualidades. Pero el pueblo… El pueblo puede conmigo, lo reconozco. El pueblo es lo único que me llena, por encima de la literatura, por encima del arte.

—¿Por encima del galanteo?

—¡Por supuesto! No hay mejor orgasmo que una ovación. Debí convertirme en actor y no en dramaturgo.

—¿Acaso no es lo que ha estado haciendo todo este tiempo? —preguntó suspicaz Baixauli.

Blasco asintió sorprendido. Mirando a Baixauli comprendió que no les separaban muchos años, apenas un lustro, algo más tal vez. Y entonces, ¿por qué esa deferencia? ¿A qué santo esa relación inconclusa entre maestro y alumno, entre mentor y pupilo?

—¿Por qué siempre me has considerado mucho más mayor que tú? —Blasco tomó asiento en el lado de estribor de la mesa—. No nos llevamos más de cinco años.

—Supongo que es culpa del talento, que le da a uno un aire más formal —contestó Baixauli, sentándose a babor, frente a Blasco.

Sobre la mesa, descansaba una cuartilla, una hoja marcando el limes entre los dos escritores. Blasco apoyó las yemas de sus dedos en el papel y lo deslizó sobre la pulimentada superficie.

—Es mi último artículo sobre Cuba.

Baixauli leyó primero el título: *A los españoles*, y luego el pie de página, donde el autor firmaba como VICENTE BLASCO IBÁÑEZ, Diputado a Cortes. El formato manuscrito, la caligrafía docta pero nerviosa, recuerdo de un pasado como amanuense a sueldo, la suciedad en los bordes y esquinas, la pulcritud de ideas. El estilo perenne del escritor, y sin embargo…

—No es un artículo sobre la guerra en Cuba —afirmó Baixauli, repasando el encabezamiento de cada párrafo—. Es una soflama a favor de la República. Es la transcripción del discurso de un diputado a Cortes.

—Antes de que aparecieras, me he sentado frente a esta misma mesa, donde llevo escritos la mayoría de mis artículos sobre la guerra de Cuba, y he tratado de retomar el pulso al tema… ¡Resta tanto por contar! Quedan soldados en las colonias que resisten con un valor y una terquedad insondables, que mantiene el coraje y la fe en una victoria que el gobierno ha vendido de antemano a favor de una paz que ellos tildan de honrosa. Quedan viudas, huérfanos, rostros cadavéricos que se arrastran por las calles mendigando una caridad mal entendida. Queda una nación endeudada hasta el tuétano… Y, por supuesto, queda el horror de una guerra que no cesa, y que hasta yo me esfuerzo por apartar de mi mente para conciliar el sueño.

»Me he sentado a escribir, como tantas otras veces, y sólo he

sido capaz de eso: un «¡Viva la República!» como solución a todos los problemas. Durante los últimos meses he sido el único periodista español que ha mantenido la denuncia de la injusticia del sistema de quintas y la incompetencia del gobierno, y ahora, de un día para otro, cuanto tengo que decir es eso: ¡Viva la República! Me sorprendo a mí mismo por la facilidad con la que olvido al periodista y abrazo al político; me sorprendo y me asusto.

—Usted nunca fue periodista —Baixauli dejó el artículo sobre la mesa—, igual que ahora tampoco acaba de ser un verdadero político. Mi padre solía decir que el hombre no se define por lo que piensa, mucho menos por lo que dice, sólo por lo que hace. Vicente Blasco Ibáñez es un hombre de acción, siempre lo ha sido e igualmente lo será, consecuente con su conciencia y sus palabras, y ese es un rasgo admirable que pocos o ninguno alcanzamos a completar. La acción, ahora más que nunca, tiene lugar en los salones de sesiones antes que en las páginas de los periódicos. ¿Quién sabe dónde le llevará con el tiempo?

—Lejos de aquí, lejos de Valencia. Guardo ese presentimiento. Por ahora, vuelvo a Madrid.

—Como estaba previsto —apostilló Baixauli.

—Sí, como estaba previsto —admitió alicaído Blasco.

Los ojos del escritor se fijaron en una esquina de la estancia. Su dedo grácil señaló el rincón sumido en las sombras.

—Al fundar *El Pueblo*, arriesgué cuanto tenía; arriesgué incluso el futuro de mi mujer, de mi familia. Dormíamos en un catre en ese rincón. Escribía con mi hijo en brazos, de noche, cuando ya se habían ido todos, desgastando la vista a la luz de un candil. Vivía ilusionado como un chiquillo. Necesitaba entrometerme en todo. Molestaba a cuantos tenía a mi lado. Quise conocer desde el funcionamiento de la rotativa hasta las vidas de los repartidores. He pasado cuatro años sacando el hígado con cada edición. Cuando no nos amenazaban con clausurar el periódico nos los cerraban, y cuando no me metían en la cárcel salía huyendo o terminaba en el destierro. Hemos sido valientes, los más valientes, y también los más inconscientes, pero el valor tiene mucho de irreflexión temeraria. Hemos vertido luz sobre la verdad, hemos sacado la mierda a flote, disculpa la expresión, hemos llevado esperanza a quienes no la tenían, pero no hemos resuelto sus problemas, no hemos evitado las quintas, no hemos juzgado a los Comillas y Romero Robledo de este país por traición, no hemos depuesto a los generales ineptos ni hemos organizado desfiles para los soldados a su regreso, no hemos devuelto a las madres los cadáveres de sus hijos… ¿Me comprendes? —Baixauli se limitó a asentir con la cabeza—. No hemos hecho otra cosa que hablar, sólo hablar. Con el

acta de diputado espero que podamos resolver algo, pero todo me dice que no haremos sino perder el tiempo en más discursos que no conducen a nada.

—Si alguien puede solucionar alguno de esos entuertos, ese es Vicente Blasco Ibáñez.

—¿Y quién es Vicente Blasco Ibáñez? A veces, cuando leo los periódicos, no puedo evitar sentirme un farsante. Mira hasta dónde he llegado, mira en lo que me he convertido, y todo gracias a la guerra. Me he aprovechado de este desastre tanto como el difunto Cánovas, o el propio marqués de Comillas. Ellos prosperaron a costa de la vida de miles de soldados, y yo… Yo he pasado de dormir en un camastro a construirme un palacete junto al mar. He alcanzado el acta de diputado gracias a los muchachos que han caído en la manigua; he hecho de su desgracia mi triunfo y me veo con las manos tan manchadas de sangre como los farsantes que les mandaron a morir en los viajes de ida y vuelta a las colonias.

—Desde Sagunto a Gandía, los votantes han depositado su confianza en la fuerza y determinación que sólo usted derrocha para elevar la voz como réplica a los abusos que les esperan. Cuba no ha sido una excepción, sino antes la regla de sus vidas. Las fortunas se cimentan en las catástrofes, y el poder existe porque hay sobre quien ejercerlo. Esos campesinos, esos arroceros, esos pescadores, esos tenderos y jornaleros se sientan a la puerta de sus casas y esperan con paciencia y pesadumbre a ver por dónde les viene el próximo varapalo. Por eso le han escogido a usted: para que les ponga sobre aviso, para que les alerte, porque necesitan confiar en alguien, y ese alguien es don Vicente Blasco Ibáñez. Nos refugiamos de la tormenta en el rebaño, y entonces buscamos a un buen pastor que nos defienda de los lobos.

Baixauli, que se había incorporado, puso su mano en el hombro de Blasco y le dedicó una suave y afectuosa palmada.

Los dos hombres no tardaron en abandonar los locales del periódico. La temperatura agradable invitaba a disfrutar paciente del paseo por las calles desnudas. Los pocos viandantes con los que se cruzaron miraban de reojo la figura distinguida del escritor al pasar; algunos le saludaban, y no pocos se decidieron a intercambiar unas palabras y desearle suerte en Madrid. A Blasco no le molestaba aquella proximidad, todo lo contrario; le resultaba cariñosamente gratificante, y comenzaba a añorarla antes incluso de su marcha.

—¿Seguirá escribiendo para el periódico?

—Sí. —Blasco carraspeó—. Bueno, colaboraciones esporádicas. Entre tú y yo, dudo que algún día regrese a *El Pueblo*. Por ahora, Mateo seguirá al frente, pero en cuanto comprenda que me he

marchado para no volver, me pedirá que le reemplace en el cargo de director. Si en su momento aceptó capitanear esta nave fue por amistad, porque se lo pedí… Quizás, a largo plazo, resulte más conveniente vender el periódico. Quizás no; seguro que acabaré vendiéndolo. No soy hombre de medias tintas, tú me conoces. Si ocupo mi tiempo y centro mis energías en algo, sólo me preocupará ese asunto y no otros. Dudo mucho que *El Pueblo* vuelva a ser mi mundo. Ciertamente, no sé dónde acabaré, pero estoy convencido que no será donde he empezado.

—Lo entiendo —comentó Baixauli.

Al final de la calle, se divisaba la silueta del coso taurino. El muchacho de ojos saltones se secó la frente perlada de sudor con un pañuelo bordado. Baixauli palpó el interior de su sombrero, comprobando si el fieltro se había calado antes de calzárselo de nuevo en la cabeza.

—¿Cómo va tu folletín? —preguntó Blasco.

—Bien. Estoy terminando los últimos capítulos. No es *Flor de mayo* pero estoy satisfecho con ella.

—¿Me dejarás leerlo cuando termines?

—Por supuesto. Será mi primer y único lector.

—El primero sí, espero; pero el único… Cuando se empieza, uno llega a pensar que su obra jamás verá la luz, al igual que el adolescente al que los primeros fracasos amorosos le convencen de que nunca conquistará una mujer, y veinte o treinta años más tarde, ya casado y con un par de hijos, el recuerdo de aquella impaciencia le ruboriza… Hablaremos con Sempere. Paco te conoce y sabrá apreciar tu talento. Seguro que podemos arreglarlo. Y si él no te ayuda, montaremos un despacho de edición, que no debe de ser tan difícil. Te invitaría a que llenaras el espacio del folletín en el periódico, pero no creo que sea el momento de dramatizar lo de Cuba. No debemos olvidar, pero necesitamos que la herida cierre.

La pareja llegó a los aledaños de la plaza de toros. La estación de trenes quedaba a dos pasos de allí. Baixauli se detuvo. Blasco aún caminó unos metros antes de percatarse de que andaba solo.

—¿No vienes? —pregunto el diputado.

—Desde aquí puedo ver al grupo. Santoncha ya se ha puesto a dar vueltas, inquieto; parece que viva con un petardo metido en el culo. No. Prefiero que nos despidamos aquí, si no le molesta. Nunca he sido muy amigo de las multitudes; en eso somos distintos.

—En eso y en muchas otras cosas —puntualizó Blasco—, pero te considero un buen amigo. Tenía pensado hacer uso de la teatralidad de los andenes para pedirte que vinieras con nosotros a Madrid. María te considera un hijo, y eso que es más joven que tú, y los niños te tienen por uno más. Pensaba ofrecerte un puesto como

secretario. Sé que no es gran cosa, pero te dejaría tiempo para escribir; para escribir y para frecuentar los mentideros literarios de Madrid, que si bien no fomentarán tu talento sí que pueden contribuir a que forjes nuevas amistades… digamos… útiles.

—Es una oferta tentadora, pero no. —Baixauli tendió la mano a su maestro—. Demasiado fácil. Aún he de dar varios tumbos y no pocos palos de ciego antes de encontrar mi sitio. En cualquier caso, gracias por todo.

Blasco estrechó con firmeza la mano abierta. La inevitable melancolía del momento palpitaba en los gestos de afecto y las miradas perdidas.

—Debo marcharme —dijo Blasco—. Voy un poco asustado, pero con ilusión. No he pegado ojo en toda la noche. ¿Te lo puedes creer? Diputado a Cortes. Político, folletinista, dramaturgo, polizón ocasional de viaje a Italia. Me pregunto qué será lo próximo: ¿montar un circo, dar la vuelta al mundo, vestir la toga?

—Seguro que aún resta mucho por ver de Vicente Blasco Ibáñez.

En su regreso a casa, Baixauli se cruzó con una comitiva fúnebre que paseaba el cadáver de un difunto por su barrio. De las ventanas iban brotando cabezas de curiosos atraídos por el ritmo cansino de las baquetas repiqueteando sobre la piel del tambor. El cortejo lo componían unos pocos familiares, varios porteadores y un corrillo de plañideras desalentadas. Posiblemente, el finado sería algún pequeño comerciante de la zona.

El féretro pasó junto a Baixauli. La comitiva lo rodeó, obligándolo a detenerse por unos segundos. El joven se giró para seguir con la vista la procesión, que se disponía a doblar la esquina, cuando tuvo un pálpito, que precedió a un presentimiento agudo e irreparable. Cerró los ojos, y al abrirlos se vio rodeado por una densa maraña de mujeres y hombres que sacaban los codos para ganar una mejor posición. Un carro tirando por dos corceles negros cargaba con un féretro ebúrneo, cubierto por una carcasa de blanca seda. El armazón, espurio, transparentaba la silueta del ataúd de marfil. Baixauli dio un paso, parpadeó y la imagen fantasmal se desvaneció ante sus ojos. El gacetillero no parecía perturbado; algo confuso, tal vez, pero curiosamente la sensación que le embargaba era de paz, una calma que le invitaba a no preocuparse por un futuro incierto.

Capítulo 11

A instancias de su compañero, agotado por la marcha errante de las últimas horas, el viejo truhán aceptó dejarse caer sobre el duro suelo de arena fina. Apoyó su espalda en la corteza de un árbol, dobló una pierna y dejó la otra extendida. En el zurrón guardaba algunas provisiones, de las que no había dado noticia a su cofrade. Desde hacía días, esperaba el momento adecuado para deshacerse de aquella carga. El muchacho había agotado su paciencia. Después de casi dos semanas juntos, el viejo hubo de aceptar su error, y lo único que le preocupaba era hallar la forma más rápida y eficaz de desembarazarse del soldado.

El joven mantenía un aura de misterio que excitaba la curiosidad del viejo, haciéndole albergar esperanzas sobre el futuro. Sin embargo, no podía esperar eternamente a que se destapara el tarro de las esencias y apareciera el genio de la lámpara dispuesto a cumplir sus deseos. De esa mañana no iba a pasar; si el curtido pedigüeño no sacaba nada en limpio, largaría a su aprendiz.

—¿Seguro que no tienes familia, un sitio donde ir, alguien que te ayude si lo necesitas?

—Como si no lo tuviera.

La falsa negación suponía un avance. Quizás su olfato no le hubiera traicionado; quizás aquel saco de huesos sí que podría rescatarle una temporada de la calle.

—Entonces, tienes a alguien. —El viejo adelantó sus conclusiones—. ¿Qué pasa? ¿Viven lejos? ¿Estás peleado con ellos? Podemos arreglarlo.

—No —sentenció el joven, haciendo gala de su escasa verborrea, el peor defecto que se le puede achacar a un mendigo lisiado—. No podemos.

Pero el curtido vagabundo no se iba a dar por vencido tan fácilmente. La promesa de un invierno amable resultaba demasiado tentadora. Se acabó el pedir limosna, el rebuscar en la basura, el guardar cola a la puerta de la beneficencia. Lo único que le separaba de aquel mundano paraíso era la terquedad de su compañero.

—Mira, chaval, si tienes a alguien que pueda echarte una mano es el momento de hacerles una visita. ¿Viven en Valencia?

—En El Grao.

—¡Eso está aquí al lado! ¿Qué son? ¿Pescadores? —El soldado asintió—. ¿Sabes cuánto hace que no como pescado? ¡Tú qué vas a saber!

—No saben que he vuelto, y quiero que siga siendo así.

—Pues ya me dirás cómo te las arreglas para pasar el invierno. —El viejo se propuso asustar al recluta detallando los horrores el Averno, si fuera preciso—. Por si llevas mucho tiempo por ahí, jugando a la guerra, te refrescaré la memoria: en invierno hace frío en Valencia, un frío que se te pega a la ropa y te cala los huesos. Y está el viento: el aire te corta la cara como una navaja. Antes aún podías protegerte del viento acurrucándote contra las murallas, pero desde que las tiramos abajo las calles ya no tienen más paredes que las espaldas de los mendigos. ¿Quieres helarte el culo de frío? ¿Quieres pasar hambre? Porque ya me dirás qué puedes llevarte a la boca. En invierno no hay nada. Los comedores de beneficencia cierran y las Hermanitas de la Caridad sólo asisten a los viejos, con los tullidos jóvenes ni se lo piensan, los devuelven al arroyo de una patada. Y olvídate también de los puestos del mercado. Allí ya no encontrarás más fruta podrida a la que hincarle el diente. En invierno, las verduleras no tiran ni las mondas. Por no haber no hay ni pétalos en el Mercado de las Flores con los que cocer una sopa.

El anciano era el clásico perro viejo: amargado, soez, curtido y afilado como un estilete en la noche. De joven, su suerte fue muy distinta. Ingresó a temprana edad en un taller de *velluters*, donde esperaba haber llegado a primer oficial, casándose con una mujer de generoso busto y engordando veinte o treinta kilos. En lugar de eso, el taller cerró, el arte de la seda se vino abajo a causa de la competencia francesa y el aprendiz dio con sus huesos en la calle, de dónde ya nunca encontró salida.

En el sesenta y cinco, el gobernador civil, don Cirilo Amorós, impulsó una obra pública sin precedentes para emplear a los cientos de desgraciados como él que amenazaban con amotinarse, sembrando el caos. Amorós mandó demoler las antiguas murallas, y con ello el frustrado menestral comenzó una carrera desordenada que no le habría de deparar futuro alguno.

Desde entonces, el viejo había tomado parte en todas las revueltas que el hambre, la desilusión o la impotencia hacían estallar en Valencia. Se convirtió en cliente asiduo de la caridad, ingresó en prisión por delitos menores, volvió a trabajar para el consistorio cuando se construyeron hermosos jardines y avenidas sobre la cicatriz de las murallas, se rompió la espalda removiendo tierra, plantando raíces inútiles para solaz de quienes gozaban de tiempo libre y podían disfrutarlo. Había pasado hambre, había sudado y tiritado, no guardaba ningún amigo porque a todos los había traicionado por un mendrugo de pan o una cuartilla de vino. Vestía la misma ropa desde siempre. Una noche se quiso suicidar lanzándose al río, pero no tuvo coraje y terminó durmiendo la

borrachera frente a la catedral.

—La gente honesta suele confundir a los pobres con ladrones —continuó el viejo—. Si eso es lo que buscas, robar, ya te digo que una celda no es mejor que la calle. Aquí fuera, si te suenan las tripas te puedes buscar la vida. Allí dentro, te mueres de hambre y a nadie le importa.

—Las cosas no van bien en casa. No quiero ser una carga para ellos.

—Joder, son tu familia; tendrán que ayudarte, es su obligación.

—En realidad, no somos familia. Mi madre me abandonó a las puertas de la inclusa y ellos me adoptaron. Soy un expósito.

—No entiendo. —El viejo se rascó nervioso la coronilla. Sus ojos verdes y el pelo lacio y grisáceo como el lomo de un ratón contrastaban con una rígida y estúpida sonrisa desdentada. La barba ofrecía varios calveros, fruto de sendos ataques de histeria en los que se arrancaba penachos de pelo.

—Mis padres no podían tener hijos. La hermana de mi madre, que vivía con ellos, era estéril, y mi padre supuso que lo mismo ocurría con su esposa. Por eso fueron a la inclusa y me adoptaron cuando aún era un mocoso. Mi padre es pescador y temía que, sin hijos que le ayudaran, acabaría en la miseria cuando llegara a viejo. Después de adoptarme, nacieron mis hermanos: mellizos.

—Son tu familia, te pongas como te pongas, y si no, mira cómo los acabas de llamar: mi padre y mi madre. Así que vamos para allá, vamos a El Grao, nos darán de comer y dormiremos bajo techo. —El muchacho puso mala cara, y el viejo se adelantó a sus protestas—. Son pescadores, ¿no? A los pescadores nunca les falta qué pescar, y siempre tiene algo qué comer en la mesa.

—No tienes ni idea de lo que hablas, y no voy a perder el tiempo tratando de explicarte lo que no sabes. Déjalo de una vez. No voy a cargar a mi familia con el peso de dos bocas más que alimentar.

—Eso es una excusa. —El viejo se revolvió molesto—. Tu familia habrá vivido a cuerpo de rey estos años, cobrando la paga del ejército mientras tú te jugabas el cuello en Cuba. ¿O es que no lo sabías?

—El que no sabe nada eres tú. Si te hubieras molestado alguna vez en leer un periódico, sabrías que el gobierno no ha pagado las soldadas de la tropa desde… desde nunca.

—Perdone el señor si no tengo tiempo para leer las noticias mientras me limpio el culo.

—Si al menos supieras leer…

—Lo dices como si tú sí que supieras —replicó el viejo, airado—. ¡Niñato de los cojones!

—¿Piensas que todos somos tan estúpidos como tú, que la vida

de un hombre se reduce a rebuscar entre los cubos de basura y beber vino picado en la taberna? Por supuesto que se leer, y escribir… y razonar, aunque a nadie le importe un carajo.

El viejo no terminó de apreciar la amargura en las palabras de su pupilo, pero sí la ingratitud. Palpando el zurrón donde guardaba golosinas tales que mondaduras de manzana y huesos de pollo por repelar, el pedigüeño valoro sus opciones, decidiéndose a seguir su camino sin el estorbo de aquel muchacho imberbe y contestatario.

—Lo siento. —El viejo miró al soldado entre confuso y satisfecho —. A veces pierdo los nervios. Pero mi decisión es firme: no volveré a casa. Para mi familia no existo hasta que pueda presentarme en la puerta de la barraca sin que se avergüencen de mí al verme.

—Pues, ya me dirás cómo hacemos para comer este invierno — dijo el curtido vagabundo.

—Sé luchar, soy bastante bueno. En el barco no perdí una sola pelea. Podríamos sacar algo si encontramos a alguien que quiera apostar.

—Chico, eres una caja de sorpresas. Tú sí que no has perdido el tiempo. —El viejo sonrió, palmeando el hombro recio de su camarada. Mantuvo la euforia por el negocio proyectado apenas unos segundos, hasta que cayó en la cuenta de un detalle esencial —. Pero, con esa pierna muerta, hasta yo podría darte un par de azotes sin despeinarme.

El soldado suspiró, palpándose la herida en el muslo, por encima de las ropas. El viejo tuvo un arrebato de compasión, al que siguió un inmediato desdén por aquel sentimiento, repulsa ante la idea de prestar su ayuda de forma desinteresada al tullido héroe de guerra, miedo a volverse blando y perecer. Si seguía en pie era porque jamás se había permitido el lujo de pensar en otra persona que no fuera él mismo. Resultaba esencial que ese principio no cambiara.

—Tal y como yo lo veo, sólo te queda una salida: ir a ver a tus padres. Yo no voy a cargar contigo este invierno. Si puedo, me conseguiré una cama en las Hermanitas de la Caridad, y si no robaré para ir a la cárcel: allí al menos hay paredes. Pero tú… Tú sí que lo tienes difícil. Elige, muchacho: o nos pasamos a ver a tus padres o aquí te quedas. Será sólo el invierno; con la primavera recuperaremos la buena vida: vino, sol y basura. ¿Qué me dices?

—No puedo volver.

—¿¡Por qué!? Y no me cuentes otra vez esa historia de que no quieres cargar a tus padres con otra boca que alimentar porque me tienes hasta los huevos. ¿Qué pasa? Dime. —El viejo vislumbró una grieta en la decisión del soldado—. Cuéntame la verdad.

—No puedo volver a casa porque… Mi padre me echó de allí hace años. —El joven bajó la vista, jugueteando con la grava del

suelo—. Estuve en Barcelona una temporada, luego volví a Valencia y desde aquí me embarcaron camino de Cuba. No pasa un día sin que piense en abrazar a mi madre, pero… No puedo.

—¿Por qué? —preguntó tajante el viejo.

—No te gustaría oírlo.

—¡Vamos! A mí me lo puedes contar. Yo soy una tumba para estas cosas. Si mataste a un desgraciado, no pasa nada; en la guerra te habrás cargado a muchos más y seguro que nadie te echo la bronca, no, encima te darían una medalla. ¿Qué fue? Dímelo. Si lo cuentas te quedarás tranquilo. ¿Como dice el poeta? Tú lo sabrás, que tienes estudios. Nada humano me es ajeno. ¿No es eso?

El soldado asintió por compromiso, sin recordar ninguna estrofa pero entendiendo el significado de la máxima. Tal vez el muchacho se hubiera encerrado en una negativa, pero el viejo podía doblegar las voluntades más tercas. La pobreza le había enseñado a insistir hasta volverse aborrecible, lo que solía dar buenos frutos.

—¿Fue por una mujer? Seguro que fue por una mujer. ¿Qué pasó? ¿La desvirgaste? ¿La dejaste preñada? Si fue por eso, créeme que te hicieron un favor botándote de casa. Los padres se ponen muy violentos si se te ocurre tocar un pelo de sus hijas sin antes pasar por la vicaría, y los hermanos ni te cuento. Eso sí, tú, a tu mujer, le puedes poner la cara del revés a sopapos que el suegro y los cuñados no se meterán por medio, pero como te pillen en el catre con una sin estar casados, aunque gima de placer como una burra, a ti te cortan los huevos.

—No fue por una mujer —cedió al fin el muchacho.

—Entonces, ¿qué fue? ¡Vamos, no me tengas en vilo!

—Fue por un hombre.

—¿Cómo que un hombre? —El viejo taimado hizo gala de una inocencia impropia—. ¿Mataste a un hombre? ¿Le debías dinero a un hombre? ¿Le robaste? ¿Qué pasó con ese hombre?

—Me fui a la cama con él.

Un golpe seco y el mendigo cerró la boca, derrotado. Después de todo, el muchacho conservaba la pegada de otros tiempo, a pesar de la pierna.

—Pero… ¿A ti te gusta eso?

—Me gustaba el hombre —respondió el veterano de guerra—. ¿Quieres que te lo cuente?

El viejo, atónito, pensó que, llegados a este punto, no estaría de más escuchar la revelación por la que tanto había bregado con su escudero, y con un gesto le concedió la palabra.

—Era un amigo de mis hermanos, dos años más joven que yo; debía de tener unos quince o dieciséis. Nos veíamos mar adentro. Salíamos con la barca de mi padre; navegábamos hasta perder la

costa a nuestras espaldas y… y, bueno, ya sabes. —El orador vio en sus ojos que el viejo prefería pasar por alto los detalles de la historia —. Un día nos distrajimos. Mi padre apareció en la playa, junto a mi madre, mi tía y los mellizos. Al ver la barca a lo lejos, le pidió un bote prestado a otro pescador y vino a nuestro encuentro. Cuando nos descubrió, desnudos, besándonos… Nos esperó en la orilla, y cuando pisamos de nuevo la playa, me corrió a palos. Mi padre me compró un billete de tren para Barcelona; una noche me llevó en la tartana a la estación. No se despidió, no me abrazó ni me dio consejo alguno, no me estrechó la mano ni me regaló su pipa como recuerdo. En vez de eso, buscó en los bolsillos de su pantalón cinco céntimos y me compró un ejemplar de un periódico para que lo leyera en el tren.

El limosnero no dijo una sola palabra. El viejo observaba al narrador en silencio, por primera vez en su vida. Su expresión aparentaba inteligencia reflexiva.

—En Barcelona, trabajé como peón en una fábrica, catorce horas diarias, seis días a la semana. Dormía a los pies de la máquina. No estaba mal comparado con la rutina de la pesca. Un día me peleé con un compañero de turno; le tumbé de un solo golpe. Fue entonces cuando empecé a luchar por dinero, suficiente para dejar la fábrica y buscarme una habitación en una pensión limpia. Conocí a un tipo bien relacionado que me conseguía peleas, combates cada vez más importantes, con más dinero por medio. Ganaba suficiente, la gente me respetaba, e incluso podía acostarme con hombres sin que nadie se atreviera a decirme nada. Tonteaba con dos reinas del barrio viejo: una se llamaba Ernesto y la otra Guillermo, pero yo las bauticé como Victoria y Azucena. No era raro que me acostara con uno y me levantara con el otro. Y seguía ganando peleas, hasta que me invitaron a perder, y yo no les hice caso por culpa del jodido orgullo.

El viejo escuchaba con atronadora atención. Ni un movimiento, ni un suspiro; el anciano era una estatua de oídos afilados.

—Escapé de Barcelona para que no me partieran las piernas. Volví a Valencia con las pocas monedas que habían criado bajo el colchón de mi cama. Alquilé un trastero junto a las Torres, no lejos de aquí, comencé a estudiar y me convertí en un hombre nuevo; quise convencerme de que tenía un futuro. Mi tía, estéril como la tierra que rodeaba nuestra barraca en El Grao, me enseñó a leer de niño, y a escribir. Nunca supe para que me serviría hasta que empecé a estudiar. Pero mi suerte no cambia, y justo cuando empezaba una nueva etapa en mi vida, me llamaron a filas. En la guerra he matado a muchos rebeldes, y todos se han llevado una parte de mí a la tumba… No sé cómo explicártelo, aunque dudo que

puedas comprenderlo. No te estoy menospreciando; es que yo mismo no lo entiendo… Y aquí estoy, contándole mi vida a un tipo que se ha empeñado en estirarme de la lengua y ahora retrocede como si tuviera la lepra.

El tullido clavó sus ojos claros en las cuencas desvencijadas del viejo. Sostuvo aquella mirada unos segundos antes de perder la compostura, estallando en una creciente carcajada.

—¡Dios santo! ¡Tendrías que verte la cara!

El viejo salió de su asombro, y al entender los signos de complicidad que le dedicaba su cofrade, cayó en la cuenta de lo que estaba sucediendo y rompió también a reír. Los viandantes les miraban indignados al pasar; la gente pensaba que, a esas horas tempranas de la mañana, la pareja ya estaría borracha, razón por la que no pocos se llevaron un pañuelo a la nariz y musitaron: «¡Qué vergüenza!».

—¡Hijo de puta! —El viejo no paraba de reír—. Por un momento me lo he creído. ¡Mira que me has metido miedo en el cuerpo cuando me has dicho que trajinabas con hombres! La madre que te parió. Me he tragado toda tu historia como un panoli. ¡Tú te quedas conmigo! Con esa labia, podríamos venderle meado de burro a un cura como agua bendita… ¡Me lo he creído! Si llegas a seguir un rato más, voy a buscar un corcho para el agujero del culo.

Tras incorporarse, el viejo ayudó al soldado, tirando de los brazos para devolverle la verticalidad. Los primeros pasos siempre eran los más dolorosos. Arrastraba la pierna herida como si un palo de escoba la ensartara de la cadera al talón, rígida e inflexible. Sus aparatosos movimientos le conferían una torpeza extraña dada su complexión, ágil y nerviosa. Por mucho que practicara, seguiría siendo un tullido el resto de su vida, una pesada losa que le obligaba a doblar la espalda frente al mundo. Aquella mañana, sin embargo, caminó erguido, sonriente, saludando con cortesía a aquéllos dispuestos a atender las súplicas de su anciano colega, que pedía limosna con ímpetu arrollador.

Al caer la tarde, los dos hombres celebraron la recaudación con sendos cazos del peor vino de barril de la ciudad, y también el más barato. Aprovechando los efluvios de la bebida, el viejo se permitió una última pregunta.

—Oye. Si vamos a seguir juntos, te lo tengo que preguntar. ¿Por qué te llaman el Francés? ¿No serás gabacho? Porque yo odio a los gabachos.

—No —respondió ruborizado el Francés—. Es una estupidez; cosa de soldados y de la guerra. Algún día te lo contaré… Tal vez.

FIN

B.